

Edurne Portela  
**Los ojos cerrados**



Galaxia Gutenberg

# **LOS OJOS CERRADOS**

**EDURNE PORTELA**

EDURNE PORTELA

# Los ojos cerrados

Galaxia Gutenberg



© Isabel Wageman

## **EDURNE PORTELA**

Doctora en Literaturas Hispánicas por la Universidad de North Carolina-Chapel Hill (Estados Unidos). Ha sido profesora titular de literatura en Lehigh University (Pensilvania) hasta 2015. Como parte de su investigación académica publicó numerosos artículos y el ensayo *Displaced Memories: The Poetics of Trauma in Argentine Women Writers*. En 2016 publicó en Galaxia Gutenberg *El eco de los disparos: Cultura y memoria de la violencia*, un ensayo que reivindica la cultura como herramienta para dirimir el pasado de violencia en Euskadi. En septiembre de 2017 salió a la luz también en Galaxia Gutenberg su primera novela *Mejor la ausencia*, una indagación en la Euskadi postindustrial de los años ochenta que ha sido galardonada con el Premio 2018 al mejor libro de ficción del año del Gremio de librerías de Madrid. Publica en 2019 su segunda novela, *Formas de estar lejos*, en este mismo sello. Ha realizado, junto con José Ovejero, el documental *Vida y ficción* (2017). Publica regularmente en los principales periódicos españoles y colabora en varios programas en Radio Nacional de España y la Cadena SER.

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
[www.galaxiagutenberg.com](http://www.galaxiagutenberg.com)

Edición en formato digital: marzo de 2021

© Edurne Portela, 2021  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021  
Imagen de portada:  
Fotograma de la película *Katabasis*, 2011  
© Daniel Paashaus

Conversión a formato digital: Maria Garcia  
ISBN: 978-84-18526-74-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A José Ovejero, la llave de todas mis puertas*

# 1

Me miran y me sonríen. Me hablan a gritos y muy despacio, como si fuera el tonto del pueblo. Me miran y me sonríen, ella me ha saludado con la mano, de lejos, él nunca lo hace. Yo he levantado una de mis muletas como si fuera mi mano y me he acercado, pasito a pasito, hasta ellos. Cuando llegaron al pueblo eran ellos los que se acercaban a mí, pero ahora se han quedado ahí, moviendo los pies impacientes, aunque sonrían. Creo que hace tiempo que no me los encuentro. Pasan los días y a veces no me entero de cuántos han pasado. Vuelvo no sé de dónde, de qué pensamiento o de qué sueño y me da la impresión de que he pasado mucho tiempo con los ojos cerrados, como si hubiera estado muerto un tiempo porque no sé dónde he estado ni con quién, si he pensado o me he movido, si he comido o he cagado. De repente me doy cuenta de que estoy así, con los ojos cerrados, y sólo sé que sigo vivo porque me huelo. Huelo mi cuerpo. Aunque bien pudiera estar muerto y pudriéndome. Bien pudiera estar bajo tierra. Pero respiro, aunque sea un aire sucio, y muevo las manos en el espacio y me doy cuenta de que no estoy en un ataúd. En ese momento abro los ojos y veo cosas, a veces cosas que sé lo que son, como la taza y el libro y la mesa y la puerta y el balde. Eso me gusta mucho, reconocer mi taza, mi libro y la puerta de mi casa y mi balde. Entonces me levanto y toco mis cosas, las acaricio, y cada cosa me habla y me recuerda y yo les contesto contándoles mis cuitas. En días así me siento bien. Como hoy. Hoy tengo uno de esos días. Le he contado al balde del agua el día que mi madre lo dejó abandonado en medio de la calle y no volvió más y lo recogí yo al día siguiente porque ahí se había quedado, abandonado en el medio de la calle y nadie se había atrevido a llevarlo de vuelta a mi casa porque igual pensaban, como pensaba yo, que ella iba a volver y reclamarlo. Pero lo tuve que recoger yo, un día después de que ella lo dejara abandonado, y meterlo en casa. Y ahí se quedó, en medio de la cocina hasta que se evaporó el agua. Y cuando se evaporó todo el agua, yo te dejé en esa esquina, balde, y nunca te he vuelto a usar. Otros días el libro me cuenta cosas porque, claro, es un libro y está para eso. Un día me dijo que lo he leído más de cien veces pero que no tiene mérito porque sólo lo tengo a él. Eso a mí me molesta un poco porque no tiene en cuenta mi fidelidad y el esfuerzo que siempre he hecho en entender hasta las palabras que no conozco. Podría haberlo dejado abandonado, como mi madre al balde, o haberme aburrido de él y sin embargo, hasta que tuve vista suficiente, leía por lo menos diez páginas todas las noches, a veces más. Y ahora que no puedo leer, lo sigo acariciando siempre que lo reconozco. Y dejo que me cuente sus historias.

Ya no se acercan a mí, me tengo que acercar yo y a veces para cuando llego a su lado de la plaza ellos ya se han ido, dando pasitos pequeños hacia atrás y luego ella, él no, él nunca, luego ella me dice adiós con su manita y se dan la media vuelta y aceleran los pasos y desaparecen por detrás de la casa de socorro.

Como habrá días que no llego a abrir los ojos, a veces pienso que también habrá días que yo hablo con mis cosas pero no me entero y eso me angustia porque no sé qué les puedo contar, qué secretos se me escapan. O incluso habrá días que salga a la calle y en vez de hablar con mis cosas hable con la pareja que ahora me mira y me sonríe. Y como en esos momentos no me entero, igual les cuento mis secretos a ellos también, a ella. Eso me angustia todavía más. Pero mientras me sigan mirando y sonriendo, como ahora, y ella me salude, supongo que todo va bien, que no he contado nada.

A veces veo la cara de un viejo que no sé si es la mía o la de mi padre. Pero la de mi padre no puede ser porque nunca fue viejo. Entonces pienso que igual es mi cara y alargo la mano y sí, me estoy mirando en un espejo. Ahora no, ahora me estoy mirando en la cara de ellos. En cuanto me acerco y la miro a los ojos, a ella, como ahora, veo lo que hay detrás y no es una sonrisa. Siempre he podido hacer eso, ver lo que hay detrás de los ojos. Desde niño, cuando empecé a sufrir esto de cerrar los ojos mucho tiempo, he visto más que los demás. Veo incluso lo que hay detrás de los ojos de los muertos.



## 2

Lola sabe que el retumbar de las botas contra las piedras no corresponde a los pies de Miguel y sus hombres. Lo sabe porque, salvo Miguel, ninguno pudo nunca tener unas botas. Miguel las tuvo porque don Ernesto le regaló su par más viejo y él las restauró. Los hombres de Miguel llevan tres años en el monte con albarcas y alpargatas que él mismo hace. Por eso Lola sabe que esas botas no traen nada bueno. Tampoco el grito, cada vez más cercano, que ordena «Todos fuera de casa, a la puta plaza». Lola siempre pensó que vendrían de noche, una noche poco clara, y que se meterían en las casas como hicieron hace años para sacar a los hombres que no tuvieron tiempo de huir, pero hoy han aparecido al alba. No importa, ya no quedan hombres en el pueblo, tan sólo ancianos, mujeres y niños. El suyo, Pedro, duerme todavía. A Lola le cuesta despertarlo, le pasa un paño de agua fría por la carita tibia para que espabile. Salen, el niño frotándose los ojos, ella tiritando bajo el chal. En la pequeña plaza hay una veintena de hombres uniformados. Lola les encuentra ufanos, relajados, tranquilos. Se nota que no quedan hombres jóvenes en el pueblo. Poco a poco van llegando sus vecinos y vecinas, con los niños en brazos o de la mano. Un militar con medallas da un discurso que Lola no acaba de entender, habla del final de la guerra y de la necesidad de encontrar a los que no quieren la paz. Porque hay que redimirlos, dice. Pide a los vecinos que se pongan en fila ante una mesa improvisada en el centro de la plaza para prestar declaración sobre el lugar donde se encuentran los familiares que no están presentes en el pueblo, particularmente los hombres. Sentado a la mesa, Lola reconoce a Federico, el hijo de Teresa, uno de los muchachos a los que se llevaron al frente cuando vinieron de noche y los sacaron de las casas. Lola se pone a la cola de familiares y ve que, tras hablar con Federico, él apunta algo en un gran cuaderno. Cuando le toca el turno a Lola, le alaba que haya aprendido a escribir tan bien, que algo bueno ha dejado la guerra. Él asiente sin mirarla a los ojos y, sin mirarla a los ojos, le pregunta por Miguel. Lola dice que se fue cuando empezó todo y que no ha dado señales de vida, que es un sinvergüenza y que se habrá ido con otra aprovechando los tiempos revueltos. Federico, concentrado en su lenta caligrafía, señala la mala suerte que han tenido con sus hombres algunas mujeres del pueblo.

Todas las mujeres y los ancianos han declarado ante Federico. Él ha apuntado minuciosamente sus declaraciones en el cuaderno, se lo ha entregado al militar condecorado, este ha dado la orden de subir a los dos camiones y se han marchado del pueblo. Antes, Federico ha podido abrazar a su madre, Teresa, y a su hermano pequeño, José, quien ha interrumpido el juego con Pedro para recibir la carantoña de ese hombre a quien apenas recuerda. Lola no espera a que salgan los dos camiones de la plaza para encaminarse de vuelta a casa. No cruza ni una mirada con las otras

cuatro mujeres cuyos maridos, hijos, hermanos, están en la sierra con Miguel. O creen que están. Hace meses que no saben nada de ellos. Tira de Pedro y le ordena aligerar el paso. No se da cuenta de que el niño está llorando.

Pasan los días y nada sucede. No hay noticias de nadie. Nadie visita el pueblo. Nadie se va de él. Todos los días son iguales: cortos, soleados, fríos. Desde que estuvieron los militares, cada mañana José, el hermano de Federico, el hijo de Teresa, pasa a buscar a Pedro para que le acompañe con las cabras. Lola le deja marchar, a pesar de que el niño todavía no tiene edad para pastorear. José tampoco, pero Teresa, su madre, no aguanta el monte, apenas aguanta ponerse delante del entremijo para hacer el queso. Teresa agradece a Lola que deje a Pedro acompañar al niño y de vez en cuando le regala un queso. Teresa sabe que Lola será viuda pronto. Lola, sin el niño Pedro trasteando en casa, se desespera. La calma no es buena para Lola. Recuerda la mano de Federico escribiendo en el cuaderno y se enrabieta por no saber leer. ¿Habrá escrito lo de que Miguel es un sinvergüenza? Le parece a Lola que Federico escribió poco, tres palabras había ahí y no muy largas. Le preguntaría a Teresa, pero qué va a saber ella. Si los militares no han vuelto, tal vez, quizás, los dejan en paz. Qué importarán cinco hombres por ahí perdidos en la montaña, qué daño van a hacer. Lola no se cree los rumores, esos que dicen que en realidad con Miguel hay muchos hombres, todo un ejército. ¿De dónde va a salir tanto hombre? Serán fantasmas, los fantasmas de todos los muertos de estos años, que no se acaban de ir.

Hasta que pasa una semana, tal vez diez días. Lola está llenando un balde de agua de la fuente de la plaza. No se acostumbra a usar el agua del grifo y sigue pensando que la de la fuente es mejor. Quiere preparar una perola de sopa de judiones para cuando vuelva el niño del monte. Escucha las detonaciones. Es difícil saber de dónde vienen porque la sierra tiene sus ecos, pero Lola cree que no están lejos, no más allá del río porque entonces el sonido se perdería tras la montaña, se oiría con menos nitidez. Y Lola oye perfectamente los disparos, demasiado rápidos como para salir de una escopeta. Acaba de recoger el agua y se dirige hacia su casa. De camino, pasa por delante de la de Teresa. Deja el balde en el suelo y toma aliento. Teresa se asoma, pregunta si ha oído algo, Lola afirma con la cabeza. Y los niños por ahí con las cabras. Teresa y Lola toman el camino hacia los prados adonde los niños van a pastorear. El balde se queda en mitad de la calle.

### 3

Ariadna se despierta temprano. Siente la nariz y los brazos fríos. Se incorpora en la cama, saca de debajo de la almohada una toquilla de lana y se cubre los hombros y el pecho desnudo con ella. Está amaneciendo. Detrás de la figura oscura de la sierra se filtra la claridad anaranjada de la mañana. El pico más alto, cubierto de nieve, resplandece al recibir los primeros rayos. Ariadna contempla los sutiles, rápidos cambios de luz, cómo van desapareciendo las tonalidades anaranjadas y rosadas hasta que amanece completamente. El silencio es casi absoluto.

Se acurruca contra la espalda de Eloy, que duerme en posición fetal. Él se despierta, gira la cabeza, susurra un buenos días. Se queda adormilado un rato más, como si fuera sábado o domingo. Es jueves, pero en esta nueva vida se pueden permitir pequeños lujos. Eloy se levanta, se enfunda en un grueso albornoz, baja a la cocina, prepara el desayuno, lo sube a la habitación. Otro privilegio adquirido de la vida en el campo. Ariadna se despereza, vuelve a colocarse la toquilla. Desayunan en silencio. Se levantan, lavan, visten. Se sientan, enfrentados, a la mesa de trabajo, cada uno detrás de su ordenador portátil.

—¿Qué toca hoy?, pregunta Eloy.

—Sigo corrigiendo el libro de texto. ¿Y tú?

—Devoluciones de IVA.

A media mañana escuchan el sonido repetido de un claxon, cada vez más cercano. Levantan la vista de sus ordenadores.

—¿Frutero?, pregunta Eloy.

Ariadna asiente mientras se levanta de la silla. Eloy sigue mirando la pantalla del ordenador, quisiera decirle a Ariadna que vaya ella a hacer la compra.

—Date prisa, que si acaba pronto no nos espera.

—Tiene el don de la oportunidad.

—Qué más da a la hora que venga, siempre te viene mal.

Se calzan de prisa y salen calle arriba hacia la plaza. Se cruzan con dos mujeres que ya han hecho la compra, cada una tirando de su carrito. Saludan por debajo de sus bufandas.

—¿Cómo pueden ser tan rápidas?, pregunta Eloy.

—Porque esperan al camión en la plaza, así charlan un ratito.

—Con el frío que hace, no sé cómo aguantan.

El camión ocupa mitad de la plaza. Tiene los lados laterales abiertos. En su interior, variedad de frutas, verduras, botellas de aceite, vinagre, vino, tetrabriks de leche, zumos, productos de

limpieza. Frente al camión, formando un grupo compacto, Piluca, Baldomero y Andrés; más alejado, Pedro. El frutero, David, ya está atendiendo a Piluca y Baldomero. Cuando terminan, Piluca se va a hablar con Pedro. Baldomero se queda esperando al abrigo del camión.

—Qué frío, Baldomero. ¿Qué invierno nos espera?, pregunta Ariadna como saludo.

—Bah, esto no es nada. Cuando yo era un niño y pastoreaba las vacas, la sierra se llenaba tanto de nieve que no podíamos andar por las cañadas, hasta aquí nos llegaba la nieve.

Baldomero señala su cintura. Andrés cabecea dándole la razón.

—Andrés, ¿qué le pongo a usted?

—Leche.

—¿Cuánta?

—Un paquete de esos de seis.

Piluca sigue apartada, hablando con Pedro.

—A ver si quiere algo, dice Baldomero.

—Que ya os he dicho yo que no —dice Andrés—, que tenemos de todo.

Piluca vuelve al grupo.

—Nada, no hay manera, vámonos para casa.

Se despiden todos, quedan Ariadna y Eloy con el frutero. Pedro sigue parado, a varios metros, apoyado sobre sus muletas y mirando fijamente. Piden huevos caseros, manzanas, peras, tomates.

—¿Os arregláis bien en el pueblo?

—Sí, nos gusta mucho. Pon un par de kilos de patatas también.

Ariadna lleva la conversación. Eloy escucha y, de vez en cuando, mira a Pedro.

—Pero estáis muy solos, ¿no?

—No nos importa. ¿Tienes aguacates?

—Sí, muy buenos. Luego en verano ya veréis, esto se llena.

—Pon tres. ¿Y quién viene en verano por aquí?

—Pues la gente que tiene casa, algún turista a las casas rurales... ¿Qué más?

—Naranjas. ¿Y tú conoces bien esta zona?

—Sí, soy de aquí al lado, de Pueblo Grande. Os pongo un par de kilos, que están muy buenas.

—No, con uno basta. ¿Y vivía mucha gente aquí antes?

—Había unas veinte casas con sus veinte familias, así que calcula. Y tenían animales, huertos, alguno tenía maíz, otros centeno, algún otro trigo. ¿No habéis visto las eras ahí arriba y las huertas abandonadas? Y los frutales, aquí hay mucho peral, manzano, nogal, hasta cerezo hay. Ahora podéis coger un montón de manzanas y peras por ahí, como hacen todos estos.

—Si nos lo dices antes, tampoco te las compramos nosotros.

David se ríe mientras pesa las naranjas, Ariadna continúa.

—Le pregunté el otro día a Baldomero, a ver si todavía se pastoreaba, si había cultivos y me dijo que ahora todo es paisaje para turistas, no sé si lo decía por nosotros.

David va ordenando el pedido en las bolsas de tela que le da Ariadna.

—¿No os ha enseñado Baldo su huerto? Él y Andrés todavía cultivan, ahora en invierno poca cosa, pero en verano ya veréis.

—Nosotros estamos preparando el huerto.

—Pues ellos os van a aconsejar.

—¿Ellos? —interrumpe Eloy—, si no hay quien les saque nada.

—Que sí, hombre, a vosotros os quieren bien. Están contentos de que estéis aquí, incluso ese, que es más raro que...

Se vuelven los tres hacia Pedro. Sigue parado, mirándoles.

—Calla, hombre, que te va a oír, dice Eloy.

—Bah, está ya muy tocao. Bueno, siempre lo ha estado. Ese sí que tiene una historia... Hala, treinta y siete euritos justos. Os parecerá un regalo comparado con los precios de la ciudad.

—¿Te podemos pagar con tarjeta?

—Si conseguimos cobertura, sí.

La máquina funciona a la primera. Pagan, se despiden de David hasta la semana siguiente.

Oyen un chiflido suave. Miran a Pedro y ven que comienza a desplazarse tambaleante sobre sus dos muletas hacia ellos. Tiene las piernas tan arqueadas que no puede mantener las muletas en línea recta, por lo que da la impresión de que se va a caer en cualquier momento. Las muletas son más largas de lo que realmente necesita, así que lleva la cabeza escondida entre los hombros, que le llegan a las orejas. Les chista de nuevo y alza la muleta, se acerca más a ellos con movimientos espásticos pero que él coordina perfectamente. Cuando llega a la altura de la pareja, Ariadna se fija por primera vez en su ropa. Pedro lleva unos pantalones de pana marrones holgados, desgastados a la altura de las rodillas y planchados con esmero, a la antigua, con una marcada raya al medio. La cazadora, aunque limpia, tiene varios remiendos por los que empieza a asomarse el forro. La gorra no alcanza a cubrir unos rizos deshilachados en la nuca y dos grandes orejas de las que salen matojos de pelo. Pedro toma aire y sus ojos verdes y hundidos se hacen grandes. Mira fijamente a Ariadna.

—Cuidado con la sierra, se come a la gente.

Se queda ahí, cabeceando, con los ojos clavados en Ariadna. David está cerrando con fuerza las puertas del camión y el ruido metálico retumba en la plaza. Ariadna y Eloy cargan las bolsas de tela, comienzan a darse la vuelta para salir de la plaza.

—No se preocupe, nunca nos alejamos de los senderos marcados, dice Ariadna. Él abre más los ojos, parece que va a volver a hablar, pero nada sale de su boca salvo un sonido amortiguado, una especie de gemido.

David se monta en el camión, les hace un gesto de despedida con la mano. Pedro, mirando a Ariadna, por fin dice:

—Tú, tú, tú, cuidado tú.

Ruido atronador del motor del camión. David está maniobrando para salir de la plaza. Se apartan a un lado pero Pedro no se mueve. Eloy se acerca a él con dificultad por el peso de las bolsas, intenta cogerle del brazo y empujarle un poco para dejar pasar el camión. Pedro levanta la muleta, rozando a Eloy. David hace sonar el claxon levemente. Pedro vuelve a apoyar la muleta en el suelo, se da la media vuelta y se dirige, tambaleante, a ocupar uno de los bancos de la plaza. David acaba su maniobra, se vuelve a despedir. Ariadna y Eloy emprenden el camino de vuelta a casa sin mirar a Pedro, que ya está sentando en el banco, los brazos reposando todavía en las muletas, la mirada perdida. Sus labios se mueven.

## 4

Oigo los disparos. Están cerca. José también los oye, estos van a por tu padre, Pedrito, me dice y se ríe. Le doy con la vara en la cara y salgo corriendo monte arriba. No sé adónde ir, el eco me confunde. Pero no pueden estar más allá del río. Si estuvieran más allá, no se oirían tan claramente. El suelo está lleno de hojas, algunas de ellas congeladas, resbalo y me hago daño en la rodilla, se me abre el remiendo que me hizo madre hace dos semanas, me reñirá. Cojeo pero sigo subiendo monte, los árboles están pelados y se ve en la distancia. Por eso los habrán encontrado, porque los robles están pelados y ya no se pueden esconder bien. Oigo más disparos. Se habían callado hace rato pero vuelven a sonar repetidos y rápidos, no son escopetas porque las escopetas lleva tiempo cargarlas, me gustaría tener una escopeta pero padre se llevó la única que teníamos y después vinieron los militares y se llevaron todas las del pueblo. Los árboles están pelados, si están arriba, me verán ellos a mí, pero no me harán nada, soy un niño y no tengo escopeta. Llego a Cerro Alto y desde ahí tampoco veo y ya no se escuchan disparos y ya no sé adónde ir. Bajo el cerro hacia el lado del río y me vuelvo a resbalar, esta vez de culo. Padre tiene que volver para hacerme las botas que me prometió y así no me resbalaré y José no se reirá de mí. Si dan con él y no lo matan volverá a casa y madre dejará de suspirar por el día y llorar por la noche y padre volverá a arreglar zapatos y yo no tendré que salir con José y las cabras y podré ir a la escuela en Pueblo Grande. Sigo bajando hacia el río, escondiéndome de árbol en árbol, hasta que llego al último tronco. Ahora al pedregal. Oigo voces. Me acurruco detrás de la Piedra del Buitre. Ahí están, al lado del río, en el pedregal, hombres uniformados de pie, hombres tumbados boca abajo sin uniforme. Hay sangre oscura sobre las piedras blancas. Un hombre uniformado con una pistola en mano apunta a cada hombre tumbado sin uniforme boca abajo.

pah / la cabeza rebota

El hombre de la pistola pregunta dónde está. Ninguno se mueve.

pah / la cabeza rebota

El hombre de la pistola pregunta dónde está. Ninguno se mueve.

pah / la cabeza rebota

El hombre de la pistola pregunta dónde está. El hombre tumbado hace un gesto con la cabeza. El hombre de la pistola se acuclilla a su lado. El hombre tumbado le dice algo al oído. El hombre de la pistola se incorpora.

pah / la cabeza rebota

Abro los ojos. No veo más allá de mi brazo extendido. Se ha echado la niebla. Me levanto. Estoy mojado. No sé cuándo ha empezado a nevar. Tengo la ropa mojada y dura. Ha nevado y ha helado. Qué habrá pasado todo este rato. Echo a andar de vuelta hacia el Cerro Alto. El suelo cruje. Está amaneciendo. No debería estar amaneciendo. Debería ser mediodía. Pero está amaneciendo y ha nevado y ha helado. O está helando. Y se ha echado la niebla. Madre estará preocupada. Se comería ella sola la sopa de judiones que dijo que iba a hacer para cuando volviera de llevar las cabras con José. Me reñirá.

José, el golpe con la vara, el resbalón y el roto en la rodilla, la cuesta, el río, el pedregal.

Ojalá madre me hierva una poca de leche, aunque esté enfadada. O me caliente la sopa de judiones. Está todo cubierto de nieve. Cuándo ha nevado tanto. Y ahora esta helada. Esta niebla. Tirito. Ojalá no me encuentre un lobo. Si me lo encuentro no tengo un pedazo de pan como el abuelo Agustín, no tengo cómo hacerme amigo del lobo. Me gustaría que me pasara como al abuelo Agustín, que se encontró con un lobo solitario cuando iba caminando hacia Pueblo Grande. El lobo se lo quería comer, pero el abuelo Agustín tenía una hogaza de pan que llevaba para su hermana que vivía en Pueblo Grande y se pasó el camino dándole pedacitos de la hogaza del pan y el lobo le siguió hasta el final del camino. Desde entonces cada vez que el abuelo Agustín iba por la noche a Pueblo Grande se llevaba dos hogazas, una para su hermana y otra para el lobo. Y el lobo lo esperaba y lo acompañaba, el abuelo Agustín por el sendero, el lobo por el bosque. Después el abuelo murió y nadie volvió a ver al lobo. Por eso padre guardaba los mendrugos cuando se podían guardar y mi madre le dio un saco de ellos cuando se fue al monte. Padre.

Ya bajo el cerro. Ya estoy llegando. Oigo ladrar los perros. Entro por la plaza. Todos duermen. Madre seguro que no. Madre estará despierta. Paso la fuente y llego a la altura de la casa de la Teresa y el José. ¿Qué hace aquí, en medio de la calle, este balde? Es el balde de madre, tiene la flor roja que pintó padre en el metal. Está lleno de agua, el balde de madre, aquí en medio de la calle. Lo cojo, qué fuerza tiene madre, cargar con este balde todos los días hasta casa.

## 5

Ella.

Yace con los ojos cerrados, en un estado de inconsciencia en el que durante dos, tres segundos no sabe quién es, dónde está, a quién pertenece el cuerpo que intuye a su lado. Cuatro, cinco, seis, y el conocimiento, la iluminación, las imágenes que deberían situarla en el mundo no aparecen. Comienza a sentir un pánico familiar que despierta en el estómago y que sube poco a poco hacia la garganta. Es una sensación antigua, también la que le impide abrir los ojos por la sospecha de que no va a reconocer su entorno. Aguarda las imágenes necesarias que no llegan. Se rinde y abre los ojos, con la esperanza, ya débil, de vislumbrar alguna sombra que la ayude a reconocer el espacio.

Un, dos, tres. Parpadea rápidamente.

Ante sus ojos sólo hay una negrura densa, opaca, sin matices, sin contornos. Un leve soplo entrecortado sale de su boca al mismo tiempo que intenta respirar. Siente movimiento a su lado. Hay alguien con ella, alguien que apoya la mano en su vientre, una mano tibia y segura en el vientre de ella, desnudo. Articula un grito en forma de A, pero no se oye a sí misma. Grita más fuerte, también en A, y sigue sin oírse. Se agarra los labios con las dos manos para sentir que es su boca la que grita. Sus uñas, largas y afiladas, se clavan en sus labios ásperos y resecos. Huele a tierra. El negro opaco que ve es también el negro que escucha: un zumbido monocorde y constante que ante el silencio de su voz se magnifica y se hace presente e ineludible. La mano tibia que acariciaba su vientre ahora sube hacia su pecho, su brazo derecho, su mano. Opone resistencia a ese movimiento que no la calma, se agita intentando sacudir la mano que la apresa, pero ahora esa mano agarra su hombro, la reclina hasta que vuelve a quedar tumbada en el suelo húmedo, boca arriba. Pestañea y se intenta frotar los ojos, pero la mano tibia detiene las suyas y cierra sus párpados, acaricia su frente empapada en sudor febril y enreda los dedos en su pelo.

Yace con los ojos cerrados, en un estado de inconsciencia en el que durante dos, tres segundos no sabe quién es, dónde está. Cuatro, cinco, seis, y el conocimiento, la iluminación, las imágenes que deberían situarla en el mundo no aparecen. Comienza a sentir un pánico familiar que despierta en el estómago y que sube poco a poco hacia la garganta. Es una sensación antigua, también la que le impide abrir los ojos por la sospecha de que no va a reconocer su entorno. Mueve los brazos que hasta ahora tenía cruzados sobre el vientre dolorido, los estira y roza así los huesos de las caderas, que sobresalen afilados. Se palpa el pubis, la vagina, recorre su entrepierna con la mano



y siente el calor de la sangre. La retira.

Un, dos, tres. Parpadea rápidamente.

Ante sus ojos sólo hay una negrura densa, opaca, sin matices, sin contornos, que ocupa su horizonte completo, imposible discernir si el negro cubre sus ojos o si está dentro de ella. Intenta hablar pero la palabra no llega a componerse, las vocales y consonantes que bailan en su cabeza no se alinean para lograr la fórmula que exprese su desconcierto, su voz no es voz sino un conjunto de sonidos para ella inexistentes porque no escucha más que un zumbido constante, monótono. Atenta sin saber a qué, incorporada en el suelo húmedo, no percibe nada a su alrededor: no hay sonido, no hay movimiento, no hay texturas más allá de su lengua acartonada, su piel seca, su carne magra, sus huesos afilados, su vagina desgarrada, su útero destrozado, el frío que atenaza todos sus miembros. Dentro de ella sólo existe un vacío insondable, sin medida. La angustia la llena y al mismo tiempo la vacía de cualquier posibilidad de atrapar el menor atisbo de pensamiento consciente. Es angustia y cuerpo doliente. El hombre que estaba a su lado, el mismo hombre que la amó en vida y que dos días atrás acariciaba su cabello con sus dedos gruesos intentando darle consuelo, el mismo hombre que le habló durante horas para hacerla regresar al mundo, ya no es hombre sino cadáver.

Yace con los ojos cerrados, en un estado de inconsciencia en el que durante dos, tres segundos no sabe quién es, dónde está. Cuatro, cinco, seis, y el conocimiento, la iluminación, las imágenes que deberían situarla en el mundo no aparecen. Comienza a sentir un pánico familiar que despierta en el estómago y que sube poco a poco hacia la garganta. Es una sensación antigua, también la que le impide abrir los ojos por la sospecha de que no va a reconocer su entorno. El olor a descomposición, heces, orines, humedad, provoca una arcada que hace que su cuerpo se incorpore mecánicamente, pero no hay nada ya dentro de ese cuerpo emaciado. De su boca sale un último grito que no escucha, que no nombra nada porque las palabras se quedaron fuera de la oscuridad.

Él.

La caída ha acabado de reventarle por dentro pero no va a morir pronto. Las piernas estaban rotas antes de caer, el esternón también había sido hundido, la cabeza ya sangraba tanto como para teñirle la vista de rojo. La cuerda que amarraba sus muñecas se ha soltado con la caída. No intenta moverse. Si lo intentara, se daría cuenta de que su cuerpo no le responde. Boca abajo, el cuello retorcido hacia la derecha, el brazo izquierdo desencajado como el ala rota de una gran ave rapaz, la humedad del suelo en el rostro. A lo lejos se oye el murmullo del arroyo. Con el deshielo, el agua llegará de nuevo a la sima y barrerá su cuerpo y el cuerpo que en unas horas caerá a su lado. El hueco por el que le han forzado a caer es estrecho, apenas entra una rendija de la luz del día. No importa. La luz es un bien innecesario. No ayuda. No sana. No libera.

Las voces le avisan. Una voz de hombre. Un grito de mujer. Una caída rápida, como la suya, más silenciosa. Apenas puede moverse unos centímetros y siente el impacto del cuerpo caer a su izquierda. Pasa tiempo. Consigue arrastrarse hasta el cuerpo y, con la mano derecha, palparlo. Ella gime. Lo recorre y constata piel y no tela, una mano, un brazo, un seno, un vientre, ella gime, un pubis, un muslo. Sangre viscosa y fresca. Cabello enmarañado. Ella gime. Nariz aguileña. Labios

gruesos. La reconoce. Ella gime. No puede abrazarla, atraerla a su regazo, mecerla. No puede cubrir su desnudez, besarla, tranquilizarla. Parar la sangre. El cuerpo no le responde. Sólo lo hace esa mano que ha recorrido su cuerpo, esos dedos gruesos que ahora se enredan en el pelo de ella. Y su voz quebrada que repite su nombre, su nombre, su nombre. De ella sale un leve gemido de animal herido y una convulsión constante, como si fueran sacudidas eléctricas. Su nombre, háblame. Pero ella no responde. Mejor así. Mejor morir sin saber.

Entra y sale de la consciencia. La oye gritar a su lado. Un grito animal, inarticulado. La siente moverse inquieta, ve en la penumbra cómo se araña el rostro con sus manos. Intenta detenerla con caricias, arrullarla con susurros, mecerla con su voz. No le quedan palabras de consuelo, mentiras de salvación, pero sí las palabras de amor que quedaron dormidas los años del monte, lejos de ella, y que ahora despiertan, inútiles.

## 6

La noche es fría. Huele a leña. Los pequeños faroles del pueblo están encendidos, pero sólo basta alejarse unos metros para que la luz artificial desaparezca y sea la luna llena la que ilumine los caminos. Se oye el viento de la sierra contra las ramas de los árboles que crujen desnudas, el lejano ulular de un cárabo, el rumor del río. Ariadna y Eloy salen de casa para estirar un poco las piernas, sin intención de alejarse demasiado, pero la intensa claridad que proporciona la luna les invita a seguir caminando. Suben hasta uno de los cerros cercanos y continúan camino del río. Ariadna va delante y Eloy la sigue de cerca, en silencio.

Ariadna piensa en las historias que Baldomero ha empezado a compartir las veces que se encuentran en la plaza, cuando ella se acerca al banco donde se solea el anciano mientras espera al repartidor del pan. Son cuentos de la sierra que Pedro les contaba a los niños del pueblo como él, cuentos de lobos, fantasmas, desaparecidos. Ella siempre ha sido miedosa, Eloy no tanto. Si Eloy hubiera finalmente decidido que su relación estaba muerta, si hubiera resuelto separarse de ella y quedarse en la ciudad y ella se hubiera mudado sola al pueblo, habría adoptado un perro para sentirse más segura. Pero ni siquiera con el perro se aventuraría a pasear en la noche por estos senderos. Los lobos no la asustan, cree que le ocurriría como al hombre del cuento, que se hace amigo del animal. Más miedo le darían los otros protagonistas de los cuentos, esos hombres violentos que sólo en las ficciones pagan por sus crímenes sufriendo una violencia proporcional o mayor a la ejercida. Tampoco le darían miedo los fantasmas y los desaparecidos. No porque no crea en ellos, sino porque sabe que si se aparecen a los vivos es para reclamar cuentas y ella no tiene cuentas pendientes con nadie. O eso cree. Su padre sí las tuvo, pero por eso mismo ella está aquí, recorriendo esos mismos senderos, habitando los mismos espacios, intentando descubrir en ellos, como si sus ojos pudieran ver a través del tiempo, las historias de las que los lugares han sido testigos. Por eso a Ariadna no le importaría que se le apareciera algún fantasma de esos que habitan la sierra, los desaparecidos de antaño, y le explicaran unas cuantas cosas que ella, por muchas vueltas que le dé, no consigue entender.

El camino hacia el río se estrecha, Ariadna siente la respiración de Eloy a su espalda. Lleva todo el camino contemplando sus movimientos ágiles y su figura esbelta. Le cuesta un poco seguir su ritmo. Con el paso de los años ella ha conservado la forma bastante mejor que él, aunque últimamente gracias a los largos paseos y al trabajo en la huerta se vuelve a ver marcados los músculos de los hombros y del abdomen. La azada tiene sus beneficios, a pesar de los dolores de espalda de los primeros días. Todas las cosas nuevas tienen beneficios para Eloy, van

acompañadas de la sensación de descubrimiento, de cambio y posibilidad de adaptación, de reto. Por eso le gustan estos paseos, porque siempre revelan algo nuevo: la transformación del paisaje según el otoño avanza hacia el invierno, un canto de pájaro hasta ahora desconocido, algún animal sorprendido, como la manada de corzos que vieron en estampida hace sólo unos días. La novedad, piensa Eloy, es la única vacuna contra el aburrimiento. Bajan la empinada cuesta, ahora más despacio, y ven desde lejos cómo refulgen las piedras blancas en la orilla. Ariadna para en seco y hace un gesto con la mano a Eloy para que él también se detenga. Pone un dedo sobre sus labios en señal de silencio y con la otra mano señala hacia el pedregal. Sobre un gran pedrusco se yergue un animal voluminoso, de casi un metro de altura. Inmediatamente distinguen sus grandes cuernos que suben en espiral hacia el cielo y que, al final del recorrido, se curvan ligeramente hacia atrás. Parecen brillar con luz propia, como las piedras blancas del pedregal. La cabra los mira durante unos breves segundos y, con un movimiento rápido que se resume en tres saltos, atraviesa las piedras y desaparece en la noche.

## 7

Eso que dicen que los perros son lobos domesticados es verdad. Los lobos saben quién es bueno y quién es malo, quién tiene intenciones retorcidas y quién es de corazón puro. El lobo mira a los ojos y reconoce en ellos las perrerías de otros, pero también la buena fe. Entonces decide si hacer daño o dejar pasar.

Había una vez un lobo solitario que recorría montes y valles. Era solitario por obligación, porque la manada a la que pertenecía había ido desapareciendo poco a poco, algunos por viejos, otros a causa de accidentes desafortunados, como el hermano que se despeñó persiguiendo una cabra, otros bajo la escopeta de un cazador en busca de una pieza exótica o de los palos de un pastor vengativo. Y como este lobo era solitario, siempre andaba con hambre y en su costillar marcado cualquier buen observador podía distinguir los órganos internos del animal. No se le daba bien cazar ni asustar y había asumido que los últimos días de su vida iban a ser un consumirse lentamente, hasta hacerse uno con la tierra. Una noche iba husmeando por el bosque, siguiendo el rastro de un hombre, con la esperanza de que dejara en el camino algún resto de comida. Lo seguía de cerca, tal vez demasiado cerca, porque el hombre, después de recorrer un tramo no muy largo, comenzó a aminorar la marcha, paró en seco y se volteó. Hombre y lobo se quedaron mirándose fijamente. El lobo reconoció el miedo y la bondad en los ojos del hombre. Al hombre le dio pena un lobo tan flacucho y despeluchado. Tomó la hogaza de pan que llevaba bajo el brazo, partió un trozo y se lo ofreció al lobo, dejándolo en el suelo a pocos metros de él. Retrocedió otros tantos y esperó a que el animal comiera su pedazo de pan. El lobo acompañó al hombre, que le iba dejando sus buenos trozos de pan en el camino, hasta el final del bosque, y decidió quedarse por la zona por si el hombre volvía. Y volvió. Volvió muchas noches. El lobo lo esperaba, el hombre le iba dejando el pan, que a veces untaba de tocino, otras de leche, y juntos recorrían el bosque. Hasta que un día, el hombre desapareció. El lobo le estuvo esperando, noche tras noche, porque tenía hambre, pero también porque se había acostumbrado a los bellos sonidos que el hombre emitía cada vez que salía al camino a saludarlo, a sus pisadas que marcaban el ritmo del recorrido, a verle darse la vuelta al final del bosque y hacer su despedida: el hombre levantaba la mano y el lobo se sentaba en la linde hasta que lo veía desaparecer.

El lobo siguió merodeando por el bosque, por si aparecía otro hombre amable a quien acompañar. Pasaron los días, pasaron los meses y llegaron otros hombres, en manada. El lobo los observó y enseguida se dio cuenta de que no se podía acercar a ellos. Estaban en el bosque buscando algo, seguramente una presa. El lobo recordó las batidas en las que murieron algunos de

los suyos, sus cuerpos despedazados por las balas y sus pieles arrancadas por los cuchillos, los buitres comiendo sus entrañas. Pocos días después vio cómo dos de esos hombres arrastraban por el suelo a otro hombre que no se movía, pero aun así, le dispararon en la cabeza y le propinaron patadas. Y abrieron un agujero grande al pie de un roble y lo echaron ahí y taparon el agujero. El lobo no necesitó escarbar para saber que ese hombre que yacía ahora bajo tierra era aquel que había compartido su pan y las noches del bosque con él. Y sintió que toda su hambre atrasada se despertaba y que su olfato le pedía sangre y vísceras. Siguió el rastro de los dos hombres y los encontró muy cerca, tumbados bajo otro roble, descansando del esfuerzo. Y olió la sangre del otro en ellos.

No lo vieron llegar. No les dio tiempo a coger sus armas ni a salir corriendo. El primero, todavía sentado, ni siquiera pudo ver que eso que tenía encima era un lobo arrancándole de cuajo la yugular. El otro sí lo vio y se incorporó e intentó salir corriendo, pero el lobo lo alcanzó por detrás, lo tiró al suelo y clavó las fauces en su cara según se daba la vuelta para defenderse. Le tocó a él la muerte más lenta, más dolorosa, ver con sus propios ojos cómo el lobo entraba a dentelladas en sus entrañas. El del lobo fue un trabajo lento, glotón, que duró hasta que llegaron los buitres y él, con la generosidad del que está saciado, abandonó a esos dos hombres de los que después sólo encontrarían las culatas de sus fusiles.

## 8

Federico piensa que ya ha visto bastante. Ha visto el cuerpo de un niño de la edad de su hermano José destrozado por una bomba, ha visto a una mujer con un bebé muerto enganchado a su pecho, ha visto salir por un agujero de bala la masa encefálica de su amigo más querido, ha visto una pila de cuerpos vestidos con ropa de jornalero yacer en una fosa que nadie encontrará, ha visto a un grupo de hombres con su mismo uniforme cagarse, mearse y masturbarse sobre el cuerpo de otro hombre desnudo, ha visto la cabeza reventada a culetazos del soldado enemigo, el único de sus muertos al que ha tenido que mirar a los ojos. No quiere ver más, Federico. Pide que le dejen fuera de la misión que irá a su pueblo, que le envíen a otro destino o que le den un breve permiso. Si niegan su petición para ponerle a prueba o simplemente por defecto, Federico no lo sabe.

Anota «fugado en rebeldía» al lado del nombre de Miguel, lo mismo al lado de los hermanos Jiménez, y de Paco el albéitar y Evaristo. Le dice a su madre que no hay nada que hacer, que mentir sería ponerse él en peligro, y a ella. Que Lola y las otras pueden dar por muertos a sus maridos, hijos o hermanos. Que volverán pronto a buscarlos. Que será cuestión de días. Sí, darlos por muertos. No les interesa hacer más prisioneros.

Recorren los montes que él conoce bien, donde llevaba las cabras con su padre antes de que muriera de un catarro mal curado, antes de que a él se lo llevaran a la guerra, antes de que su hermano José tuviera que ocupar su lugar. No se le han olvidado los caminos ni los parajes más escondidos que, ahora en invierno, son pocos. Sabe que tarde o temprano los encontrarán. Es más temprano de lo que había pensado. Les sorprenden cerca del pueblo, pasado Cerro Alto. Son cuatro hombres y están bajando todo lo rápido que pueden por el pedregal hacia el río. No responden a sus disparos. Dos de ellos caen por el impacto de las balas, los otros dos frenan su huida y levantan los brazos. Los apresan en la orilla. Dos están heridos: uno en un costado, otro en una pierna. El teniente ordena que les tumben boca abajo y les aten las manos por detrás. Son ocho soldados, dos para amarrar cada cuerpo. Quedan los cuatro tendidos. La sangre que brota de las heridas empapa poco a poco las piedras blancas. El teniente les pregunta por el hombre que falta. Los cuerpos no responden. El teniente vuelve a preguntar. Se dirige a Federico. Quién falta. Él contesta, falta Miguel. Un cuerpo farfulla mocosos traidor. Ese es el primero en recibir el disparo en la cabeza. Dónde está, pregunta el teniente al siguiente. El cuerpo no habla y el teniente le responde con otro disparo. Con el tercero pasa lo mismo. El cuarto habla, en las eras, dice, y también recibe el disparo.

El teniente ordena a dos soldados que se encarguen de limpiar el lugar, que se las arreglen como sea pero que nadie, jamás, encuentre a esos cuatro perros. Federico respira aliviado por no haber sido elegido para las tareas de limpieza, hasta llegar a las eras donde, efectivamente, encuentran a Miguel. Está ahí, de pie, desarmado, esperándolos.

Lo que sucede después con Miguel, lo que sucede cuando aparece Lola, Federico lo archiva, lo reprime y, salvo en sus pesadillas, casi lo olvida, hasta que un día, pocos años después, acucillado y asomado a un agujero en la tierra, lleno de eco y oscuridad, oye el chasquido de una rama, gira la cabeza y ve fugazmente una piedra sujetada por una pequeña mano. Y, detrás, el rostro de Pedro.



## 9

Desde el día en que Pedro le clavó sus ojos, Ariadna no ha dejado de pensar en los ojos de su padre. Tienen algo que los asemeja, pero no alcanza a decir qué es. No es que ambos tengan una mirada vacía —cuando piensa en su padre debería conjugar los verbos en pasado, pero todavía no se acostumbra a hacerlo—, no están perdidos porque no encuentren a qué aferrarse, porque esténidos en su locura o en su delirio senil. No es vacío lo que ve en ellos, no es confusión, es una especie de desamparo, de angustia, un asomo de pavor, eso es. Siente los ojos de Pedro clavados en los suyos y quiere salir a su encuentro, quiere que le vuelva a decir eso de «cuidado tú, tú, tú» para poder preguntarle por qué, Pedro, qué hay en la sierra que me pueda hacer daño a mí. Qué te hizo daño a ti.

Eloy está trabajando, concentrado en sus números, chateando al mismo tiempo con dos o tres clientes. Lleva días quejándose del volumen de trabajo, cada vez mayor desde que se fue de la oficina. Cuando es así, Ariadna sabe que se pasará varias horas sin moverse de la silla y que si le propone dar un breve paseo Eloy dará un respingo y dirá que imposible, que mejor vaya ella. Por eso ni se molesta en preguntar. Se calza las botas de monte, llena la botella de agua, coge un par de manzanas por si se encuentra con un burro o un caballo de camino, se acerca a Eloy.

—Salgo a dar un paseo, por hoy he acabado.

Eloy asiente sin quitar los ojos de la pantalla. Ariadna sale de casa, sube por la calle en la que a veces encuentra sentados a Andrés y Pedro, pero hoy no están. Se asoma a la plaza. Ni rastro de ninguno de los ancianos. Vacía la botella de agua del grifo y la llena con el agua de la fuente. La perrita anciana de Petra se acerca, gruñendo un poco pero moviendo también la cola.

—A ti no hay quien te entienda, le dice Ariadna e intenta acariciarle el lomo.

La perra recula.

—No tengo pan. Si no tengo pan, no me quieres, ¿verdad? Ya te he pillado el tranquilo, interesada.

La perra se da la media vuelta y se tumba al débil sol de la tarde. Ariadna acaba de atravesar la plaza y toma el camino de las eras. Queda poco más de una hora de sol, el aire de la sierra baja frío, Ariadna se sube la cremallera del jersey. Ascende por la cuesta con agilidad, sin bajar el ritmo ni pararse a tomar aliento.

—La muerte de papá y el traslado me han sentado bien.

Lo dice en alto. Le atraviesa un breve susto. Sonríe. Para qué negarlo. La carga emocional que supuso la enfermedad del padre llegó al punto de hacerse inasumible, las obsesiones que generó en ella se están diluyendo al morir él, como si toda esa locura y violencia que perseguía al padre

los últimos meses la impregnara a ella mientras él siguiera vivo. Ahora aquí, en el escenario de todos los delirios paternos, podrá comenzar a distinguir entre verdad y mentira, entre recuerdos vividos y recuerdos inventados. Es el escenario también, se dice Ariadna, en el que su relación con Eloy se va a reparar. Por qué no. En realidad, no les ha pasado nada grave. No hay traiciones ni engaños de los que sea consciente. Sólo algo de desidia, aburrimiento. Qué mejor manera de remontar que un cambio de vida radical, volver a dedicarse el uno al otro, redescubrirse, anudar los lazos que el tiempo ha ido desatando. El tiempo o ellos, con sus rutinas y sus descuidos y esa vida hosca en la ciudad que Ariadna detesta, con sus compromisos impuestos, sus prisas, sus gentes grises y enfadadas. Un año de prueba, eso le ha dado Eloy. ¿Una limosna? No, una nueva oportunidad. Un año de alquiler en el pueblo mientras él conserva su piso en la ciudad. Un sí pero no.

Llega a la era más cercana al pueblo, ahora un erial. A lo lejos oye rebuznar a Marcelo. Lo escucha todas las tardes a la misma hora. Ha sustituido como señal horaria a las campanas de la iglesia, en silencio desde hace no sabe cuánto. Más de veinte años, según Baldomero. Sólo repican el día del santo. Se sienta en una piedra a beber un trago de agua y contemplar, desde ahí, el pequeño pueblo. Come las dos manzanas y cuenta los tejados de cada casa. Poco más de veinte. El frutero tenía razón. Distingue la suya, una construcción ajena al pueblo, un cubo de cemento y vidrio separado por unos quinientos metros del resto de las casas de piedra. El sol comienza a esconderse detrás de las montañas. Una ráfaga de aire frío la destempla. Se levanta, se frota las manos con fuerza, coge la botella de agua y emprende el regreso. Casi al final del camino de vuelta al pueblo hay una bifurcación. Si lo continúa, llega de nuevo a la plaza; si toma el sentido contrario, al cementerio.

Para entrar en el cementerio aledaño a la iglesia hay que abrir un pequeño portón. Ariadna lo intenta. Está cerrado. La verja es tan baja que no haría falta siquiera una puerta, con levantar un poco las piernas se sobrepasa sin dificultad. Es una verja decorativa que, más que proteger, adorna el pequeño jardín que antecede a las tumbas. Ariadna lo recorre lentamente, observando las flores marchitas del verano que todavía no han desaparecido: lirios, clavelinas, dalias. Entre las flores y, justo antes de entrar en el recinto de tumbas, Ariadna ve una cruz de piedra. Se acerca, retira las hojas de unos lirios, lee la inscripción «A los Caídos» y, debajo, el yugo y las flechas. Sigue el recorrido por el cementerio. Tumbas viejas abandonadas, muchos muertos durante el siglo veinte, alguno durante el veintiuno, unas pocas tumbas con flores artificiales. Sigue su paseo hasta el muro del cementerio. Asoma la cabeza y ve que ahí en el otro lado, fuera de la tierra consagrada, hay otra tumba con flores frescas. Un ruido la sorprende, se gira, y en la pequeña verja ve a un hombre, vestido con mono azul, mirándola. Ariadna se aleja del muro pero no se atreve a salir del cementerio, toparse con él. Se queda parada, entre las tumbas. Siente el teléfono móvil vibrar en su bolsillo y dos segundos después, el soniquete de la llamada. Lo saca del bolsillo. Eloy. Dirige la mirada a la verja. El hombre se ha ido.

—¿Dónde andas? Se está haciendo de noche.

—Bajando. Enseguida estoy en casa.

Ariadna y Eloy están delimitando el terreno donde plantarán el huerto en la primavera, cada uno con su azada, la de Eloy visiblemente más grande que la de Ariadna. Oyen una voz de hombre

gritando a lo lejos con tono agresivo «hola, eh, hola». Ariadna hace un gesto a Eloy para que vaya él a atender. Eloy masculla quién cojones será ahora. Se acerca a la cancela de la casa y en ella está apoyado un hombre de unos cuarenta años, delgado, alto, muy moreno. Lleva una gorra raída y sucia en la cabeza, un mono azul y unas botas de goma de media caña.

—¿Sois los nuevos?

—Llevamos aquí tres meses.

—¿Así que vivís aquí?

—Perdona, ¿tú quién eres?

—Vivo allí abajo.

—Vale, ¿y puedo ayudarte con algo?

—Con nada, sólo quería verte la cara. A tu mujer ya se la vi anoche.

El hombre se da la vuelta y se va. Eloy vuelve al jardín.

—¿Quién era?

—Un tío muy raro, ¿dice que estuvo contigo anoche?

—Ah, sería el del cementerio.

—¿Qué hacías en el cementerio?

Ariadna clava su azadón en la tierra, choca contra una piedra.

—Nada, dar un paseo.

Saca la piedra con las dos manos, sacude la tierra que la cubre. Es un cuarzo rosado.

—¿Por qué no me dijiste que habías estado allí?

Ariadna lleva el cuarzo hasta un cubo con agua. Lo limpia meticulosamente. Lo añade a otras piedras similares, cuarzos de diferentes colores y tamaños apilados en un montón de aproximadamente un metro de diámetro.

—Tenemos suficientes ya, ¿no crees?, dice Ariadna al pie del montón.

—¿Por qué no me dijiste que habías estado en el cementerio?

—Joder, por nada, se me pasó.

Eloy sigue apoyado en el mango del azadón, mirándola con dureza. Ariadna no se olvida de nada. Si no se lo contó, fue porque no quiso.

—Hay una cruz.

—Normal, es un cementerio.

—A los caídos. Con su yugo y sus flechas.

Eloy resopla, empuña el azadón y se dispone a dar un nuevo golpe en la tierra.

—¿No ves? ¿Para qué te voy a contar nada si te pones a resoplar?

## 10

Teresa contempla a Pedro cada día para ver si se opera en él algún cambio significativo, discernir la señal —una palabra, una sonrisa— que le muestre si avanza o si se va a quedar en ese estado extraño toda la vida. No tiene manera de saber dónde estuvo el niño desde que sonaron los disparos en la sierra, qué vio para quedarse así, pasmado, si llegó al río y se encontró con los muertos, si reconoció a Federico entre los militares, si fue a las eras donde apresaron a Miguel, si vio lo de Lola, si la vio a ella. Algo vio el chiquillo, pero qué.

Pedro funciona como un reloj que marca la hora cuando debe. Cada mañana, con el amanecer, toca suavemente la puerta de Teresa, ella le hace pasar y le abraza contra su vientre unos segundos, le sienta a la mesa y le prepara las sopas de pan con leche. Cuando lo ve muy legañoso y despeinado, le pasa un paño de agua por la cara y le peina rápidamente con sus dedos. Llega antes de que José se haya desperezado y para cuando este se sienta a la mesa, Pedro ya ha acabado de desayunar. Mientras José desayuna, Pedro se queda ahí, acariciando con su dedo índice una grieta en la mesa de castaño o contemplando con los ojos muy abiertos la silla vacía de Teresa o su espalda frente al fogón o los zuecos al lado del hogar o el tazón vacío. José le señala con la cabeza, dice que así, pasmado, estará todo el día, su madre le regaña y le pide que cuide de él y que no se queje, que sin Pedrito tendría que ordeñar él todas las cabras y andaría todo el día solo por el monte con los perros y José replica que es como estar solo, que además mudo no se ha quedado, que bien que le ve él cuchichear con las cabras y con Canela y Lobo. Mientras José y Pedro ordeñan las cabras en la cuadra, Teresa les prepara un morral a cada uno con la misma cantidad de queso, pan y nueces. José recoge el morral sin despedirse de la madre, a veces con una breve inclinación de cabeza, Pedro simplemente la mira y ella es incapaz de entrever cariño, agradecimiento, ni siquiera reconocimiento en esa mirada. A la vuelta, Teresa pregunta a su hijo que qué tal el día y él responde que como siempre, que si llueve pues viendo llover que si hace calor pues sudando como cerdo que si el otro como si no estuviera que si la Mariana se ha pegado con la Chusca. Pedro acepta el plato de migas o de judiones o de lo que prepare Teresa, que no acierta a saber qué le gusta más al crío o si saborea algo de lo que le da. Cuando acaba, deja su plato al lado del fogón y sale de la casa sin despedirse. Adónde vas, dice Teresa cada vez, que la casa estará helada, que no deberías dormir solo, llévate a Canela. Y José responde déjalo madre, no tiene remedio, ese se queda así.

Es cierto que la casa está helada, que Pedro no debería dormir solo, que con Canela a los pies de la cama tal vez dormiría mejor, tendría menos pesadillas. Pero Pedro, al entrar cada noche en

la casa vacía no ve el fogón apagado ni el polvo encima de la mesa, no siente la humedad ni percibe el olor a cerrado. Al entrar cada noche en su casa, nada más cerrar la puerta, Pedro ve cómo el fogón se ilumina y a su madre removiendo la sopa de judiones y a su padre lustrando unas botas. Entonces sonrío, les saluda, se acerca a su madre para olisquear la sopa y recibir una caricia, se sienta junto al padre y le observa pasar el trapo una y otra vez sobre el cuero ya brillante de las botas. Les cuenta sin palabras su día con las cabras y con Canela y Lobo pero no menciona a José y a Teresa porque ellos no tienen sentido ni cabida en su hogar. Cuando el sueño le vence, se mete en la cama grande y fría sin quitarse la ropa y duerme unas horas, hasta que el grito de su madre le arranca del sueño. A partir de ese instante, se queda el resto de la noche con los ojos abiertos, contemplando la oscuridad, en un espacio intermedio entre el presente y el pasado, donde no hay palabras ni pensamiento, sólo un dolor agudo.

Una tarde José vuelve solo del monte. Ha pasado más de un año desde que Pedro recogió el balde abandonado en la calle y se lo llevó a su casa, desde que Teresa, sabiendo que el niño estaría solo, fue a buscarlo y se lo encontró tumbado en la cama vacía de Lola y Miguel, tiritando y ardiendo de fiebre, y se lo llevó a la suya. Esa tarde en la que José vuelve solo del monte, cuenta que iban al pedregal para sentarse un rato al lado del río, como siempre que hace bueno, para solearse ellos y las cabras y Canela y Lobo. Que según bajaban del cerro al pedregal Pedro ha empezado a gritar, que gritaba tanto que hasta las cabras se han asustado y que los perros se han vuelto locos y que ladraban cerro abajo con él y que cuando ha llegado al río ha seguido corriendo río abajo y que los perros le han seguido un buen rato, sobre todo Canela, pero que él no ha querido dejar las cabras, que andaban nerviosas, y que ha llamado a los perros y han vuelto, pero no Pedro.

## 11

Abro los ojos y a través del ventanuco veo luz azul. El prado está blanco y la nieve se ha pegado a las flores del peral. Ahora la vida es impredecible. Antes, cuando acababa el invierno, acababa de verdad. Era puntual, como la primavera, y se respetaban el uno a la otra. Cuando el invierno se iba rara vez volvía, pero ahora se invaden el uno a la otra y la otra al uno. ¿A qué viene la nieve cuando el peral ya ha florecido? Antes de cerrar los ojos lo estuve mirando mucho tiempo y él a mí. La luz de la luna se reflejaba en las flores blancas y se movía y se me acercaba aquí a la casa y me susurraba y era la voz de Adela que me decía te queda poco tiempo, Pedro, aprovéchalo y yo le preguntaba cómo pero no me decía más. Esta vez he pasado mucho tiempo con los ojos cerrados. Como cuando bajé al río y no me enteré de que nevó y heló encima de mí y me encontré el balde abandonado de madre. La Teresa decía que enfermé de miedo y de frío. Y que dejé de hablar un tiempo o eso me dijo después la Teresa. Que sólo hablaba con las cosas y las cabras y los perros, pero no con las personas, hasta más tarde. Pasó la nieve, pasaron las flores, la sequía, las lluvias y volvió la nieve. Y fue en ese momento cuando también me volvió el habla con las personas.

No he estado durmiendo sin parar. He estado haciendo cosas. He aprovechado el tiempo. Antes esas bolsas no estaban ahí. Me he enajenado otra vez. Así me dice Andresito, que me enajeno y que no se sabe por dónde voy a salir, qué voy a hacer. Las bolsas están abiertas, como cuando los jabalíes bajan del monte y tiran los cubos buscando comida. Así están, y la basura extendida por el suelo. Cómo he podido traer yo estas dos bolsas a casa, con las muletas y todo. Está bien eso de enajenarse porque soy un sansón, pero el estropicio lo tengo que arreglar cuando no estoy enajenado y entonces me duele todo. Mejor me pongo a cuatro patas para limpiar. De dónde habrá salido toda esta basura, si no hay gente en el pueblo, y la poca que hay no sabe cómo aprovechar las cosas, cáscaras de huevo, mondas de plátanos, huesos de pollo, una cabeza de pescado, pan, cómo se nota que en este pueblo ya nadie tiene gallinas ni cabras ni huertos. Qué habré estado buscando. No, comida no, comida tengo, nunca he buscado comida en la basura, ni en los peores tiempos. Nunca he comido basura. Si le pregunto a Andresito igual me cuenta qué me vio haciendo. Aunque nunca me dice qué me escuchó contando.

Ya está todo recogido pero no limpio, le diré a Andresito que me ayude luego y de paso igual me arregla algo la ropa. No tengo mudas limpias y se me ha vuelto a abrir el remiendo del codo en la chaqueta. Primero saco una bolsa, luego volveré a por la otra. La ventisca ha parado, pero todavía caen unos copos, moscas blancas. La nieve me llega justo a donde se acaban las botas de

goma. Intento dos pasos, tres, oigo el ruido de una pala contra la nieve, la risa de una mujer. Son ellos, es ella. No me han visto todavía. Ahora sí, ahora me ven. Se acercan. Sonríen pero cuchichean con los labios casi cerrados. Se creen que no me doy cuenta. Me preguntan adónde voy, él mira la bolsa de basura, ella no sé, porque lleva gafas oscuras y no veo sus ojos. Y a vosotros qué carajos os importa, pero no lo digo, sólo digo que hace frío. Ella dice que está todo muy bonito. Sinsustancia. Él que si quiero que me echen la basura. Suelto la bolsa y con ella se me cae la muleta, me quedo apoyado en la otra. Él se agacha a recogerme la muleta, ella se acerca y me agarra del brazo. Se quita las gafas. Veo sus ojos. Y no puede ser. Ella no puede estar en sus ojos, pero la veo ahí, detrás, mirándome como cuando quería saber qué pasaba detrás de los míos. Aparto mi brazo con fuerza y ella da un salto hacia atrás, pero como la nieve está alta, casi se cae. Él no se ha dado cuenta de nada, me da la muleta y me pregunta si necesito algo, que limpiarán la entrada de mi casa y el resto de la calle, que si no quiero esperar y salir después. Me doy la vuelta, desando los tres pasos y entro en casa.

Caliento un poco de leche. Todavía huele a basura. La luz ya no es azul. Ha salido el sol y está derritiendo la nieve sobre las flores del peral. Las nubes pasan deprisa y hacen que a veces se vea la sierra y a veces no. Nubes de paso. Yo soy como la sierra, estoy siempre aquí, a veces se me ve y a veces no. Cuando no se me ve hago mis cosas, mis secretos, y cuando se me ve, los guardo. Estoy aquí pero no se sabe qué tengo dentro. Como la sierra, yo siempre veo aunque ellos no me vean a mí. Ellos son como las nubes, están de paso. En un momento se muestran y después desaparecen. El viento las trae y las lleva. Y la sierra las rompe.

Llaman a la puerta. Es Andresito con una hogaza de pan. Antonio el alguacil ha ido a Pueblo Grande a por el pan porque el panadero hoy no hace reparto. Le veo arrugar la nariz. Le explico lo de las bolsas. Se ríe con la risa que usa cuando se asusta. Que ayer no le abrí la puerta, me dice. Cuando no le abro la puerta, Andresito no insiste. Comemos un poco de pan con queso, Andresito limpia el suelo con la fregona. Le señalo la ropa que tengo amontonada al lado del fogón, él coge una bolsa, la mete toda. Esos de ahí fuera no saben ni cómo darle a la pala, me dice. Y que cuando acaben me avisa y salimos a estirar las piernas. Se lleva la bolsa con la ropa sucia.

## 12

Ariadna se pone plumífero, gorro, guantes gruesos y una bufanda tan grande que casi parece una manta. Va a la fuente a por agua, así que coge dos botellas de dos litros que cargará en la mochila y un puchero. Es incómodo porque hace mucho frío, pero desde que Piluca le dijo que la sopa salía más rica con esa agua, Ariadna ha tomado la antigua costumbre de los habitantes del pueblo de usarla para cocinar y, por supuesto, beber. Eloy se ríe de ella, convencido de que el agua del grifo sabe exactamente igual. No es que Eloy desprecie esas costumbres que va adoptando Ariadna, pero le resulta extraño que se haya integrado tan rápidamente a la vida del pueblo, que le interese cultivar una amistad con esos ancianos con los que pasa casi más tiempo que con él. Ariadna ya no le pide que vaya con ella a buscar el pan, sale mucho antes de que suene el claxon del panadero y vuelve bastante rato después. O como ahora, que sale a por agua y no le pide que la acompañe para ayudarla con el peso. A Eloy no le molesta esta versión del desapego. Le viene bien que Ariadna no le interrumpa el trabajo ni le exija adaptarse a sus ritmos ni entablar relaciones que no le despiertan ningún interés. Poco a poco se asienta en él la sensación de que cada vez sabe menos del mundo de Ariadna. Ese desconocimiento no le supone ningún problema. Más bien confirma su desinterés.

Ariadna llega a la plaza desierta. No hay ningún coche aparcado. La nieve embarrada, sucia de hojas y gravilla, se acumula en las esquinas. El cielo gris carga nubes bajas, el viento helado corta el aliento, el agua de la fuente está parcialmente congelada. A Ariadna le sorprende ver a la anciana Cecilia intentando llenar una botella. La mujer es tan pequeña que apenas alcanza a situar la botella debajo del caño de la fuente.

—¿Necesita ayuda?

—¿Le importa? Cada vez me cuesta más. Me estoy mojando, mire.

La anciana le enseña la manga de su abrigo empapada y le extiende la botella, que apenas contiene un dedo de agua.

—Le lleno las dos y la acompaño a usted a casa, que pesan mucho.

—Gracias, muchacha.

Ariadna ya se ha acostumbrado a que la llamen muchacha, a pesar de sus cincuenta años y sus canas. Un día que se lo comentó riendo a Petra, le dijo que es costumbre llamar muchacha a mujeres como ella, que no tienen hijos. Deja el puchero y la mochila junto a la fuente y acompaña a Cecilia cuesta abajo. Teme encontrarse con Lolo, el hijo de Cecilia. Desde el día que lo vio en el cementerio todos los encuentros con él han sido extraños, como si en cualquier momento pudiera asomar la violencia. No les ha vuelto a hablar, pero si coinciden en la plaza comprando la fruta o el pan o esperando al camión de la droguería, o si se cruzan en alguno de los caminos



alrededor del pueblo, Lolo les mira desafiante o hace algún comentario despectivo que claramente va dirigido a ellos. Piluca le ha contado que Lolo es un retorcido, que algo no funciona bien dentro de su cabeza y que es mejor no hacerle caso, que a diferencia de su primo Antonio, el alguacil, nunca ha servido para nada más que para dar disgustos a su madre.

Ariadna se da cuenta de que Cecilia le está hablando, pero su voz es muy débil y apenas atraviesa la bufanda. Tiene que agacharse para entender lo que le dice.

—Es que Lolo lleva días sin venir.

—Si necesita cualquier cosa, nos avisa. Ya sabe dónde estamos. ¿Ya tiene leña suficiente para estos días?

—Antonio me la trae.

—¿Y cuándo vuelve su hijo?

—Con ese no se sabe. Dice que le ha salido un trabajo en la ciudad.

—¿Y tiene más hijos?

—Se fueron todos. Mi hija dice que va a volver ahora que se jubila. Aquí hay sitio. Tengo casa grande y un par de casas cerradas. Y las que tiene el sobrino, Antonio, que ya le gustaría que vinieran sus primos. Sitio hay de sobra.

Ariadna asiente. La anciana queda callada, como si ya hubiera dicho todo lo que tenía que decir. Hacen el resto del trayecto en silencio. A la puerta de la casa, Cecilia le coge las dos botellas y musita un gracias.

—De nada, Cecilia, ya sabe, cualquier cosa que necesite.

Ariadna toma el camino de vuelta, aliviada de saber que Lolo no anda por el pueblo estos días. Al llegar a la plaza se detiene. Pedro está sentado en el borde de la fuente, con las muletas descansando a su lado. Sujeta la mochila con una mano y con la otra la abre lentamente. Le observa de lejos, no quiere asustarlo o que se sienta en falta. Ariadna se acerca un poco más y le saluda con suavidad.

—Buenos días, Pedro.

El anciano se asusta y deja caer la mochila.

—No quería asustarle, disculpe.

—No me has asustado.

—¿Está usted bien?

—Sí.

—¿Ha venido a por agua?

—No.

—Yo sí. Me he encontrado con Cecilia, que estaba llenando sus botellas, y la he acompañado a casa. Por eso he dejado aquí mi mochila y mi puchero. Pero ya veo que usted me lo estaba custodiando.

—Cecilia, sí.

—Me contaba todas las casas que tiene.

—Están todos muertos.

—Me contaba que sus hijos se fueron.

—Se fueron todos.

—Es verdad, Pedro. Les dejaron a ustedes muy solos.

Pedro cabecea unos segundos, la barbilla gacha. Ariadna quisiera ver sus ojos. Pedro parece leerle el pensamiento porque de repente, con un gesto brusco, levanta la cabeza y la mira.

—Pero ahora has vuelto tú.

—Sí, y mi marido Eloy.

—No, él ha venido. Tú has vuelto.

—¿De dónde he vuelto, Pedro?

—Tú sabrás. Lo que pasa ahí fuera, yo no lo sé.

Pedro se coloca las muletas, se yergue, comienza a alejarse paso a paso. Ariadna le sigue. Insiste.

—¿Qué sabe usted de mí?

Pedro se detiene. La mira extrañado.

—No sé de qué me habla, muchacha, yo a usted no la he visto en la vida.

## 13

Las lindes del pueblo, donde acababa la vida y empezaba la nada, eran invisibles, no obedecían a las leyes de la naturaleza. Algunos pensaban, incautamente, que el río y la montaña marcaban el territorio, pero la realidad era otra muy diferente. La frontera entre estar y no estar, entre vivir y desaparecer no siempre se situaba en el mismo lugar y por eso los habitantes del pueblo tenían que estar siempre atentos. Si uno se equivocaba y traspasaba la linde, no había vuelta atrás; si daba el paso equivocado, simplemente desaparecía. Nadie volvía a saber de él. Algunos contaban que traspasar la linde significaba entrar en otra vida, tan fabulosa, tan increíble, tan llena de maravilla, que nadie quería volver de ella al pueblo triste y encerrado en sí mismo donde nunca nada cambiaba. Pero ¿cómo saber si eso era verdad? Nadie que se hubiera atrevido a salir había vuelto para contarlo.

La dificultad de saber dónde empezaba la nada estaba en que los ojos humanos no podían verla. La nada no se ve, sólo algunos la pueden sentir, intuir. Los ojos humanos veían una continuidad en el paisaje, nada que les indicara que en un punto concreto del horizonte comenzaba la desaparición. Si miraban desde el pueblo hacia la montaña, veían el bosque de robles en primer plano, después los caminos estrechos atravesando el valle, los arroyos serpenteantes y, al fondo, los picos repletos de nieve. Esta continuidad en el paisaje, que a los ojos humanos era inmutable excepto por el cambio de las estaciones, podría llevar a sus habitantes a pensar que también había una continuidad de la vida, que si tomaban uno de esos caminos y no se salían de él, tal vez podrían atravesar el tiempo y el espacio, el territorio, sin contratiempo.

Felipe el cabrero soñaba con salir del pueblo. Su padre había sido cabrero, su abuelo también y su bisabuelo, y así hasta que había memoria de todos los Felipes y de todos los rebaños. Las cañadas de las cabras, después de cientos de años de trasiego, estaban bien marcadas y las cabras, que eran descendientes de aquellas otras que habían transitado los mismos senderos y las mismas cañadas, no se salían ni un ápice de los caminos ya recorridos. También los perros pastores, hijos y nietos de otros perros pastores, sabían cómo retenerlas en los espacios seguros. La memoria de los animales y los humanos son memorias de costumbres. Nadie había enseñado a Felipe, a las cabras y a sus perros dónde estaban las lindes, pero todos lo sabían, incluso cuando estas cambiaban. Eso también lo tenían aprendido, sobre todo los animales, que tenían una especie de sensor del peligro: se les erizaba el lomo, se quedaban paralizados y, por más que Felipe insistiera en avanzar, no había manera. Entonces entendía y daba media vuelta.

A veces Felipe estaba tentado a continuar él sólo. Felipe había oído cuentos sobre la fabulosa vida más allá del pueblo: mujeres y hombres que vivían de forma muy diferente, en casas gigantescas de grandes ventanales, que podían comer las comidas más sofisticadas que llegaban a sus mesas de todos los lugares del mundo, frutas, verduras, pescados de los que nunca había oído ni siquiera el nombre y cuyos sabores maravillosos no se podían ni imaginar, máquinas que facilitaban la vida, que transportaban a las personas a través de los cielos y los océanos, ropas ligeras que resguardaban de los fríos del invierno y de los ardores del verano, una vida en la que todo era placer. Felipe repetía esos cuentos a Esperanza, su novia, que lo escuchaba embelesada hasta que, por no dejarse llevar más y por miedo a que Felipe intentara salir del pueblo y buscar esa vida imposible, le contaba su sueño recurrente.

Esperanza iba caminando por el bosque, por el sendero, y veía a Felipe a lo lejos con sus cabras. Una cabritilla recién nacida se salía del sendero y desaparecía detrás de un roble. Felipe la llamaba, la pequeña no volvía, él la seguía y desaparecía también. Entonces, Esperanza llamaba a Felipe y, al no responder este, ella dejaba el camino para ir a buscarlo. Y así, sin ninguna transición, sin golpe ni caída, Esperanza se encontraba dentro de un agujero oscuro. Extendía los brazos todo lo que podía y no tocaba las paredes y se angustiaba ante una oscuridad inabarcable. Caminaba unos pasos con los brazos extendidos y no conseguía dar con ninguna pared. Gritaba el nombre de Felipe y sólo escuchaba sus propios gritos. Si bajaba los brazos y los pegaba contra el cuerpo, todo cambiaba. El espacio oscuro se transformaba y sentía que estaba emparedada y que los muros que la oprimían estaban repletos de seres viscosos, babosos, cuyos cientos de lenguas lamían su piel raspándola hasta llaugarla. Esperanza abría la boca para gritar, pero la lengua se le hinchaba hasta convertirse en uno de esos seres viscosos y comenzaba a moverse loca dentro de su boca, a llaugarla también; después, incontrolable, subía y se introducía en su nariz, en sus ojos, violenta, vaciando las cuencas. Esperanza intentaba recuperar la posición inicial, extender sus brazos para por lo menos volver a la oscuridad sin límites, pero ya era demasiado tarde. En ese momento se despertaba.

Felipe se reía de Esperanza y de sus temores. Hasta que un día iban paseando por el bosque y la cabritilla se escapó y Felipe la siguió. Se encontró, sin transición, sin golpe ni caída mediante, en un espacio oscuro y asfixiante en el que por mucho que extendiera los brazos no llegaba a abarcar el espacio. Se acordó de la pesadilla de Esperanza y, para comprobar hasta qué punto ella había visto el futuro, bajó los brazos y acto seguido lo sintió: la pared aprisionando su cuerpo, los cientos de lenguas rasposas, el grito ahogado por su propia lengua viscosa. Rezó para que Esperanza no lo hubiera seguido, quiso llamarla, decirle que tenía razón, que más allá de la linde sólo existía su agujero oscuro, pero no pudo. Tampoco pudo oír los gritos de Esperanza al entrar en su propia nada y al sufrir lo que había sufrido ya tantas veces en sus pesadillas.

## 14

Canela llora y gime y rasca el portón de la cuadra en mitad de la noche. Teresa anda inquieta porque Pedro no ha vuelto, se lo imagina perdido en el bosque como hace un año y teme que con la helada que está cayendo se lo encontrará igual de ido y enfermo que entonces. Escucha los gemidos de Canela, se abriga con la toquilla y sale a la cuadra. En la casa de Lola hay luz. Recorre los escasos metros que separan sus casas, toca a la puerta y pocos segundos después, abre Pedro. Lleno de arañazos, la cara cubierta de churretones negros, Teresa se da cuenta de que el niño —todavía un niño, al fin y al cabo— es diferente al que esa mañana ha salido al monte con su hijo. Sus ojos ya no están vacíos, están llenos de algo que Teresa no sabe discernir porque nunca lo ha visto antes. Le va a abrazar, pero él la rechaza con un gesto brusco, estirando un brazo que parece más largo que nunca. Su voz sale con un gorgorito pero firme para decirle que se vaya a su casa, que falta poco para el alba. Teresa asiente, se da la vuelta, obedece, espera sentada a la mesa a que claree y a que Pedro llame a su puerta. El niño la ha rechazado, por qué, qué ha recordado, por qué ha hablado esta noche y no durante un año, quién es ese niño que la ha mirado en el umbral de su puerta con unos ojos que parecían pozos, que ha extendido todo su brazo para que ella ni le tocara ni atravesara ese umbral. Teresa teme aunque no sabe muy bien qué.

No quedaba tan poco para el alba o eso le parece a Teresa mientras espera inquieta a que Pedro llame a la puerta. Le intuye antes de oír los tres golpes. Teresa abre. Su cuerpo está tenso, no sabe reaccionar ante la nueva presencia del niño. Él se queda parado en el umbral, esperando, mirándola fijamente, hasta que Teresa entiende, abre sus brazos y recoge a Pedro en su regazo. No la rechaza esta vez, todo lo contrario, la aprieta tanto que Teresa casi pierde el aliento, siente presión en las costillas y frío en la espina dorsal. Es ella quien rompe el abrazo y quien pide a Pedro que se siente, que la leche ya está caliente.

José se despereza y al ver a Pedro en la cocina, desayunando como cada día, mira a su madre extrañado. Ella le dice chitón con un gesto. Pedro pregunta si puede tomar un poco más de sopas, José suelta una carcajada, le da un capón cariñoso, acaban el desayuno y se van a por las cabras.

Teresa no pregunta.

José no pregunta.

## 15

José está celoso porque Federico me enseña a leer y escribir y a sumar y restar pero para qué le va a enseñar a él, si es un cermeño. Ha pedido por correo unas cartillas y un libro que dice Ortografía práctica de la lengua española, de un señor que se llama Luis Miranda Podadera. Nos sentamos a la mesa de la cocina cuando vuelvo del monte y repasamos las letras y los números y luego me voy a mi casa a dormir. La Teresa hace mucho que no me dice que me quede a dormir porque con Federico no hay sitio. Federico ha ocupado la habitación de José y ahora él duerme en el jergón que la Teresa siempre me reservaba por si acaso, en un rincón tapado por una cortina. Volvió tiempo después de lo de padre y madre, ya sin uniforme, pero enseguida le dieron la gorra de alguacil. Cuando apareció Federico me fui al monte un par de días, pero después volví. No me acuerdo de nada. La Teresa dice que Federico es ahora la autoridad. Lo será, porque se pasa las tardes con el cura y fue él quien quitó la sábana que cubría la cruz que trajeron de la capital y que plantaron junto a la iglesia a la entrada del cementerio y dio el discurso antes de que el cura la bendijera. La Teresa dice que es la autoridad y que ya no vamos a conocer el hambre y me incluye a mí en ese nosotros y yo prefiero callarme. Lo dice delante de Federico y él asiente y saca pecho como un gallo y añade que los mejores tiempos están por venir. La Teresa está que no cabe de gozo, como dice ella, con la cocina que le ha regalado Federico y que mandó traer de muy lejos, más allá de la capital, un fogón de hierro enorme que se come la leña y que tiene un depósito para calentar el agua, con planchas de mármol a cada lado donde la Teresa no quiere cortar las verduras ni golpear la carne por miedo a estropear el mármol. Se la enseña a todas las mujeres del pueblo que la quieren ver y pasan por aquí a mirar la cocina como si fuera el niño Jesús al que le besan el pie todas las nochebuenas y acarician el mármol y dicen oh y ah con mucha admiración.

José mira a Federico con retorcimiento porque le tiene pelusilla porque la Teresa no hace más que decir lo orgullosa que está de su hijo, y su hijo es siempre Federico y no él. Cuando estamos juntos en el monte con las cabras le imita los aires de importancia y dice una y otra vez que está deseando que se vaya ya a casa de los Jiménez, a ver si le llevan los fantasmas que se quedaron ahí. Federico la está arreglando y se irá a vivir ahí y dejará a la Teresa de nuevo sola con José y él volverá a tener su habitación. Federico lo que quería de verdad era mi casa porque tiene el huerto enfrente, no como la de ellos, que no tiene ni huerto ni nada, pero que se atreva a quitármela. Cuando volví, la Teresa intentó que se fuera a vivir conmigo, pero el otro entendió bien que no era buena idea y enseguida se hizo con la casa de los Jiménez, que sabía bien que nunca aparecerían para reclamársela. Dice que tiene una novia en la capital y que cuando acabe de

arreglar la casa se la traerá y se casará con ella y empezará una familia y la Teresa llora de felicidad pensando en sus futuros nietos. Y repite que el puesto de alguacil da buenos cuartos. Hace poco Federico apareció con gallinas y un puerco.

Me he acostumbrado a sentarme al lado de Federico, muy cerca, incluso a que me toque la mano para guiarme al escribir las letras y los números, a que me acaricie la cabeza y me diga que soy un chico muy listo. Me he acostumbrado a que me diga Pedrito y me prometa que me enviará a la escuela de Pueblo Grande en cuanto aprenda a leer y escribir y a sumar y restar porque si ya tengo los rudimentos, así los llama, rudimentos, los otros niños no se reirán de mí y la maestra de Pueblo Grande me enseñará otras cosas como la historia del país y la geografía, que son los mapas con los nombres de todas las montañas y los ríos. Me he acostumbrado a que los domingos me coja de la mano y me lleve a la iglesia y le diga al cura, cada domingo, que soy un buen chico y el cura le responda que se ande con ojo que el mal se hereda. Me he acostumbrado a que los domingos la hermana de Evaristo, Adela, que está siempre sola, me mire con sus ojos de loca cuando salimos de la iglesia y que Federico me diga que a esa ni me acerque. Me he acostumbrado pero a mí no me engaña nadie, ni la Teresa ni Federico ni, por supuesto, el tonto de José. Sé lo que hizo Federico y sé que la Teresa lo sabe. Sé por qué Adela, la hermana de Evaristo, me mira espantada y por qué Federico no quiere que hable con ella. Y por qué el cura cuando me confiesa me pregunta si he vuelto a oír voces y si tengo recuerdos que me atormenten. Y yo acepto las caricias, las promesas y las enseñanzas de Federico y asiento cuando me dice que no me acerque a la Adela y al cura le digo que no, que no oigo voces ni tengo recuerdos que me atormenten. Y ellos sonrían y respiran tranquilos pero sólo por un tiempo, hasta cuando yo decido. Sólo tengo que decir que hay noches que me parece escuchar a madre para que las manos de la Teresa comiencen a temblar y José calle y Federico me lleve a confesar.

## 16

El reflejo impide ver la profundidad. El reflejo es engañoso. Mi cara está ahí. Ese soy yo. Las arrugas son mías y también son del agua al moverse. En el reflejo me acompañan la rama de la encina y una nube. Son rama de la encina y nube en el reflejo. Estamos todos ahí, acompañando al musgo y el verdín que no son reflejo, esos están en la piedra de verdad. Somos y estamos todos, en el reflejo y fuera de él. Pero cuando meto el dedo en el agua desaparecemos yo y la rama de la encina y la nube. Desaparecemos en la profundidad. La profundidad negra. La profundidad es aquí negra pero no lo era en la poza. En la poza era verde. Verde de verdad, como los ojos de madre. Madre podría estar aquí dentro y saludarme desde el fondo. Podría contarme lo que le pasó, cómo acabó ahí abajo. Si es verdad que está ahí abajo. Si los gritos que yo oigo por las noches son de ella. Madre. ¿Estás ahí abajo? ¿Está padre contigo? Si te viera los ojos me contarían lo que realmente pasó. Tus ojos verdes. Verdes de verdad. Como el musgo pegado a esta piedra, como el agua de la poza. Madre, respóndeme, ¿estás ahí? Madre, sólo veo negro y por mucho que muevo el agua, no se aclara. Ya no están la rama de la encina ni la nube. Se han espantado con tanta agua. Aun así no te veo, madre. Tengo miedo a asomarme más y caerme.

Me cogen del brazo y se me tambalea la muleta. Quién me agarra. Qué quieres, tú. Déjame aquí al lado del pozo, que estoy tranquilo, que estoy buscando a madre. Es un pozo, ¿no lo ves? Qué fuente ni qué niño muerto. A ti qué te importa lo que busco en el pozo. Aquí no hay fuente ni caño, esto es un pozo profundo que no se sabe adónde lleva. Asómate, asómate tú y después me cuentas.



## 17

El libro que esconde Federico debajo de la cama se lo encontró en una trinchera y pertenecía a un hombre que no llevaba uniforme, de pelo rubio, tez blanca y ojos azules espantados. Después de escuchar los últimos disparos provenientes de la trinchera enemiga, a escasos cien metros de distancia, a Federico lo enviaron a comprobar que los muertos lo estuvieran del todo. Federico se aproximó al hombre rubio, le dio unas pataditas de reconocimiento para asegurarse de que no estaba fingiendo su muerte y no fingía, no. La bala le había travesado el cuello limpiamente. La sangre, que Federico imaginó saliendo como un torrente espeso y constante, le había empapado lo que fue camisa blanca y ahora era un manto acartonado, granate oscuro casi negro. Llevaba un buen rato muerto. Su palidez era azulada, como sus ojos. Federico se los cerró. Sentía sus propias manos heladas, a la misma temperatura que los párpados del rubio. Revisó los bolsillos de la pelliza evitando tocar la camisa rígida y encontró una carta en un idioma que no entendía. La pelliza le hubiera venido bien, pero a Federico no le gustaba llevarse con él el olor de los hombres muertos, su sangre seca. El libro estaba ahí, tirado, cerca de la mano inerte del hombre. Federico se imaginó las balas silbando y al rubio leyendo su libro, impasible. La imagen le reconfortó. Tomó el libro entre sus manos, lo acarició. Era una edición bonita, con unos dibujos rojos en la cubierta que Federico no supo interpretar. El título era una palabra indescifrable. Temió que se tratara de una lengua extranjera, como la de la carta, pero al abrir las páginas al tuntún comprobó que estaba escrito en español, aunque hubiera palabras que no entendía. Leyó lentamente, siguiendo cada palabra con el dedo: «Más allá, unos perros con el acordeón semidesplegado de sus costillares, por la anemia, se disputan un hueso de mortecina que debe haber rodado todo el pueblo por cargar más lodo que carne. Un olor a leña de eucalipto y boñiga quemada desprenden las viviendas. Colgado de una cuerda, en un corredor, el cadáver de un borrego...». Federico se metió el libro en el bolsillo del abrigo militar, le susurró una breve plegaria al rubio y le dio las gracias.

Ahora el libro está debajo de la cama, oculto en el viejo saco militar donde Federico guarda sus recuerdos de la guerra —el libro, la cartilla de soldado, una estampita de una Virgen llorosa que le entregó un compañero moribundo, un bonete del ejército enemigo—, lejos del alcance de Pedro. Federico sabe que es un libro peligroso e inmoral, un libro prohibido. Incita los instintos más bajos, los suyos también, y defiende la desobediencia y la violencia de los que están por debajo de la autoridad. Federico sabe que Pedro todavía no lo va a entender porque está lleno de extrañas palabras y situaciones remotas, pero también sabe que algún día no muy lejano será capaz de leerlo mejor que él. Federico ha pensado en deshacerse del libro más de una vez, pero

no quiere renunciar a la excitación de leer y releer algunos de los pasajes, como cuando el indio y la india se hacen un nudo de ternuras salvajes, después de que el indio haya suavizado a golpes el cuerpo de ella.

## 18

Por fin ha dejado de llover. Ariadna y Eloy llevan semanas sin salir al monte. Los caminos han estado anegados y cubiertos de barro, los manantiales naturales desbordados. Se han limitado a dar paseos por la carretera local que lleva hasta la nacional, tres kilómetros ida, tres de vuelta. Eloy ha cogido el coche varias veces para ir a la ciudad —tengo que pasar por la oficina, voy a ver si resuelvo un par de trámites, vente conmigo y nos vamos al cine o a cenar por ahí— pero Ariadna ha preferido quedarse —vete tranquilo, a mí no me apetece, tengo mucho trabajo, me ha entrado una nueva corrección—. A la vuelta de cada escapada que dura entre dos y cuatro días, Eloy se muestra lacónico, taciturno, apenas le cuenta a Ariadna lo que ha hecho, ella pregunta poco. Eloy no procesa bien el contraste entre la actividad frenética de sus visitas a la ciudad —reuniones, comidas de trabajo, cenas con amigos, una escapada al cine, otra a un concierto de jazz, recados, compras— y ese tiempo eterno del invierno en el pueblo. En la última visita Eloy trae consigo media docena de pizzas de su restaurante italiano favorito, las trocea en porciones y las congela. Cada noche saca un par de porciones para cenar —¿estás segura de que no quieres?, no sé cómo puedes vivir sin esta delicia— Ariadna sonríe, pasa un poquito de envidia pero prefiere que a Eloy le dure la pizza.

Con la llegada de varios días seguidos de sol, ella le propone salir a pasear, antes de sentarse a trabajar, y explorar un nuevo recorrido: atravesarán el pueblo para subir el Cerro Alto, después bajarán al río. Nunca se han aventurado más allá del pedregal, pero hoy seguirán el cauce hasta un viejo puente de piedra, lo cruzarán y continuarán caminando un par de kilómetros por un sendero que, les han dicho, dentro de unos meses se volverá intransitable debido a las muchas zarzamoras, rosales salvajes y espinos que crecen en primavera. En otros tiempos los vecinos se encargaban de mantenerlo limpio pero ahora que el pueblo al que conduce está completamente abandonado, para qué. También les han dicho que no tomen el otro camino, el de la cuesta más escarpada, porque esa zona es peligrosa, con cuevas verticales, simas escondidas, agujeros en la tierra cubiertos de maleza por los que uno puede caer. Seguirán por precaución el sendero al pueblo deshabitado.

—Es el pueblo de Piluca —dice Ariadna—, ¿lo sabías?

—No.

—Pues sí, me ha contado que de pequeña se venía hasta aquí andando todos los días para ir a la escuela. Así conoció a Baldomero. ¿Te la imaginas de niña?

—Sí que me la imagino. Tiene algo infantil y alegre. A los otros, sin embargo, no.

—No, a mi padre tampoco me lo imagino.

—A tu padre tampoco.

—Pero a Pedro sí... —Eloy la mira extrañado, a punto de preguntar— por las visiones de mi padre.

Eloy levanta levemente las cejas, suspira, se da la vuelta y sube al cuarto a vestirse. Él también escuchó al padre en su delirio y sabe que de toda esa consecución de palabras mordidas, gritos y frases sin sentido no se podía sacar nada en limpio y menos identificar a ninguno de los habitantes del pueblo. Pero no quiere discutir, se prometió no entrometerse en las pesquisas de Ariadna y cumplirá la promesa. Salen de casa en cuanto amanece, en sus pequeñas mochilas llevan frutos secos, agua y manzanas. El pueblo está todavía dormido, pero según llegan a la plaza ven a Andrés y a Baldomero caminando con Pedro, a quien ayudan a dar cada paso agarrando al mismo tiempo sus brazos y las muletas. Es evidente que Pedro no se mantiene bien de pie. Se acercan a los ancianos. Eloy ofrece ayuda, Andrés niega con la cabeza, Baldomero masculla no hace falta, hale, aire. Ariadna escucha las palabras que murmura Pedro, muñón, chupa las larvas, pie. Se quedan parados, Ariadna y Eloy, en medio de la plaza y observan alejarse lentamente a los tres ancianos. Ariadna repite las palabras de Pedro. Eloy no ha oído a Pedro, sólo el tono duro de Baldomero y mira extrañado a su compañera.

—No ha podido decir eso. Le habrás entendido mal.

Siguen el recorrido trazado, llegan a la bifurcación en la que pueden elegir seguir subiendo o desviarse hacia el pueblo abandonado.

—¿Subimos?, pregunta Ariadna.

—Un día que tengamos bastones —le responde Eloy—, por lo que dicen de las simas.

—La sierra se come a la gente, susurra Ariadna.

Siguen caminando en silencio. Después de un rato Eloy dice:

—Qué dura ha tenido que ser la vida de estos hombres.

Ariadna asiente, Eloy no la ve. Sigue:

—¿Qué estaría haciendo Pedro tan temprano en la calle? ¿Cómo le han encontrado Baldomero y Andrés? Qué habrá dicho realmente, porque eso de las larvas...

—Yo sé lo que he oído. Me lo ha dicho a mí.

Llegan al pueblo. Es casi idéntico al suyo: una pequeña plaza central con una fuente de piedra y una serie de calles estrechas en cuesta, con casitas de piedra pegadas las unas a las otras y, al final del pueblo, cuadras, huertos abandonados y eras en las que se refleja el paso del tiempo: zarzas, matojos, hierba de años sin segar. Algún tejado en derrumbe, algún cartel oxidado de Se vende, un par de casas con andamiaje abandonado, puertas y ventanas selladas con tablones de madera. Pero la ruina no es absoluta. Algunas casas se mantienen intactas, como si de vez en cuando alguien las visitara para asegurarse de que no corren la misma suerte que sus vecinas. Vuelven a la fuente y nada más sentarse aparece un perro negro moviendo el rabo. Cojea, tiene la cara llena de canas, los ojos pistojos, el costillar marcado. Se sienta delante de ellos, todavía moviendo el rabo. Ariadna le deja en el suelo un puñado de frutos secos que el perro devora sin masticar.

—Pobre animal —dice—, ¿de quién será?

Pasan un buen rato observando al perro y el perro observándolos a ellos. No les pide más comida. Sigue moviendo el rabo, pero con menos entusiasmo que al principio. Hasta que se tumba, apoya la cabeza entre las patas y cierra los ojos. Ariadna susurra otra vez:

—Pobre animal, ¿de quién será?

Eloy se levanta.

—Vamos a ver si nos sigue.

El perro levanta la vista pero no se mueve. Observa a Eloy y Ariadna alejarse poco a poco, él girando la cabeza de vez en cuando, ella preguntando:

—¿Viene?

Se detienen en la esquina de la plaza. El perro no se ha movido aún. Siguen bajando la calle que lleva al sendero, lo toman, se paran unos segundos, Eloy silba, el perro no aparece.

Llegan a casa a media mañana. Eloy se pone a hacer el café y Ariadna calienta una compota de manzana en el fuego.

—A las doce tengo reunión por zoom, ¿te lo había dicho?, pregunta Eloy.

—No.

—¿Te fastidia mucho?

—No, en realidad no tengo tanto que hacer.

—¿Entregaste ya las correcciones?

—Lo voy a hacer ahora, habré acabado antes de las doce.

—Puedes salir a la huerta un rato, empezar con los surcos.

—Ya veré. ¿Con quién es la reunión?

—Con los de los garajes, repasar impagos.

Ariadna se encierra poco antes de las doce en el cuarto. Enciende el equipo de música, se pone los auriculares y escucha los primeros acordes de la *Gnossienne* n.º 1 de Erik Satie. La melancolía es parte necesaria de su ritual. Abre el cajón de la mesilla de noche. Saca un cuaderno de tapas negras y una pequeña carpeta azul llena de papeles amarillentos, recortes de periódicos, alguna fotografía. Lo extiende todo encima de la sobrecama blanca con una serie de gestos mecánicos pero suaves, ya aprendidos. Coge primero el carné de identidad de su padre: nombre, fecha de nacimiento, lugar de nacimiento, hijo de. Lo pone al lado del carné de su madre, mucho más grande, las esquinas de plástico dobladas, la foto algo desvaída. Su certificado de defunción es apenas legible, marcas de humedad sobre la tinta, treinta años anterior al del padre. Ordena las fotos de ambos, padre y madre. En todas ellas la expresión es seria, triste. Todas están fechadas en el reverso, las del padre con caligrafía infantil, las de la madre con caligrafía elegante y cuidada. Del padre no hay ninguna foto de infancia. La primera de su biografía es una en blanco y negro fechada en 1968, un hombre adulto de mirada melancólica. El resto, en color. La última, de 2011. La madre sí es niña, adolescente, mujer joven en blanco y negro. Sólo hay una foto en color, la última, de 1976. Después de ordenar las fotos cada una en su columna según antigüedad, Ariadna coloca las siguientes: una foto de boda en la que figuran únicamente los padres en el exterior de una pequeña iglesia, la madre con un conjunto blanco de chaqueta y falda, un breve velo que le cubre los ojos y un ramillete de rosas blancas en la mano, el padre con un traje oscuro que le queda ligeramente grande, camisa blanca y corbata también oscura y sin estampado. Hay varias

fotos de Ariadna de bebé en brazos de la madre y una en brazos del padre; fotos de cumpleaños de Ariadna en la que se la ve soplando una, dos, tres, cuatro o cinco velas. Una foto de Ariadna vestida de comunión, con el padre a su lado derecho. Sobre el blanco de la manga de su vestido blanco destaca un crespo negro. No sonríen, no miran a la cámara.

Remueve entre los papeles y coloca, entre las fotos de carné y las otras fotos, dos sobres amarillentos. En uno hay un sello con la efigie del dictador, el nombre de su padre y una dirección en Alemania, escrito con letra elegante y puntiaguda, la letra de su madre. En el otro hay sellos de colores vivos que representan escenas medievales, se distinguen en ellos las palabras Deutsche Bundespost y, casi ocupando todo el espacio, el nombre de la madre y una dirección en el país del dictador, escrito con la caligrafía torpe, infantil de su padre. No se molesta en releerlas, se las sabe de memoria y prefiere no manosearlas más para evitar que el papel se acabe de descomponer. Entre los papeles hay unas pocas postales con breves palabras de añoranza. No recuerda conversaciones entre su padre y su madre, por lo que los únicos diálogos que le pueden dar cierta luz sobre su relación están en esa correspondencia. Se habían conocido en el pequeño pueblo alemán donde el padre trabajaba, ella hija de exiliados a punto de volver, enfermos, al país del que fueron expulsados; él, según la carta de ella, un huérfano, un hombre sin infancia, que necesitaba acompañarla en el camino de vuelta y comenzar a vivir. Ella, cariñosa y locuaz; él hosco y breve. Ella, ven, allí no tienes nada; él, ven tú y cuando te cases conmigo, volvemos. Ella, entregada; él, desconfiado. Ariadna contempla las fotos y no se encuentra en su madre. Ningún rasgo que las asemeje. Es, como le han dicho siempre, igualita al padre: ojos casi negros, algo hundidos y demasiado juntos, nariz aguileña.

Escucha, amortiguada por la música, la voz de Eloy que la llama desde el piso de abajo. No responde. Abre el cuaderno. La primera parte está escrita en tinta negra, las últimas entradas en tinta roja. En la primera parte, hay correcciones en rojo, en letra más pequeña, de lo previamente escrito en negro. La caligrafía cambia, a veces es exacta y redonda, limpia, muestra de una escritura sosegada. Otras, a pesar de ser la misma letra, los contornos se diluyen, las aes y oes no se cierran, las es parecen ces, algunas palabras son ilegibles. Hay pasajes con tachaduras furiosas. Eloy entra en la habitación. Se sienta en el extremo de la cama. Quiere preguntarle si tiene pensado hacer ella la comida o si prefiere que cocine él, pero Ariadna mantiene sus auriculares puestos. Eloy coge una de las fotos del montón desordenado: el padre de Ariadna, en silla de ruedas; ella de cuclillas a su lado, sujetándole una mano. La cabeza del padre está girada hacia la cámara, pero no se puede decir que sus ojos se dirijan a ella. Vuelve a dejar la foto sobre la cama, revuelve las otras con desgana. Las ha visto mil veces. Nada nuevo que descubrir ni que aportar. Ariadna le deja hacer. No se quita los auriculares y sigue leyendo sus anotaciones en el cuaderno. Después de un rato, Eloy se levanta —voy a preparar unas lentejas, dice— y sale de la habitación sin saber si Ariadna le ha oído, sin esperar una respuesta.

## 19

Adela, la hermana de Evaristo, está preñada. No es que esté muy preñada, la panza apenas se le nota, pero lo sabe todo el pueblo y todo el pueblo lo comenta. Cómo se habrá enterado la primera persona y después de esa primera persona el resto del pueblo, no se sabe, pero igual ha sido culpa del cura, que le ha prohibido entrar en la iglesia porque dice que lo que lleva dentro es hijo del pecado. José dice que si es así, el pecado es el cura porque él ha visto a la hermana de Evaristo entrar y salir a deshoras de la sacristía y porque qué otro hombre del pueblo va a querer zumbarse a esa loca, si no es un necesitado como el cura, porque los otros se pueden ir en cualquier momento al burdel del Pueblo Grande y por unas perras tener a una buena moza. Federico se enfada y le dice que no repita eso, que respete al cura y a la iglesia, que esa mujer es una puta y que siempre lo ha sido, que se va a las eras y recorre los caminos buscando quién se la meta. Así lo dice, delante de la Teresa, y ella calla, no da la razón ni a uno ni al otro. No les he dicho que a mí la hermana de Evaristo me cuenta cosas y que a pesar de esos ojos desorbitados que tiene, detrás de ellos yo veo la verdad.

Cuando ve que estoy solo me pide que la siga, me lleva fuera del pueblo, más allá de la fuente y nos escondemos en la cabaña abandonada para que ella me pueda contar tranquila todo lo que le pasa por detrás de los ojos. Pero casi nunca está tranquila, Adela, habla con atropello y a veces se queda parada en mitad de una frase y ya no hay quien la haga salir de ahí. Ahora que está preñada me dice que tiene miedo que le quiten el niño, que por eso obedece al cura y no entra en la iglesia, que le ha prometido, el cura, que si se porta bien no le quitará el niño y la ayudará a sacarlo adelante. Yo le pregunto si es hijo suyo, del cura, y ella niega y dice que ni se me ocurra mentarlo, que ese hijo no es de nadie. Pero añade que aunque ella obedece al cura y no entra en la iglesia, ella sabe que no está en pecado, que el pecado es de ese nadie que la ha preñado, ese nadie que una vez tras otra la busca y la encuentra y la clava contra el suelo.

A Adela no le gusta hablar del presente, sólo del pasado, y me cuenta cosas de padre y madre, de su hermano Evaristo y de los otros que faltan. Cuando recuerda las verbenas y las excursiones que hacían en agosto para coger nieve de las cumbres y hacer con ella el queso de cabra que después comerían durante el año, se pone contenta y los ojos le brillan bien y no pierde el hilo de las frases. Me dice que madre, Lola la llama, era muy alegre y bailaba muy bien, y que padre, Miguel lo llama, era muy torpe pero todo lo que tenía de torpe lo compensaba con gracia. Y que una primavera Miguel le regaló un ramo de narcisos y que desde ese día es su flor preferida y que era muy guapo, como tú, Pedrito, eres clavado a tu padre, con esa mata de pelo negro rizado y

esos ojos grandes aunque los tuyos sean verdes como los de tu madre y los de tu padre fueran negros y esas pestañas tan largas y esos labios gorditos y esa nariz picuda, y que ella estuvo enamorada de él siempre pero que como era muy niña, Miguel nunca le hizo caso, que cuando se echaron al monte ella ya era una mujercita, pero Miguel siempre la vio como la hermana pequeña del Evaristo y me pregunta si la recuerdo cuando yo era chiquito y madre se desesperaba y ella venía a casa y me hacía arrumacos y me cuidaba y mi madre aprovechaba y cogía un queso y un pan y se echaba al monte a buscarlos y volvía horas después, siempre con el pan y el queso porque nunca los encontraba. Yo no me acuerdo de nada, por mucho que me esfuerce sólo recuerdo a madre junto al fuego removiendo la sopa de judiones y a padre lustrando zapatos. Y ella me dice que cómo me voy a acordar de eso, que es antes de que vinieran los militares y los nuestros se echaran al monte, antes de que ella viniera a cuidarme y mi madre se fuera a buscarlos con el queso y el pan. Cuando me dice eso yo me enfado porque ese recuerdo es mío y sé que es cierto y ella me da la razón y nos quedamos un rato en silencio. Entonces yo le pregunto por su hermano y Adela dice que no era tan bueno como Miguel, que era retorcido y mala bestia y que a ella la trataba mal y a la madre también porque se pensaba que ser el hombre de la casa significaba tenerlas a ellas de esclavas, que el padre había sido un hombre bueno que por desgracia murió de un mal del estómago pero que Evaristo no había heredado el carácter del padre, que no sabían a quién había salido, tan mala bestia y de mano ligera y que cuando se fue a la sierra se alegraron. Aunque por poco tiempo porque después con tanta desgracia y tanta hambre que pasaron, un día su madre simplemente se murió. Y ahí es cuando calla y sus ojos se vuelven otra vez locos, y se queda pasmada, y yo la llamo, le digo Adela, vuelve y, si lo hace, me habla con atropello y nervios y me dice que se acabó la conversación, que me vaya a mi casa, que no le vuelva a preguntar nada.

Sé que Adela sufre porque no quería a su hermano y su hermano está muerto y no sabe dónde está el cuerpo y cree que si lo pudiera llorar y dar buena sepultura, al lado de su madre y su padre, igual hacía las paces con él. Sé que Adela sufre porque quería a padre y a madre, aunque a ella le tuviera celos, y sabe que están muertos y que sufrieron al morir. Eso me lo dijo otro día, que por lo menos a su hermano lo habían ejecutado, que un soldado se lo había dicho, el mismo soldado que la forzó en ese galpón que está al lado de la iglesia, después de que sus cuatro amigos soldados, uno a uno se clavara en ella, uno a uno gimiera sobre ella, uno a uno se vaciara en ella, uno a uno saliera de ella, uno a uno se subiera los calzones y los pantalones, uno a uno se diera la vuelta y uno a uno saliera del galpón. Ese soldado, el último, el quinto soldado que se movió, gimió y salió de ella y se subió los calzones y los pantalones pero que después la arrulló como a una niña, como la niña que todavía era por más que ella diga que era ya una mujercita, le dijo que su hermano no había sufrido, que lo ejecutaron sin más pero que no le iba a decir dónde estaba y añadió que los que sufrieron como perros fueron los otros, la Lola y el Miguel, tu padre y tu madre, me dijo, pero no me contó más. Sólo añadió que ese último soldado se fue y después volvió y que lo mismo que hizo ese día en el galpón lo sigue haciendo ahora.

No me contó más pero tampoco yo le conté que sabía de sobra cómo había muerto su hermano porque lo vi, vi cómo su cabeza rebotaba sobre la piedra —pah— y cómo Federico estaba ahí y que por eso sé, también de sobra, por qué Federico dice que Adela es una puta y que va por las eras y las cañadas buscando quién se la meta.



## 20

Es domingo. Ariadna y Eloy se preparan para un largo paseo por el monte. Vuelven a escuchar dos disparos aislados que provienen de algún lugar a este lado del río porque si no, el sonido se perdería tras la montaña.

—Pero ¿qué coño?, dice Eloy mientras rebusca en el cajón unos calcetines de lana.

—Voy a asomarme mientras terminas de vestirte.

Ariadna abre la puerta de casa y se encuentra, bloqueando la salida, un todoterreno. En el camino que se adentra en el bosque alguien ha puesto un cartel de precaución, con un dibujo de un rifle y un jabalí. Vuelve a entrar en casa.

—Nos han invadido los cazadores.

Eloy acaba de vestirse. Salen de casa y se dirigen a la plaza. Hay aparcados varios todoterrenos con remolque, un pickup. La mayoría tiene la bandera nacional colgando del espejo retrovisor interno o de pegatina en el guardabarros. Al lado de uno de los coches hay dos jabalíes muertos en medio de un charco de sangre. Una mujer, vestida de camuflaje, maquillada, con unos grandes pendientes de aro dorados, apoya su rifle sobre el brazo izquierdo. Un hombre a su lado, también vestido de camuflaje, limpia un cuchillo. No muy lejos de ellos yacen otros tres jabalíes, uno visiblemente más voluminoso. Un adolescente sujeta los colmillos del animal y tira de ellos mientras posa para una foto. Su padre le anima a que intente levantar más el morro del jabalí. Advierten la presencia de Eloy y Ariadna, que se han quedado parados en medio de la plaza.

—Ya están aquí.

La voz de Baldomero les hace girar la cabeza.

—¿Por qué traen los bichos muertos a la plaza?

—Ay, no sé, muchacha, para comparar las piezas, supongo. Luego esto se va a poner que parece un matadero. Pero no os preocupéis, que después el alguacil lo limpia todo.

—¿Vienen mucho?

—De aquí a Reyes casi todos los fines de semana y festivos. Es un incordio. No sé por qué tienen que entrar en el pueblo y ponerlo todo perdido.

—¿Son de por aquí?

—Alguno, pero la mayoría no. Ya me dirás tú esa... y los cochazos, a ver dónde has visto tú un coche de esos.

La mujer enjoyada de camuflaje mira de vez en cuando en su dirección. Sigue con el rifle apoyado en el brazo izquierdo.

—¿Adónde ibas, Baldomero?

—A dar un paseo, pero si están esos mejor me voy a mi casa, no vaya ser que me den un tiro.

—Nosotros íbamos a subir a la sierra, dice Ariadna.

—Estos se quedan aquí cerca, pero cuidado hasta salir del pueblo, que seguro que anda alguno suelto por ahí, pum, pum.

Ariadna y Eloy tienen que atravesar la plaza y pasar al lado de los grupos y los jabalíes muertos. Lo hacen sin saludar ni detenerse, Ariadna intentando no pisar los regueros de sangre que rodean a cada animal. Escuchan un buenos días al que no responden. Antes de llegar al sendero ven a dos hombres sentados en unas sillas de campo al lado de la carretera, uno de ellos apunta un rifle con mira telescópica hacia la explanada que hay enfrente de ellos, una parcela en la que hasta hace pocas semanas, antes de que llegaran los fríos y las heladas, pastaba mansamente un rebaño de vacas. El hombre del rifle no les oye acercarse, pero su compañero sí y hace un gesto de silencio con la mano. El disparo llega unos segundos después. Ariadna salta. Eloy la coge del brazo.

—Cagoendiós y su puta madre, dice el cazador.

—Si lo tenías, hombre. ¿Se te ha escapado?

—Cagoendiós, repite.

Se giran a mirar a Ariadna y Eloy.

—¿Qué andáis? Nos vais a espantar la caza.

—Andamos a dar un paseo por el monte, que se supone que es de todos, dice Eloy.

—Putos ecologistas, dice el del rifle.

—Por ahí arriba no os preocupéis que no subimos. El coto acaba aquí en la carretera, dice el otro.

Eloy musita un gracias y comienzan el ascenso en silencio. Con cada paso que les aleja del pueblo y les adentra en la montaña Ariadna se acerca al recuerdo de los últimos meses del padre, a esa infancia que comenzó a narrar de forma deslavazada y que Ariadna no sabe si es vivida o inventada, una consecución de palabras entrelazadas que no aguantaba la lógica inquisidora de Ariadna, una narración sin tino, que se contradecía y negaba a sí misma. En esa infancia fantasmagórica que el padre comenzó a reconstruir, también figura la plaza y también hay camiones y armas y sangre. Y sus pies, los pies de su padre, tampoco quieren pisar sangre. Son pies que huyen, Ariadna todavía no sabe de qué, por esos mismos caminos que ella transita desde hace meses. En los recuerdos espectrales de sus últimos días hay oscuridad y miedo. En ellos se pierde su padre y Ariadna no puede ayudarle a salir. Las palabras no sirven, la ternura tampoco.

Igual es porque la ternura entre ellos es algo nuevo y llega demasiado tarde. Ariadna empezó a sentir compasión por él mucho después de llevarle a la residencia, cuando él posiblemente ya no podía sentirla. Llevaba años viviendo solo, desde que ella se fue de casa con veintipocos. Ariadna se había impuesto la obligación de visitarlo una vez a la semana. Se aseguraba de que tuviera la casa limpia y todas sus necesidades cubiertas y de que estuviera aseado y sano. Cuando, a raíz de una mala caída, se rompió la cadera, Ariadna se dio cuenta de que ya no podía valerse por sí solo. No tenía suficiente dinero para contratar a alguien que cuidara de él, así que pidió plaza en una residencia municipal y lo ingresaron poco después. También allí iba a verlo un día a la semana. Las cuidadoras le decían que no daba ningún problema, salvo cuando querían que

participara en actividades en grupo. No habla con nadie, le decían en cada visita a Ariadna, y eso no es bueno para su salud mental. Hasta que un día comenzó a hablar, las palabras le salían en torrente durante horas. Después caía en largos silencios. El soliloquio podía empezar a cualquier hora del día o de la noche y no respondía a ninguna interpelación. Simplemente se desataba. Había días que no abría la boca durante toda la visita de Ariadna, por más que ella le hablara. Otros días lo encontraba hablando y, cuando se iba, ahí seguía, dentro de su propia narración sin atender a las preguntas o los comentarios de la hija. Nada de lo que decía tenía que ver con el presente, ni con el pasado que ella conocía: sus años en Alemania, de los que hablaba cuando quería convencerla —sin necesidad de hacerlo porque Ariadna estaba de acuerdo con él— de que había que trabajar mucho y esforzarse y hacer sacrificios para ganarse la vida dignamente; de cómo aprendió a escribir de mayor él solito y de que nunca aprendió alemán; de su vuelta después de ni sabía los años para formar una familia; de los sacrificios —otra vez— que hizo por ella al quedarse viudo tan pronto. Esas eran las conversaciones que durante más de cuarenta años había tenido con su hija. Ninguna sobre el dolor y el desamparo que sintió ella al morir la madre, sobre sus vidas truncadas, sobre por qué le negó el recuerdo de la madre, sobre los silencios que impregnaban la casa y que fueron creciendo con los años, sobre lo violenta que era su aspereza hacia ella y, nunca, jamás, ninguna conversación sobre su vida antes de irse a Alemania, sólo que se fue de su pueblo porque era huérfano y no tenía familia. En las raras ocasiones que Ariadna le pedía, todavía de niña, que le contara de dónde era, cómo fue su infancia, quiénes eran los abuelos, él contestaba que de un pueblo de cabras y moscas y mierda, y que los abuelos murieron hace mucho y que no había nada más que contar. Hasta que se desencadenó ese torrente de extrañas palabras que Ariadna fue anotando después de cada visita a la residencia, un puzle de imágenes que después iría rellenando con frases que el padre repetía constantemente, también a las cuidadoras. En ese cuaderno estaban la plaza y la sangre, los senderos y las cabras, un niño que Ariadna no sabe si es él u otro, que busca en los pozos y a veces se cae en ellos, una niebla que lo engulle todo, una mujer guapa que pide auxilio, otra mentirosa y mezquina que se esconde, hombres violentos, unos con armas, otros con palos y piedras. En el escarpado sendero que pisa ahora, con sus piedras mullidas por el musgo del invierno, con sus zarzas y saucos y robles pelados, Ariadna ve, como si fuera una proyección fantasmagórica, a su padre niño, subiendo delante de ella, sin darse la vuelta para esperarla.

## 21

Dios creó la niebla para protegernos de ellos, para poder caminar por estos montes y valles sin ser perseguidos, espantados, machados, descuartizados, apaleados, empalados, apedreados, acuchillados, por ellos. Cuando Dios sopla su aliento más espeso y pesado, ellos se quedan en sus casas y cierran puertas y ventanas y escuchan temerosos nuestros aullidos de alegría. Se cuenta que algún osado ha salido de su casa y se ha adentrado en la niebla en desacato a la ley de Dios y que ha pagado su desobediencia y su pretensión cayendo en nuestras fauces, nuestro vientre, nuestra nada. O que se ha encontrado con uno de nosotros y se le ha vuelto cana la cabellera y que se ha quedado ahí, para siempre, muerto del susto. La niebla divide el mundo entre los que pertenecen a ella y los que no. El que traspasa la frontera, paga.

Las criaturas de niebla vemos lo que ellos no pueden ver porque tenemos los ojos acostumbrados al esfuerzo, a distinguirnos en la espesura de nuestra luz espectral. Cuando no hay niebla nos vemos obligadas a cerrar los ojos porque el exceso de luz nos hace daño, la sangre brilla demasiado y nos ciega. Cerramos los ojos y nos escondemos porque si ellos nos vieran y se dieran cuenta de todo lo que sabemos de su maldad, nos perseguirían, acabarían con nosotras de todas las formas crueles que usan para matarse entre ellos y a los demás. Lo que no saben es que de vez en cuando nace entre ellos una criatura de niebla. Normalmente no se crean en el vientre de una madre, sino que la vida las convierte, algo les pasa que parte de ellos muere y renacen perteneciendo a la niebla. Estos seres excepcionales pueden operar entre los dos mundos, pero son más felices los días de niebla. Esos días celebran con nosotras, hacen cosas inauditas. Sus ojos atraviesan la densidad, sus manos se vuelven poderosas, sus pies recorren firmes los caminos. La niebla les da el amparo que otros les han arrebatado.

## 22

Adela sale de casa pidiendo auxilio, gritando ¡las aguas, las aguas! Con una mano sujetándose el vientre y otra aferrándose a las paredes, trastabilla hasta la plaza. Es un día soleado y las mujeres esperan ociosas al repartidor del pan. Ven aparecer a Adela y corren hacia ella, justo a tiempo para sostenerla mientras se derrumba. La agarran de brazos y piernas entre todas y la llevan de vuelta a casa mientras se organizan: tú adelántate y calienta agua, tú vete a casa y busca paños limpios, tú cambia las sábanas que estarán llenas de mugre, tú sécale la frente y mantenla despierta mientras la llevamos hasta allí. Para cuando entran con ella en casa, la cama está preparada, el agua casi hirviendo. Están acostumbradas y saben lo que tienen que hacer. Desde hace años, incluso desde antes de la guerra, son ellas, con Juana a la cabeza, quienes asisten los partos, ya sean de mujer, vaca o cabra. Juana también saca muelas, cura heridas infectadas, catarros y diarreas. O no las cura, y entonces llaman al médico de Pueblo Grande, que siempre llega demasiado tarde. Pero incluso en los partos más complicados Juana es capaz de sacar a la criatura sin dañarla y, en la mayoría de las ocasiones, salvar a la madre. Cuando tumban a Adela y le separan completamente las piernas ven que la cabeza de la criatura ya asoma. Adela gime, ha dejado de gritar. La piden que empuje, ella susurra que no puede. Apenas es necesario. La criatura quiere salir, aunque todavía no sea su hora. Pasan unos minutos en los que Adela parece haber relegado la responsabilidad del nacimiento a ese ser que, según va saliendo de la madre, parece cada vez más pequeño. Juana corta el cordón. Es un varón. No llora. Adela puede oír a Teresa decir que la criatura está sin hacer, que no vivirá. Pero llega el cachete en las nalgas y el niño berrea y Adela reacciona y grita también y pide que se lo den, que ese niño no va a morir. Está lleno de sangre, de restos de placenta y una manta fina de pelo negro cubre su cuerpo. Le parece que no pesa más que una cría de gato, es una pasa arrugada, un ratoncillo ciego. Adela llora, cómo va a vivir ese pedacito de carne, de carne suya. Juana se lo retira con suavidad, hay que lavarlo, tranquila, y a ti también, déjate cuidar. Limpios madre e hijo, aseada la cama, le colocan al niño en el pecho. Adela apenas siente su peso. Se tiene que hacer al olor de tu cuerpo por fuera, le dice Juana.

Algunas mujeres se van. Otras, se quedan de guardia. Adela las oye susurrar junto al fuego, le llegan palabras sueltas: leche mala, pobre criatura, desgracia. Esas mujeres del pueblo que durante el embarazo la rehuyeron, ahora se acercan a darle consejo y una caricia. Tenlo así pegadito, dale calor, en cuanto se suba la leche ya verás cómo se engancha, dile cositas al oído, que sepa que eres tú. El pequeño apenas se mueve, hasta que Juana se lo recoloca y le acerca la boquita al pezón. Adela siente cómo se agarra a ella, una fuerza inusitada en un ser tan frágil.

Juana le aprieta el otro pezón y sale un líquido amarillento. Una mujer dice que esa leche igual no sirve pero Juana le dice que la leche es sabia, que sabe que el niño ha salido antes de tiempo y que le dará más alimento. Que de todas formas hay que cuidar a Adela y bautizar al niño cuanto antes, por si acaso, que hay que hablar con el cura.

Teresa sigue diciendo que ese niño no está hecho y que no va a vivir, pero al ver la alegría de sus vecinas lo dice más quedito, desde una esquina de la habitación y mientras se da la vuelta y sale de la casa de Adela. En el umbral se encuentra con Pedro. Trae un queso en una mano y un ramito de flores silvestres en la otra. Tú qué haces aquí, le dice Teresa y quién te ha dado permiso para coger ese queso. Él no responde y Teresa no insiste, pasa de largo y deja que sea la siguiente mujer que sale de la casa, la anciana madre de Paco, la que recoja el queso y las flores y le diga a Pedro que es tan generoso como lo fueron su madre y su padre, que en paz descansen con su Paco, y que le dirá a Adela que le ha traído el queso y esas flores tan bonitas, y que cuando el niño esté un poco mejor que venga a verlo, que si no esa pobre criatura va a crecer muy solo. Y que se llamará Andrés, como su abuelo.

## 23

Abre los ojos. La habitación está impregnada de una luz blanca. No es que una luz blanca se filtre por el amplio ventanal, sino que esa luz ocupa espacio dentro de la habitación. Es densa, tanto que impide la visión de otra cosa que no sea ella misma, la luz.

Ariadna cierra los ojos, aprieta los párpados con fuerza, los vuelve a abrir, extiende la mano para rozar el cuerpo dormido de Eloy, piensa en los días, tal vez semanas, que lleva sin acariciarla, sin expresar deseo hacia ella. No se atreve a tocarlo más, no vaya a despertarse. Empezaría el día irritado, molesto. Las formas dentro de la habitación comienzan a materializarse: la mesilla con su vaso de agua, el sillón rojo de orejas, la barandilla de la escalera interior. Más allá del ventanal no hay nada, sólo un manto blanco y denso. Ni rastro de los contornos del peral en primer plano, la sierra en segundo. La niebla de la que hablaba Baldomero está aquí, la niebla peligrosa, que viene de repente, sin ningún aviso, y puede cubrir los montes durante días enteros. Días y noches en los que no se ve más allá de lo que alcanza un brazo estirado, le contó Baldomero, en los que se oye aullar a los lobos más cerca, en los que sombras desconocidas o, quién sabe, desaparecidas, se rozan con los vivos. En días de niebla, le advirtió el anciano, las gentes se quedan en sus casas, el ganado estabulado y los vendedores ambulantes aparcan sus camionetas.

Se levanta de la cama, coge la ropa del día anterior que descansa sobre el sillón, se encierra en el baño para orinar y vestirse y sale de casa. Ariadna no puede divisar más allá de dos metros de distancia. Hace días que no llueve pero el ambiente es húmedo. Olor verde y crujiente, a escarcha y hierba mojada. Anda a tientas durante unos minutos, levanta el brazo derecho como para evitar chocarse contra algo o alguien, arrastra los pies. Se detiene frente a una de las casas cerradas del pueblo. Parece no haber estado habitada en tiempo: buena parte de la fachada muestra la piedra desnuda donde antes había cal, a la vieja puerta de madera no le queda un sólo resto de barniz, las rejas de las ventanas enrojecieron hace tiempo por el óxido, el banco de madera junto a la puerta está comido por la carcoma. Ariadna se acerca un poco más, acaricia la puerta, pone su mano en el pomo. Un ruido de goznes la sobresalta y detiene su gesto. Se acerca a la pequeña construcción de piedra que colinda con la casa abandonada, una cuadra con un gran portón de madera que está aún más deteriorada. La esquina izquierda del tejado da muestras de haber cedido y en la unión entre tejado y pared se ha desprendido parte de las piedras. La puerta cuelga desvencijada, con lo que deja una apertura lo bastante grande como para que un animal mediano, digamos una cabra, pueda salir y entrar sin problema. Ariadna se acerca despacio hasta

el vano. Se asoma. Mira fijamente unos segundos hacia el interior. Distingue oscuridad. Escucha movimiento y una respiración profunda, animal. Percibe un brillo en las sombras, una presencia, algo, alguien. Se separa del portón y echa a andar cuesta arriba rápidamente. Llega a la plaza. Bebe un trago de agua de la fuente que le taladra las sienes. Oye un leve gruñido.

—¿Qué haces aquí fuera tan temprano?, dice Ariadna y le tiembla la voz.

Se sigue oyendo el gruñido. Ariadna se acuclilla, esperando que en algún momento aparezca la vieja perra de Petra entre la niebla.

—Ven, bonita.

La perra no aparece. Ya no escucha el gruñido. Se incorpora, deja pasar unos segundos y retoma el camino a casa dando un rodeo para así no pasar por delante de la cuadra y la casa abandonada.

Pedro se despierta. Abre los ojos. Se encuentra rodeado de una luz blanca en la que se proyectan, como si de una película muda se tratara, varias imágenes. Se ve con doce años en la misma luz, cruzando el río, subiendo el monte, atravesando el bosque. Se ve agazapado. Ve la cara de asombro de Federico.

Cierra los ojos. Aprieta los párpados con fuerza. Los vuelve a abrir. Las imágenes han desaparecido, también el recuerdo de ellas. Se levanta y se pone los pantalones de pana y el jersey por encima del pijama raído, luego las botas, la pelliza y la gorra. Coge las muletas y sale a la calle. Recorre los pocos metros que separan su casa de la antigua cuadra. Abre un poco la puerta con la muleta, deja detrás la luz blanca, entra en la oscuridad. Aspira fuerte, con regocijo.

—Hola, bonitas, qué bien estáis aquí al calorcito.

Se dirige al fondo de la cuadra y busca algo alrededor.

—Esperad que coja el banco, no seáis impacientes, ven, Mariana, ven que te voy a aliviar, que te va a salir disparada la leche.

Pedro encuentra el viejo banco y se sienta en él mientras murmulla y ordeña el vacío. Hasta que suena un crujido en el portón y desde su rincón cálido donde no ha entrado la niebla ve aparecer en el vano la silueta de Ariadna. Los ojos grandes y verdes de Pedro se clavan en ella y permanece así, inmóvil, hasta que la silueta de la mujer desaparece.

Eloy se despierta. Se da la vuelta y ve que Ariadna no está en su lado de la cama. Extiende la mano, toca las sábanas frías. La llama varias veces. Se incorpora en la cama y a través del ventanal ve la intensa niebla. Se preocupa un instante, pero enseguida rechaza el pensamiento. Ariadna sería incapaz de salir al monte con esta niebla. Después del desconcierto inicial, se va apoderando de él, lentamente, la sensación de malestar y abatimiento que lleva arrastrando semanas. Cada movimiento se convierte en una gesta para Eloy: levantarse, hacerse el desayuno, ducharse, afeitarse, vestirse. Los días que no tiene videoconferencias pasa el día en pijama y bata. Días como hoy, y como mañana y también seguro que pasado mañana, días en los que no se puede salir de casa porque nieva, llueve, hiela, graniza, porque no se ve tres en un burro, como hoy, como mañana, como pasado mañana. Eloy se arrebujaba otra vez en el edredón, se queda adormilado hasta que siente el ruido de las llaves en la puerta. Escucha a Ariadna cerrarla con cuidado, quitarse los zapatos silenciosamente y dirigirse a la cocina. Cierra los ojos, comienza a contar hasta cien, pero en el número cincuenta y seis, se queda dormido.



## 24

Escucho el silbato, está cerca. Me sigue pero con la distancia suficiente para que no me pueda ver. Lo llamo, Federico, le digo que estoy perdido y que tengo miedo. Tengo miedo, Federico, estoy aquí, por qué no me ves. Y mi voz le guía, le estoy guiando hasta donde quiero que venga. No lo he planeado, pero ahora todo tiene sentido. He cruzado el río y he subido la peña en esta niebla no sé por qué, igual quería perderme, pero no me he perdido. He llegado donde tenía que llegar. Por qué Federico ha salido a buscarme, no lo sé. Se lo habrá pedido la Teresa. Me la imagino: Pedrito ha salido solo al monte, con esta niebla, y todavía no ha regresado, vete a buscarlo. Y Federico se habrá negado al principio, pero luego habrá dicho que sí, que sale, y no habrá tomado la precaución de traerse a José o cualquier hombre del pueblo porque se cree fuerte y valiente y que conoce tan bien esta sierra que a él nada puede pasarle. Pero ahora entiendo todo, ahora sé que sin haberlo planeado, ha llegado el momento. Ahora entiendo por qué durante estos años no he dejado de escuchar los gritos de madre desde la profundidad de la tierra. Me guiaban para lo que tengo que hacer hoy.

Lo espero detrás de una piedra, se acerca despacio. Sabe que el agujero está delante de él y no se quiere caer. Mira alrededor. Dice mi nombre. No me llama Pedrito, me llama Pedro y le tiembla la voz. Se pone de cuclillas frente a la apertura en la tierra, que es lo suficientemente ancha como para que quepa un hombre como él, pero no mucho más. Contemplo su espalda, si le empujo igual no cae, igual se aferra a las rocas o las ramas, igual se salva. Cojo una piedra grande, si algo no falta en este lugar son piedras, sigue de cuclillas, puede perder el equilibrio en cualquier momento, o puede ponerse de rodillas o levantarse y si lo hace no podré con él. Salgo corriendo, levanto el brazo con todas mis fuerzas y justo cuando gira la cabeza para mirarme estallo la piedra contra su frente, cae retorcido y se da en la nuca con otra piedra, en la misma entrada del agujero. El ruido de su cabeza contra la piedra me sorprende, no sabía que una cabeza pudiera sonar tan fuerte contra la piedra. No suena igual que cuando una bala la revienta. Ha sonado a roto. No tengo que hacer nada más, se desliza en el agujero de forma extraña: primero le entran el pecho y los brazos, después la cabeza rota y después ya caen las piernas. Oigo ruidos, parece que el agujero se estrecha y que se choca varias veces pero no le oigo al llegar al suelo. O igual es tan hondo que no hay suelo. Me asomo y grito, le pregunto si ve a padre y madre. No me contesta. Quiero que me diga si ve a padre y madre. No le tenía que haber dado tan fuerte en la cabeza porque así no va a poder decirme nada. Grito más fuerte, dime si ves a padre y madre. Más fuerte. ¿No ves a padre y madre? Sólo el eco responde.

Abro los ojos no sé después de cuánto tiempo. Me cuesta entender dónde estoy, por qué siento tanto frío. Me doy cuenta de que estoy al lado del agujero, que no me he movido desde que. A mi alrededor, una manta blanca y húmeda. Me ha vuelto a pasar. He estado con los ojos cerrados. Desde que. Veo la cabeza de Federico reventada, oigo su cuerpo chocar contra las paredes del agujero y después el silencio. Me levanto. Tengo que volver al pueblo. No sé cuánto tiempo ha pasado, si habrán salido a buscarnos. No distingo qué hora del día es o si ha pasado la noche o tan sólo media hora. Tengo la ropa empapada, pero ya la tenía al llegar aquí. Ahora vendrán las preguntas de la Teresa, de José, del cura, igual también de los guardias. Oí a Federico durante un tiempo, diré, oí sus gritos y el silbato, abajo, en el río, pero no conseguimos encontrarnos y después no le oí más. Pensarán que se cayó al río y se ahogó en una poza o que se tropezó en uno de los pasos de la garganta o igual piensan que se cayó en un agujero, hay tantos. Yo sé que elegí el agujero correcto, el de padre y madre. Ella me guió y ella quiso recibir a Federico.

Ahora, madre, hábleme como todas las noches pero no me grite y dígame a padre que de vez en cuando me cuente algo.

## 25

La tierra ha perdido los ojos en la noche, la tierra ciega, eso es lo que me dice el libro y me habla de una tierra lejana, pero es como si me hablara de esta tierra, que también ha perdido sus ojos, ya no recuerda lo que ha visto. Esta tierra es ciega y es muda, se guarda todos sus secretos. No cuenta lo que sabe. Nunca lo ha contado. Ni en invierno ni en primavera ni nunca. La tierra aterida por el frío, me dice el libro con su voz de viejo. Así ha estado estos meses la tierra pero ahora despierta. Dirán que habla porque ha despertado y salen todas sus flores y las espigas me llegan hasta la cintura y los cardos también y lustrosos ofrecen su flor morada, y todo son colores y olores y parece que la tierra ya no tiene frío y nos dice que la vida es eterna, que ella ya no guardará silencio, que ahora sí tiene ojos y lengua y oído porque nos atiende a todos los animales y nos da de comer. Pero son todo mierdas y tonterías. La tierra también calla en primavera, mala puta que se come a los vivos y no los devuelve. Se come a quienes son arrojados a ella, a sus pozos profundos, sus agujeros donde se pudrirá la carne sin que nadie dé cuenta de ella, salvo gusanos y escarabajos y seres minúsculos, no como cuando se dejan los cuerpos ahí fuera, en la superficie para que se alimenten los buitres y las moscas y las ratas y los perros y los gatos porque a ellos también les gusta comer la carne podrida y retozar en la mierda.

El libro no me va a decir hoy nada más. Salgo al huerto que ya no es huerto sino hierba alta donde anidan las víboras. Huerto viejo como yo. Clavo el azadón y el golpe retumba en mis hombros y dentro de mí y con él parto la tierra, entro en ella con toda mi fuerza y la destrozo por dentro pero la puta sigue callando. De ahí dentro no sale nada. Aquí fuera sí, hay un estruendo de pájaros y grillos y el viento del este trae los rumores del río. Y les pido que se callen, que se callen de una puta vez porque si la tierra decide hablarme no la voy a oír.

Me tumbo en la tierra húmeda y ciega y muda y sorda.

Aunque he salido de casa el libro me sigue hablando con su voz de viejo. Me dice que le echaron en una paila de miel hirviendo, cociéndose vivo, solamente porque este santo hombre tenía la costumbre de coger a las longas de seis, siete y ocho años y desflorarlas. Me llevó mucho tiempo entender lo que eran las longas, pero cuando lo entendí me alegré de que a ese cerdo lo cocieran vivo.

## 26

José se va.

Aquí no hay ni pan ni mujeres casaderas, madre, Pedro ya tiene edad de salir solo con las cabras y cuidará de usted hasta que yo haga mis dineros y vuelva o hasta que me la lleve a usted a la capital.

José se va. Se va sin esperar a que Teresa supere la ausencia de Federico. Ha pasado un año, cada día esperando que aparezca, que baje de la sierra, un año preguntando a Pedro cuándo dejó de oír a Federico, si está seguro que fue al lado del río, si no sería más arriba, por la garganta o más allá, por donde las simas, que por dónde anduvo tantas horas, que cómo él, un mocoso, fue capaz de volver a casa y su Federico, un hombre, un soldado, un alguacil hecho y derecho, no volvió. Pedro la mira con esos ojos en los que Teresa no consigue ver más que su reflejo, los mismos ojos con los que ha mirado a José cuando este ha anunciado que se va a la capital. Teresa cada día pide a Pedro y a José que busquen cualquier rastro de Federico por las cañadas porque está convencida de que algo tiene que quedar de él, alguna huella que el tiempo no ha borrado, el silbato tirado entre unas matas, una bota, no es posible, repite Teresa una y otra vez, que su hijo simplemente haya desaparecido. Hay días que parece entenderlo, Federico no va a regresar, dice, y ahí se derrumba y no pide, ni exige ni pregunta. Pero enseguida vuelve, como si fuera parte de un ritual suyo para seguir viviendo, a las indagaciones, la espera angustiada, la exigencia de una respuesta, no puede haber desaparecido sin más, cómo puedes estar sin buscar a tu hermano, sinvergüenza, que no te mereces ni pisar el suelo sobre el que caminaba y tú, que Federico te trataba como si fueras un hijo, haces como si nunca hubiera existido, desagradecido.

José se va porque no hay pan ni mujeres y también porque no soporta el llanto de su madre, sus lamentos constantes, no soporta la ausencia del hermano mayor que volvió de la guerra y quiso reemplazar al padre y se hizo señor de la casa, ordeno y mando a todas horas. Y al desaparecer, esa presencia que antes lo asfixiaba se ha convertido en su reverso, en una ausencia que ratifica la perfección de Federico frente a su ineptitud. No soporta la ausencia del hermano, no porque lo extraña sino porque hace evidente todas sus limitaciones. A ello se suma ese niño Pedro que ya no lo es tanto y que con la edad se ha vuelto todavía más opaco. Ha alcanzado su misma altura, tiene sombra en el bigote, le ha cambiado la voz y este verano al bañarse en el río ha entrevisto pelos en su pecho, cada vez más ancho y musculoso. José no quiere seguir pasando tiempo con él, a solas y en silencio, inquieto, soportando su reojo, y bajar del monte para escuchar los lamentos de

la madre, y otro invierno de nieves y oscuridad y privaciones. Se va.

En la maleta de cartón que trajo Federico después de la guerra mete dos mudas, los calcetines y el jersey de lana, unos pantalones de pana para el invierno y unos de algodón para el verano, dos camisas. Le sobra espacio. Pide a la madre que le deje llevarse el traje de Federico y sus zapatos de vestir que aunque le queden pequeños tal vez le saquen de un apuro, pero Teresa se niega, no me queda de él más que esto y también te lo quieres llevar. Se quiere despedir de ella, madre, deme un beso de despedida, pero ella se queda sentada con la cabeza escondida entre los brazos apoyados sobre la mesa de castaño. José posa la mano en su espalda encorvada, adiós, madre. Cierra la puerta con suavidad, se acerca a la cuadra vacía. Pedro ya ha salido con las cabras. Respira fuerte el olor que han dejado los animales, se toca la cara, recuerda la noche anterior al despedirse de Pedro, el gesto de su mano, inesperado, al acariciarle la cicatriz que le dejó el día que los militares vinieron persiguiendo a su padre. Una caricia, una mirada apagada, un adiós, José. Atraviesa el pueblo, algunos vecinos le despiden, suerte, vuelve pronto, envía noticias. José responde agradecido a todos, sale del pueblo y echa andar por el camino hasta Pueblo Grande para esperar el autobús que le llevará a la capital. Sus pies van ligeros, solos.

No hay forma de saber qué le ocurre a José en la capital, por qué pasan los días, las semanas, los meses y Teresa no recibe noticias de su hijo. Lo que pasa fuera del pueblo no se sabe. Si alguien se va puede bien decidir no volver, puede perderse en la ciudad y comenzar una vida nueva sin ataduras ni lamentos ni la obligación de cuidar a los que ha dejado atrás, o puede incluso irse muy lejos, más allá de las fronteras de ese país pequeño y asfixiante y recorrer mundo, sin volver la cabeza, no vaya a ser que se convierta en estatua de sal. Quién sabe si José, una vez que echó a andar decidió precisamente eso, no mirar atrás o, tal vez, quién sabe, se perdió en el camino y no supo cómo volver, se cayó en uno de esos agujeros insondables y oscuros de las pesadillas de Esperanza que tal vez no sólo existan en los cuentos que Pedro les cuenta a los niños para asustarlos.

Teresa habla con la única autoridad que queda en el pueblo, el cura, para que la ayude a averiguar noticias del hijo extraviado. El cura lo intenta, manda recado a las autoridades de la capital para que busquen a José García, pero cómo encontrarlo en una capital, entre miles de hombres, cientos tal vez con su mismo nombre, hombres de pueblos pequeños e insignificantes donde no saben escribir ni leer ni otro oficio que pastorear y cultivar la tierra. Teresa pregunta a Pedro si él entiende cómo teniendo dos hijos se han desaparecido los dos, cómo es posible que ella no tenga ni una tumba donde llorarlos si es que han dejado este mundo. Pedro calla, para qué señalar la evidencia, las continuidades de la historia, la justicia divina.

## 27

En un momento de lucidez, su padre le dijo que huir no solucionaba nada, solamente aplazaba los problemas. Lo que dejas atrás te persigue, aunque tarde siete décadas en alcanzarte. Ariadna nunca consiguió que le contara qué es eso que le persiguió tantos años después, pero sí se familiarizó con alguno de sus fantasmas. Uno era el niño huérfano. Ese niño empezó a cobrar relieve en su delirio. Era un niño al que su padre temía. Le contaba asustado que lo perseguía, lo esperaba en las esquinas de la residencia, le ponía la zancadilla, le hablaba a través del espejo, le decía que no buscara porque si buscaba él también se perdería. El niño a veces se le aparecía acompañado de un lobo, al que azuzaba para que lo atacase, o le apuntaba con una escopeta, o le amenazaba con tirarle a un pozo. Su madre, otro fantasma. Con su aparición, Ariadna se dio cuenta de la orfandad, esa historia contada en breves minutos, repetida con exactitud durante más de cuarenta años, no tenía sentido. El anciano llamaba a su madre constantemente, llorando a gritos, madre, madre, y le pedía perdón. Cuando salía de su agitación, Ariadna le preguntaba, quién es ese niño, qué le pasó a tu madre. A lo que él respondía con silencio y esa mirada que después Ariadna reconocería en el anciano Pedro. Lo que dejas atrás te persigue.

Ariadna está contemplando a Eloy, él parece no darse cuenta o ha decidido ignorar su mirada. Sus ojos están fijos en la pantalla, concentrado, no levanta la vista. Si lo hiciera, se encontraría con los ojos de ella, intentando adivinar en qué está pensando. Huir no sirve de nada, se repite. Mudarse tampoco.

—¿Te parece que empiece con los semilleros?

Eloy suspira, levanta por fin la vista.

—Haz lo que quieras, pero igual es demasiado tarde.

—Estamos en marzo todavía y Andrés me dijo que hasta junio no deberíamos poner las plantas en la tierra porque hay heladas. Así que no es tarde. Igual, de hecho, es demasiado pronto.

—Si ya lo has decidido, ¿para qué me preguntas?

Ariadna reconoce el tono. Hartazgo e irritación. Cada vez es más frecuente. Es el tono que en la relación le corresponde a él. Como a ella le corresponde el silencio. Poco a poco se han ido asentando en las viejas dinámicas. Hace más de una semana que tuvo esa conversación con Andrés que no ha compartido con Eloy, no sólo sobre los ciclos de la huerta. Se encontró con el anciano tomando el sol en el banco de madera junto a la puerta de la casa de Pedro. Andrés sonrió al verla llegar y Ariadna se paró a conversar. Le preguntó cuándo empezaban ellos a preparar la almáciga y él se mostró generoso con la información, lo que animó a Ariadna a seguir preguntando: si siempre tuvo un huerto, si lo cultivaba con Pedro, si eran familia, si siempre

habían estado tan unidos, y tan solos, si sus familias. Acabó sentada en el banquito de madera, muy pegada a él para no dejar escapar ni una palabra. Andrés le habló de Pedro y de lo que contaban de sus padres y de otros desaparecidos, que él no había nacido pero que su madre sí, que su madre era muy guapa y que se llamaba Adela pero que él no la recuerda, le contó que Piluca fue de las pocas personas que llegaron nuevas al pueblo y de su boda con Baldomero, también de las muchas personas que se fueron, de la salud de Pedro. Andrés contaba despacito y con silencios y sin acabar del todo ninguna frase, pero Ariadna le dejaba hablar, sin interrumpirlo, por si acaso decidía no seguir contando. Hasta que oyeron la voz de Pedro llamar desde dentro y Andrés le dijo que la vida era eso, cuidar a alguien, que de niño a Pedro lo cuidaron y luego cuando él quedó solo Pedro lo cuidó a él y que luego se cuidaron el uno al otro y que ahora le toca a él cuidar de Pedro. Y añadió que cuando Pedro se muriera, que seguro que se moría antes que él, habría que encontrar a alguien que lo cuidara a él. A ver si no.

Hace unos meses Ariadna le hubiera contado a Eloy, excitada, todos los hallazgos importantes en su conversación con Andrés, pero ese día prefirió apuntarlos en su cuaderno y establecer, ella sola, las correspondencias entre los fantasmas que poblaban la mente enajenada de su padre y los seres de carne y hueso que habitan el pueblo del que huyó.

## 28

Meto las cabras en la cuadra y paso por delante de la casa de Teresa sin parar. La botella de leche que he dejado esta mañana sigue en la puerta. Lo hace a propósito para que llame, pregunte, y haga caso de sus lamentos. Algún día escuchará lo que no quiere oír.

Oigo las risas de Adela y de Andresito desde la calle, aunque están todas las ventanas cerradas. Entro sin llamar. Una bocanada de calor me pega en la cara. Ha encendido la lumbre a pesar de que el sol habrá calentado la casa durante todo el día. Al lado del fuego, el barreño grande lleno de agua. Adela, dentro. Sus hombros desnudos, su nuca, su cabello negro recogido. No se ha dado cuenta de que he entrado. Andresito sí que me ha visto. Está de pie en el barreño. Me señala y hace un gorgorito. Adela se gira, me mira seria pero no se asusta, ahora sonrío y me dice ven, Pedro, ven a jugar con nosotros. Me acerco despacio, doy la vuelta al barreño. Adela y el niño siguen mis movimientos con sus ojos, sonriendo los dos. Qué bocas tan bonitas tienen, qué ojos alegres. Ahora estoy delante. Los pechos de Adela parece que flotan en el agua. Andresito se agarra a uno con su mano, como si le ayudara a aguantar el equilibrio. No quiero mirar más abajo, pero sí miro, y veo el vientre de Adela y más abajo una mata negra que se mueve como un helecho en el fondo del río. Meto la mano en el agua y la dejo ahí, quieta. Se está quedando fría, le digo a Adela. ¿Caliento un poco más? Dice que sí, y me coge de la mano y me la pone en el otro pecho. Andresito se ríe. Yo siento que se me deshace el bajo vientre y que me pongo duro como una vara. Adela sigue sonriendo y me dice anda, vete a por el agua. Me cuesta andar.

Mientras caliento el agua les miro jugando en el barreño, felices, y pienso que sería bonito que Adela siempre estuviera así y yo estar aquí para ser feliz con ellos y comprar un barreño más grande para que quepa yo también en él. No recuerdo a madre en un barreño ni a mí con ella en él. Igual sí lo hizo cuando era como Andresito de pequeño pero fue justo entonces cuando padre se fue al monte y pasaron los años en los que madre no tenía ánimos para nada, sólo para estar triste y callada y después volvieron los militares y me llevó con ella a la plaza y ya después no la volví a ver y dejó su balde, el balde con la flor roja que le pintó padre, abandonado en la plaza y después el río y después Federico y siempre Teresa, su pelo sucio, su olor ácido, sus tetas caídas.

Ya está el agua hirviendo. La echo poco a poco para que Adela la mezcle y no se quemen. Andresito tiene sus brazos alrededor del cuello de la madre y con ellos tapa su cuerpo que ya no puedo ver pero así mejor, así me puedo quedar aquí, si no, no sabría dónde poner los ojos. Acercó una silla y me siento enfrente y Adela, mientras acaricia con el agua la espalda del niño y le



susurra cariños al oído, me mira. Su boca sigue sonriendo pero sus ojos ya no. Me pregunta si he traído algo para la cena. Le digo que no pero que esta mañana he recogido huevos. Me manda a buscarlos. Me doy prisa por ir y volver. La botella de leche sigue ahí, en la puerta. Cuando vuelvo ya han salido del barreño. Ella está vestida y Andresito envuelto en una manta de lana al lado del fuego, oscilando su cuerpo, él sí, todavía sonriente.

## 29

Teresa se consume hasta casi desaparecer. No come, apenas habla, su cuerpo se ha convertido en un montón de huesos y pellejos. Sus vecinas la ven salir a la calle con el moño deshecho, las zapatillas de estar en casa, una vieja toquilla con la que apenas se cubre los hombros y un capazo vacío balanceándose en su mano derecha. Deambula por el pueblo y Juana, cada vez que la ve, la toma del brazo, la lleva a su casa y llena el capazo con unos pocos huevos de sus gallinas, unas patatas, una col, unas pocas judías. Juana sabe que Pedro no cuida de Teresa, sólo de sus cabras, que las pastorea y las ordeña y que de vez en cuando sacrifica una, la más vieja, y que a Teresa no le da nada salvo un poco de leche diaria y que Pedro pasa las tardes y quién sabe si las noches en casa de Adela y el pequeño Andrés. Nadie reprocha a Pedro el estado de Teresa. Reprochárselo sería tomar partido, romper el silencio consensuado, nombrar aquello que durante una década no se ha querido nombrar. Si alguien le reprochara a Pedro que no cuida de Teresa después de que ella lo acogiera cuando pasó lo que pasó y el niño no tenía dónde caerse muerto, igual otro quisiera responder y tal vez no se atrevería, pero quisiera dejar las cosas claras y decir que el chico no es tonto y que seguro que sabe en qué anduvo Federico y que la Teresa bien se aprovechó y que Adela todo lo que sufrió seguro que no se lo ha guardado dentro y que si le ha contado a Pedro siquiera la mitad de lo que sabe y de su sufrimiento, quiénes son ellos para reprochar nada si sólo hicieron mirar y consentir porque los que sí hicieron algo y no consistieron acabaron como acabaron y cómo reprochar nada si después, cuando se corrió el rumor de lo que realmente había ocurrido con los Jiménez y Paco y Evaristo y, peor todavía, con Lola y Miguel, callaron; en ese momento, posiblemente, otro diría, porque ese sí que se atrevería a decirlo, que ganado se lo tenían y que bastante con que trataron a Pedro como si no fuera hijo de quien era y después bautizaron al hijo de la otra, un hijo del pecado por no decir de puta, y entonces alguien a lo mejor, aunque no es muy probable, quizás se atrevería a decir que mejor hubieran hecho en interesarse por quién la dejó preñada. Bien por vergüenza bien por miedo, bien por mantener la paz y las alianzas necesarias para que las familias del pueblo sobrevivan —siembras y cosechas colectivas, permutas por servicios y trueques de bienes de consumo— de Pedro no se habla. Lo más fácil es hacer como si el joven de dieciséis años que les recuerda a todos sus culpabilidades, cobardías, complicidades y miedos, no existiera. Así es como Pedro se ha convertido, como Adela, en un vive-aparte.

A los vive-aparte como Pedro nadie les regala unos huevos recién puestos, ni se les invita a un trago en las fiestas del pueblo, ni se les ofrece una mano si se ponen enfermos y no pueden salir con las cabras o a cuidar el huerto. Alguno le cambia de vez en cuando unos cuantos sacos de trigo

por un cabrito o durante el invierno le ofrece paja para las cabras a cambio de algo de leche o unos quesos, sin que se note demasiado, sin que el vecino de al lado lo vea, no digas a tu mano izquierda lo que hace la derecha. Pedro tampoco se relaciona con los pocos muchachos que hay de su edad que, cuando lo ven por las eras o atravesando el pueblo, lo rehúyen y jamás se meten en sus pastos con sus rebaños. Los niños más pequeños lo temen porque les amenaza con sus palabras y sus puños si se meten con Andresito. Aunque son ellos los únicos que se acercan a él, los que cuando Pedro está de buen humor y les dice que se sienten, que les va a contar un cuento, ríen nerviosos y le escuchan con los ojos bien abiertos. Algunos, como la pequeña Petra, salen corriendo antes de que Pedro acabe la historia, cuando está a punto de llegar a la parte donde el viento vuelve loco a las vacas o Felipe se sale del camino y cae en la nada.

Teresa de vez en cuando pregunta a Pedro si ha visto a Federico en el monte o si José va a volver pronto de la cuadra. A lo que Pedro le responde que sí, que ha visto a Federico y que estaba con padre y madre, compartiendo un pedazo de queso al sol o que estaba con padre y madre, caminado entre las flores silvestres, las amapolas, margaritas y nomeolvides que han empezado a salir, o que estaba con padre y madre tumbados en la hierba viendo pasar las nubes. Y que también ha visto a José, que ha estado paseando con Federico y con padre y madre. Todos juntos están ahí en el monte, Teresa, muy felices y unidos, haciéndose compañía. Usted debería ir con ellos también. Teresa tiembla y mira a Pedro con espanto y se balancea y se estira del pelo y llora y dice cosas sin sentido que nadie comprendería, excepto Pedro, que sí que entiende. Le dice que ella quiso pero no pudo, que no se quedó porque la mandaron de vuelta al pueblo, que les pidió que a Lola no, que ella no tenía la culpa de nada, pero que aun así, y le dice que es un arrendajo, que se hace pasar por jilguero herido pero que es un carroñero cruel, que roba y asesina a las crías de los demás. Y Pedro la escucha y asiente. Ya no intenta que cuente más, ha comprobado infinidad de veces la imposibilidad de que Teresa verbalice eso que ve y que la llena de horror. Pedro no sabe si lo que provoca tal pavor en Teresa es lo que recuerda de aquel día que unió sus vidas para siempre o si por el contrario en algún rincón de su mente perturbada lo ve a él tejiendo hacendosamente su dolor y su destino.

A Teresa se le disipa el espanto de un día para otro lo suficiente como para volver a preguntar a Pedro si ha visto a Federico o a José, Pedro le cuenta de nuevo que les ha visto a todos en el monte e insiste en que debería ir con ellos y Teresa una noche le hace caso y sale de su casa, con sus viejas zapatillas y la toquilla sobre los hombros. Y sube a la sierra y cuando le entra el cansancio y el frío se acurruca junto a un árbol y se queda ahí dormida. Y no vuelve a despertar.

## 30

Si me quedo mirando fijamente las ramas del nogal, veo la cara de madre. Es su perfil, hecho con los primeros brotes de la primavera. Sólo tengo que concentrarme y la veo. Nadie creería que la recuerdo perfectamente, después de más de ochenta inviernos, he perdido la cuenta, pero eso es porque no saben que siempre he soñado con ella, sueños bonitos y también pesadillas. Los sueños bonitos pasan ahora, en primavera, cuando deja de soplar el viento de la sierra y todo empieza a verdear, cuando no me enajeno por unos días y vivo tranquilo y puedo salir a pasear, recoger narcisos para Adela y charlar con Andresito y sé lo que le cuento y lo que no. Y recordamos juntos las cosas buenas, porque a Andresito, como a los demás, no le gusta hablar de las cosas malas. Me pide que le hable de Adela, que le recuerde lo guapa que era porque a él no le pasa como a mí, que recuerdo el rostro de madre, y eso que él era ya todo un mozo cuando Adela murió. A veces llora porque no consigue recordarla y yo le consuelo y se la describo con detalle y le pregunto si se acuerda y él a veces me dice que sí, y sonrío y añado cosas, y otras veces sigue llorando como un niño y niega con la cabeza y dice que no, que no la ve. No queda nada de ella a lo que Andresito se pueda agarrar, ni siquiera una fotografía, pero yo sí la recuerdo perfectamente: sus ojos grandes y negros, siempre con un destello de fiebre, hasta cuando estaba tranquila, su cara chupada y los pómulos altos y marcados, la nariz pequeña y esa boca grande, de dientes perfectos y labios gruesos. Me volvían loco esos labios, pero eso no se lo puedo contar a Andresito. Tampoco le puedo contar todos los sufrimientos que pasó Adela, aunque algunos los sabe, se los conté para que entendiera que él no tuvo la culpa de que ella hiciera lo que hizo, que mucho esperó la pobre, hasta que pensó que él se podía cuidar por sí solo. Para entonces yo ya no sabía qué hacer con ella, antes de eso creo que la ayudé a pasar unos años tranquilos. Me encargaba de que no les faltara de nada, Federico ya no le podía hacer más daño, me ocupé de cuidar de Andresito como un hermano mayor. Y lo que hacíamos ella y yo en la cama no era sólo para mi beneficio, siempre pensé que a ella le gustaba, le daba placer y cariño y le escuchaba todas sus rarezas y era ella la que salía a hurtadillas de su casa por la noche y dejaba a Andresito solo y se metía en mi casa y en mi cama y me buscaba entre las sábanas y se me subía encima y se me encajaba una y otra vez. Luego había temporadas, sobre todo hacia el final, que ella ya no quería y yo la respetaba. Pasaba días sin venir por las noches y, cuando iba yo a su casa a ver a Andresito, me miraba con sus ojos grandes, pero ya estaban apagados. Muchas veces la encontraba en la cama y no había comido en todo el día y el niño tampoco, así que le ponía yo unas sopas y le preguntaba qué le pasaba y ella me decía que les contara un cuento, a ella y al niño, y que la agarrara la mano y se la acariciara. Y cuando Andresito creció algo más ya se encargaba él de hacer las comidas y de lavarla y de cuidarla como si fuera ella una niña porque

Adela se quedó sin voluntad.

Si no se quiso enterar en aquel tiempo, si nunca hizo caso de los rumores y los murmullos, a qué vendría ahora contarle nada a Andresito. Aunque no sé si en algún momento le habré dicho. Con él nunca se sabe. A veces pienso que se entera mucho más de lo que da a entender con su sonrisa boba y sus ojos inexpresivos. De mis años no queda nadie para andar contando chismes. Eso no quiere decir que Andresito no sepa cosas, como lo saben los demás, pero no es lo mismo que lo sepan porque se lo han contado a que lo sepan porque lo han visto y vivido.

Los sueños bonitos vienen en primavera, las pesadillas vienen en invierno porque las trae el viento que choca contra el tejado y las ventanas, el viento que llega cargado de hielo y que se cuele entre las tejas y las rendijas de las puertas y trae con él los aullidos de la sierra. Entonces todos tenemos pesadillas, Andresito también. Es como un mal, que se mete en el pueblo por debajo de las puertas, y nos domina a todos en nuestros sueños. Y luego salimos a la calle al día siguiente como alucinados, con el terror de la pesadilla todavía en los ojos, con esas cosas terribles que nos pasan mientras dormimos pegadas a la piel. Y nos cruzamos por las calles y somos como muertos vivos, no nos saludamos, no nos contamos lo que hemos soñado por vergüenza a reconocer frente a los demás los horrores que llevamos dentro, pero sabemos perfectamente que los demás están como uno, igual de asustados, igual de avergonzados, igual de espantados. Y a veces ha pasado que alguno ha salido con la pesadilla pegada a la piel a la calle y se ha pensado que todavía estaba ahí, en el reino de los sueños, y ha cometido una barbaridad, contra sí mismo o contra los demás. Me da por pensar que eso fue lo que le pasó a Adela, que no se daba cuenta de que ya no estaba en la pesadilla y pensaba que se despertaría justo en el momento ese en el que estás a punto de y te entra el sobresalto y no llegas a, pero si Adela se despertó fue en ese otro mundo al que dicen que van los muertos que mueren de forma violenta y, si es así, se reuniría con padre y madre y espero que no le pidieran cuentas de nada porque si no hubiera sido por ella, por las alegrías que me dio y por haber traído al bueno de Andresito al mundo, yo no sé qué hubiera sido de mí, cuánto mal hubiera hecho. Porque lo que está claro es que yo siempre he sido capaz de hacer mucho mal cuando me ha venido en gana. Pero todo eso hoy no importa porque es primavera y he visto el rostro de madre en las ramas del nogal.

No le voy a contar a Andresito que he visto el rostro de madre en las ramas del nogal porque se pone nervioso, me dice a mí que me tranquilice, pero el nervioso es él. Si le cuento que he tenido un sueño bonito, aunque me lo invente, se sienta conmigo en el banco de la plaza y me escucha el sueño y se ríe. A veces me pide que le repita alguno de los sueños y, como no me acuerdo, me lo acabo inventando. Pero a él le gusta de todas formas. Siempre me dijo que yo servía para contar historias, pero qué va a saber el pobre Andresito, tan débil de cuerpo y de espíritu.

Camino hasta su casa, ya me está esperando. Me dice que han pasado los forasteros por delante, que iban vestidos como se disfrazan ellos cada vez que van a la sierra. Pensábamos que estarían poco tiempo en el pueblo. Aquí vienen muchos diciendo que se quedan y no aguantan ni un invierno. Pero estos resisten. Ella resiste, la puñetera. Yo sé por qué resiste.

## 31

Ha pasado algo más de una década pero Pedro todavía se despierta algunas noches escuchando los gritos de su madre desde la profundidad de la tierra. Pedro le pide que deje de gritar, que le explique qué ha hecho mal, qué espera de él, si lo de Federico estuvo mal que le diga qué tenía que haber hecho, por qué no descansa en paz.

Cuando le despiertan los aullidos de la madre tarda un rato en abrir los ojos porque así, con los ojos cerrados, se imagina que es él quien está ahí abajo con ella, no su padre, y que él sí es capaz de rescatarla: la agarra fuerte por debajo de las nalgas y la aúpa para que pueda salir de ese agujero oscuro. Y se imagina que, después, ella le echa una cuerda y también él sale y juntos vuelven a casa, a su pequeña casa de piedra donde sigue con vida el padre, que nunca se ha ido. Encienden un fuego, ponen el agua a hervir, la madre pela patatas, él monda las habas, el padre saca el lustre a unas botas cuyas tapas acaba de arreglar. Pedro, con los ojos cerrados, se aferra a esa imagen, todavía un niño de seis años con padre y madre, todavía a salvo, todavía querido, hasta que la compuerta que contiene a ratos su dolor se vuelve a abrir y un desconsuelo familiar, conocido, vivido mil veces, se esparce en su interior como una baba densa y pesada, una flema negra que se forma en el estómago y sube imparable hasta su garganta y lo ahoga y avanza y llena su boca y se instala detrás de sus ojos. Cuando es así, por mucho que apriete los párpados, por mucho que quiera volver a ver a su madre pelando patatas y a su padre sacando lustre a las botas, la fantasía se ha desvanecido totalmente para dar paso al presente silencioso.

Las únicas noches que no oye los aullidos de su madre es cuando le visita Adela. Entra sigilosamente, se desnuda y se mete en la cama con él, que ya se ha acostumbrado a dormir desnudo y a responder inmediatamente al contacto con la piel de ella, a dejar que lo monte o montarla él, a acariciar y apretar su cuerpo huesudo pero acogedor, a morderle los pechos y los labios, a penetrarla con los dedos y con la lengua, a aguantar moviéndose dentro de ella hasta que nota cómo su cuerpo, el cuerpo de Adela, se deshace y se derrumba. Y entonces él duerme un sueño sin voces ni gritos ni imágenes y se despierta con el alba y Adela ya se ha ido, igual de sigilosamente, igual de silenciosa. La primera noche ni siquiera oyó la puerta ni los pasos. Sintió una mano fría en su sexo y se sobresaltó tanto que casi se le sale el corazón por la boca, pero vio los ojos brillantes de Adela en la oscuridad, reconoció su olor a humo y a sudor, la entrevió desnudarse completamente al pie de la cama, sintió el calor de su cuerpo al tumbarse encima de él, primero sentarse templada y suave a horcajadas y después dirigir su pene hasta penetrarla. No se sobresaltó cuando la oyó llamarle Miguel ni ella cuando él, en pleno orgasmo, la llamó madre.

A veces Pedro no se queda dormido inmediatamente y Adela tampoco, y hablan como cuando él era un niño y Adela se lo llevaba a la cabaña abandonada a la salida del pueblo y le contaba sus cuitas. Se queda poco tiempo más en la cama de Pedro porque siempre está inquieta por si el niño se despierta, aunque nunca lo hace. Es tan inocente, le dice Adela, que ni siquiera tiene pesadillas ni se despierta por las noches, duerme como un ángel. Hablan en la oscuridad, con voz muy queda, y Adela le cuenta que tiene miedo por Andrés, por lo que será de su vida cuando ella no esté. Adela teme por su futuro, cómo se ganará el pan. Pedro la tranquiliza y le dice que mientras él tenga cabras, no pasarán hambre, y que siempre las va a tener porque quién le va a reclamar a él las cabras de Teresa, quién.

Cuando encontraron a Teresa muerta en el monte nadie le exigió nada. Fue Juana quien, buscando hierbas por la mañana temprano, se la encontró cubierta de rocío y acurrucada bajo un nogal. Juana buscó a Pedro en la cuadra, donde sabía que estaría ordeñando las cabras: Pedro, hijo, la Tere debió salir anoche confundida, se quedó dormida bajo el nogal grande camino del pedregal y me la he encontrado ahí, la pobre, ya sin vida. Pedro dejó de ordeñar un momento. Ve a decírselo al cura, contestó, y siguió a lo suyo. Antes de que llegaran los hombres con el cuerpo de Teresa y las mujeres comenzaran a velarlo, Pedro entró en la casa. Recorrió el pequeño espacio con la mirada, el fogón que Federico regaló a su madre, la mesa de castaño sobre la que apoyó tantas veces los codos mientras aprendía a escribir y leer o mientras cenaba en silencio con ellos tres, el rincón que, separado por una cortina, servía de habitación a José mientras Federico vivió en la casa. Se quedó un rato sentado en su silla, acariciando la grieta que tantas otras veces había acariciado, que parecía ahora más desgastada que nunca. Después entró en la habitación de Teresa. Abrió su armario. En él colgaban el vestido negro de los domingos, un abrigo raído, un vestido de verano, un jersey gris, un traje de hombre, posiblemente de aquel hombre que fue su marido y Pedro no llegó a conocer y que decían que era un hombre bueno, pero a saber a qué llaman bueno en este pueblo, pensó Pedro. En el fondo del armario, una caja con dos blusas que en algún momento fueron blancas, una vieja mantilla negra y, al lado de la caja, los zapatos de vestir ya deformados por el uso. No quiso Pedro abrir el cajón de la ropa interior ni rebuscar entre sus objetos personales. Sacó el vestido negro del armario y lo extendió sobre la cama, los zapatos de vestir los dejó al pie. Contempló unos segundos la única fotografía que había sobre la mesilla de Teresa: un retrato de Federico vestido de militar en el que Pedro vio reflejado su propio rostro. Desmontó el marco, sacó la fotografía y la introdujo con cuidado de no doblarla en el bolsillo del pantalón. Después, la guardaría entre las páginas del libro que Teresa le regaló tras la desaparición de Federico, seguro que le hubiera gustado que lo tuviera, le dijo ya hace cinco años. Salió de la habitación de Teresa y pasó de largo la de José que había ocupado un tiempo Federico. Fregó los cacharros que se habían acumulado en la cocina, pasó un paño al fogón, a las encimeras de mármol y a la mesa de castaño, barrió el suelo y dejó la puerta abierta al salir.

Ahora, mientras Adela reposa la cabeza en su pecho, le dice con tranquilidad que nadie va a reclamar las cabras de Teresa, que pase lo que pase, él siempre cuidará de Andrés.

## 32

A Eloy le han pedido que vuelva a la oficina. Que no rinde lo mismo, dicen, que algunos clientes no están cómodos tratando temas delicados en el chat, que ha cometido más errores últimamente, que no ha resuelto varios conflictos de impagos y otras gestiones en las que es importante el cara a cara. No tengo opción, dice Eloy, tengo que volver.

Los primeros días la discusión entre Ariadna y Eloy gira en torno a lo mismo:

—¿Y no puedes negociar ir un par de días a la semana?

—Ya me han dicho que no.

—¿Y tres días?

—Tampoco. Jornada completa en oficina o nada.

—Pero es que ya hemos preparado la huerta.

—¿Y?

—Pues eso, que no nos podemos ir.

—¿Una huerta vale más que el trabajo en el que llevo más de veinte años?

—Pertenezco a este lugar.

—No vuelvas con esa matraca. Lo mismo podríamos haber acabado en otro pueblo pensando que era el de tu padre y sentirías exactamente lo mismo.

—A veces eres un capullo, Eloy.

—Y tú una irracional.

—Te tendrás que ir tú, yo me quedo.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?

—Perfecta cuenta.

Cuando la discusión, con alguna variante, llega a ese punto, acaba con uno de los dos yéndose a dar un paseo. A la vuelta, el silencio. Pasan unos días sin salir de ese bucle, hasta que una mañana, se produce un avance. Están desayunando en la mesa de la cocina, hace tiempo que Eloy no sube el desayuno a la habitación.

—¿Cuántos años llevamos juntos, Eloy?

—Llevo contigo tanto como en el trabajo.

—¿De verdad no eres feliz aquí? ¿Quieres renunciar a lo que hemos construido estos meses?

—Pero de qué me hablas...

Ella toma un sorbo de café, apenas ha dado un par de mordiscos a su rebanada de pan. Eloy ya ha acabado la suya y casi terminado el café. Ariadna teme que se levante y se vaya, como tantas otras mañanas. Pero Eloy se queda. La mira jugueteando con la tostada. Se decide.



—Me cansa, Ariadna, me cansa estar aquí. Me cansa que seas la única persona a la que veo en días y días. Me cansa que cada vez que quiera ir a la ciudad encuentres mil excusas para no ir.

—Si no ves más gente es porque no quieres. Mira yo, cuánto tiempo paso con Piluca y Baldomero, incluso con Cecilia ya tengo buenas charlas y a Andrés me lo tengo ganado, sólo me queda...

Eloy se levanta bruscamente de la mesa y la interrumpe.

—No me estás escuchando.

Ariadna se queda en silencio, alisa el mantel, recoge unas migas de pan con la mano, las echa en el plato sobre la rebanada mordisqueada.

—Me cansas tú. No eres suficiente para mí. No puedo pasar el resto de mis días en esta casa.

—No tiene por qué ser esta casa.

Eloy levanta los brazos y hace un par de aspavientos exagerados. Se aleja de la mesa, se vuelve a acercar y se sienta de nuevo frente a Ariadna. Habla con firmeza, sin levantar el tono, como si estuviera hablando con uno de sus clientes morosos.

—No lo entiendes. Fue un error venir aquí. Me dejé convencer. Esto no tiene sentido. No tiene sentido seguir.

Ariadna asiente, niega. Coge la rebanada de pan. La deja.

## 33

La Mariana es la más vieja del rebaño, tiene por lo menos mis años, dieciocho. Las otras dos de su edad murieron durante el último invierno. Estaban tan flacas que no tenían ni para un caldo, aunque la Teresa si hubiera estado viva, bien las habría aprovechado. Esa sacaba a todo hasta el último gramo de grasa, la última gota de jugo. Todo lo que se movía era para ella una fuente de aprovechamiento, hasta que se le fue la cabeza detrás de sus hijos. Teresa se le parecía a la Mariana. Flaca y vieja. Y como ella, también se rozaba con las esquinas, cuando pensaba que yo no la veía. Hasta que me vio que la veía y ahí dejó de rozarse con las esquinas e intentó rozarse contra mí. Me acaban de salir los pelos y la leche, cuatro gotas, pero ya se me ponía dura como una vara, sobre todo cuando pensaba en Adela. La otra no había dejado de acariciarme como cuando era niño, de ponerme de vez en cuando la cabeza entre sus tetas. Cuanto más crecía yo, mejor me encajaba ahí la cabeza. A mí siempre me había gustado eso, le abría la camisa, metía la nariz entre sus tetas y aspiraba hondo, y ella me acariciaba el cogote y empujaba para que no me separara y suspiraba. Lo hacía cuando no estaban ni José ni Federico y me ponía duro y alguna vez ella me rozó con su mano, así que sabía muy bien lo que hacía. Por eso tenía tantos celos de Adela y anduvo poniendo a todo el pueblo en su contra, porque sabía lo mucho que a mí me gustaba. En esa época era como La Mariana, sí, la reina del rebaño. La Mariana ganaba a todas a topetadas, pero ahora que está vieja y que no puede con los cuernos la tengo que encerrar aparte porque si no las otras me la matan. Y a mí nadie me mata una cabra. Si muere, que sea bajo mi cuchillo, que sea yo quien presiona su cuello y hunde el filo en su piel, en su carne magra, en su vena, quien huelga su miedo, quien la sujete mientras se desangra poco a poco, quien sienta cada vez más espaciados los latidos de su corazón.

Cuando lo haga me tendré que asegurar de que Andresito no lo ve. Adela tiene razón, va a sufrir mucho esta criatura. A su edad yo ya había perdido a padre y madre y salía al monte con José y con las cabras, pero Adela piensa que es demasiado joven. Más bien es demasiado poca cosa. La Mariana es más alta que él. Todo le da miedo, hasta las hormigas. Los mozos de su edad, como Baldomero, andan quemando hormigueros y él se espanta sólo de verlos. Hasta las niñas tienen más arrestos que él, como la pequeña Cecilia, que se vino a ver el hormiguero ese grande que han hecho al lado del huerto, yo nunca había visto cosa igual. Estaba jugando con Andresito y ya le dije, que si su madre se entera que anda visitándonos, la muele a palos, pero a la niña no le importa. Nos acercamos a ver el hormiguero y Andresito debió pensar que era una montaña de tierra pero cuando vio que se movía y que esa masa marrón eran las propias hormigas me miró espantado, dio un grito y salió corriendo. Y la otra, Cecilia, ahí se quedó, metiendo un palito en la

montaña de hormigas, fascinada por el movimiento. Pero Andresito no paró de correr hasta que se encontró con su madre, que se puso conmigo como un basilisco, que para qué le enseñaba al niño eso, que luego no había quien le sacara el susto del cuerpo, que si yo no lo entendía a ver quién lo iba a entender. Esa noche no vino a verme, pero a la siguiente sí. Me pidió perdón por haberme gritado y me dijo lo mismo de siempre, que le preocupaba el niño, que qué iba a ser de él, y lloró como cada vez que piensa en el futuro. Y yo la intenté consolar y decirle que me tienen a mí y ella que sí, que yo ya soy todo un hombre pero que no le puedo dar esos sustos al niño, no vaya a ser que.

## 34

Baldomero protege a Andrés allí donde Pedro no llega. Lo quiere como si fuera su hermano pequeño, a pesar de que tienen la misma edad. Baldomero tampoco tiene padre, pero no porque se le desconozca sino porque murió tuberculoso dos meses antes de que él naciera. A la madre de Baldomero le queda una pensión, seis vacas, dos cabras y cinco hijos, de los cuales Baldomero es el pequeño. A veces acompaña a sus hermanos con las vacas, pero la madre prefiere que vaya a la escuela que ha habilitado el cura al lado de la iglesia, en un antiguo galpón que durante los años de la guerra se usó como calabozo y para otras cosas que los mayores del pueblo prefieren no recordar. Los que a su pesar recuerdan, esperan que las risas de los niños operen su milagro y borren el pasado. Mientras llega un maestro, el cura junta ahí a todos los niños del pueblo y alrededores, desde los más pequeños hasta los adolescentes, para enseñarles a leer, escribir, sumar y restar. Al cura le gustaría separar a los niños de las niñas, como la decencia manda, pero de dónde va a sacar tiempo él para educar a tanto chiquillo, si algunos vienen hasta de los otros pueblos. La solución es dividir el aula en dos partes diferenciadas: dos filas de pupitres de niñas a la izquierda y dos filas de pupitres para los niños a la derecha. Tienen prohibido hablar entre ellos, incluso mirarse, bajo pena de una buena tanda de varillazos. Andrés llora cuando Adela lo lleva por primera vez a la escuela, él se quiere ir con Pedro y las cabras, pero su madre ruega al cura para que el niño se quede, que algo aprenderá. El niño llora y Adela también porque aunque sabe que hace lo correcto, le aterroriza dejarlo solo con los otros niños en ese lugar donde a ella le pasó lo que le pasó. Porque por mucho que haya transcurrido más de una década, por mucho que lo hayan remozado y encalado sus paredes, por mucho que hayan abierto las ventanas y haya desaparecido la jaula donde ella estuvo encerrada, los recuerdos de Adela se despiertan intactos al traspasar el umbral para hablar con ese hombre que nunca ha dejado de mirarla entre la pena y el desprecio. El cura acepta a Andrés como pobre criatura que no tiene culpa de los pecados de la madre y ella acepta el insulto y se va, tragando lágrimas, por donde ha venido.

Los niños de la edad de Andrés le llevan dos cabezas y ya empiezan a tener sombra en el bigote. El primer día Baldomero se pelea con todos los que llaman a Andrés memo, burrico, hijodepú, tontolaba, pasmao y le quieren obligar a sentarse con las niñas. Andrés llora asustado, Baldomero reparte tortas y empujones, al que le toque un pelo, le saco un ojo con un palo, sienta a Andrés en el pupitre de al lado suyo, ha dejado de llorar y sonrío y balancea sus piernitas flacas que no llegan a tocar el suelo. A partir de ese día, todas las mañanas pasa a buscarle a casa a las nueve menos cuarto y lo devuelve, sano y salvo, a las dos y cuarto. Cuando Adela no le prepara bocadillo para el recreo, Baldomero comparte el suyo con él.

Baldomero tiene prohibido acercarse a Pedro, el vive-aparte. Se lo han prohibido su madre, su hermana, que manda en casa lo mismo o más, su hermano, que hace las veces de padre. Cuando Baldomero pregunta por qué, ellos dicen que es una alimaña, un arrendajo, como decía la pobre Teresa en sus últimos días cuando vagaba ida por el pueblo, que en paz descansa. Y Adela, una mala mujer, una pobre perdida. A esa tampoco ni acercarse, le dicen a Baldomero. Él insiste en que Andrés es bueno, que el cura lo dice, que es un inocente. Entonces ellos reconocen que es de buenos cristianos cuidar de la criatura, que bastante ha pagado los pecados de la madre. Y así, cuando Baldomero va a buscar a Andrés o a dejarlo en casa después de la escuela, apenas mira a Adela porque le asustan sus ojos, además de todos esos pecados que debe de tener encima. Pero ella insiste en acariciarlo y abrazarlo y en llamarlo ángel de la guarda. Y cuando se encuentra con Pedro y este le sonrío y le da un pedazo de queso o incluso alguna vez una naranja, Baldomero se encoge y mete la cabeza entre los hombros. Lo que no puede evitar es sentarse con los demás niños cuando Pedro les cuenta una historia. Él es el que más aguanta, hasta el final, aunque cuente la de la niebla eterna en la que se pierden los hombres o la de los agujeros infinitos de la nada.

## 35

La marcha de Eloy se produce a cámara lenta. Ariadna le deja que se tome su tiempo. Dos mudanzas en poco menos de un año no se las desea a nadie, tampoco a Eloy. Han superado la etapa de los reproches, de las discusiones encendidas y de los silencios hoscos. No es lo mismo romper por primera vez que confirmar una ruptura anunciada. Aunque se trataban de marido y mujer, nunca se casaron, así que no necesitan contratar abogados ni arreglar papeles. La casa en la ciudad es de él y suyos han sido todos los gastos para mantenerla, cada uno tiene sus cuentas, la cuenta común la dividen en dos, no tienen nada más salvo el viejo coche que posiblemente no pasará la siguiente revisión. Eloy se lo regala a Ariadna. Los libros son casi todos de ella, los CDs de él, excepto los de música clásica. Ariadna también se queda la vajilla y todos los enseres de cocina nuevos. Él tiene un buen sueldo, ella no. Él se ofrece a ayudarla con algún gasto, ella rechaza la oferta. Él no se acaba de creer que ella se quede en el pueblo, ella no tiene ninguna duda. Los dos se congratulan de lo civilizados que son, de lo fácil que se lo ponen el uno a la otra y viceversa. Él despliega su lado más cariñoso y comprensivo durante los días que negocian la separación, siente de vez en cuando una punzada de culpabilidad, ella ratifica así que estos últimos meses de convivencia fueron, como temió en algún momento, una limosna. Él avisa a sus amigos de que vuelve a la civilización, ella se empadrona y empieza a buscar un perro en las páginas web de las protectoras de animales de la zona, los amigos mutuos van repartiendo su comprensión y complicidades con uno u otra. Él no vuelve a tener el ceño fruncido, ella llora a escondidas un par de veces al día. Una mañana luminosa de verano Eloy mete sus últimas pertenencias en el coche de alquiler. Ariadna le ayuda a cargarlo y en el último momento le niega el abrazo y se da la vuelta y entra en su casa.

## 36

Cuentan que cuando soplaban el viento frío de las montañas, los habitantes de Pueblo Chico se encerraban en sus casas y ponían mantas, toallas y trapos en todas las rendijas de las ventanas y las puertas. No importaba cuánto se esforzaban en taparlo todo, su aullido en los tejados era suficiente para trastornar a niños, mujeres y hombres. Hubo un año en el que el viento no paraba de soplar, pasaban las horas, los días, las semanas, y el viento helado ahí seguía, imparable, sin dar un respiro. Las vacas empezaron a volverse locas, a cavar con sus hocicos agujeros en la tierra, como si quisieran esconder en ella la cabeza y huir así del silbido continuo. Echaban a correr, se abalanzaban unas contra otras, pisoteando sin querer a las jóvenes terneras, dándose cornadas violentas. Los pastores apenas podían controlarlas, sus voces se perdían en el viento, sus varas no bastaban para contener la desesperación de los animales.

Los habitantes de Pueblo Chico ya habían perdido en el viento la cuenta de su tiempo cuando una madrugada las vacas empezaron a caminar lentamente hasta el desfiladero de la sierra. Al llegar al borde del precipicio no se detenían, sino que seguían dando pasos en el aire, como si pensarán que iban a ser acunadas por el viento y no mugían ni se agitaban y se quedaban suspendidas unos breves segundos y después se las veía caer, lentamente, seguidas de sus terneras, cientos de vacas que ya no parecían desquiciadas, sino serenas en su decisión de acabar reventadas al pie de la montaña.

Esa misma mañana las miradas entre los vecinos de Pueblo Chico eran aviesas, nadie hablaba por la calle porque sus gargantas se habían quedado sin sonido de tanto hablar a gritos. El viento se les había metido dentro a través de sus sueños y pensaban que habitaban el mundo de las pesadillas. Así lo creyó Faustino, que cuando se despertó esa mañana repetía en sus adentros lo que el viento le había dicho durante la noche: tu mujer te engaña. ¿Con quién? Le preguntó Faustino al viento. Conmigo, le respondió. Mientras esperaba a que su mujer le sirviera el desayuno, Faustino la contemplaba hacer: cómo cogía los troncos de leña y los metía en el fogón de la cocina, cómo calentaba la leche y preparaba las gachas, y cómo, de vez en cuando, se giraba a mirarlo a él y Faustino veía en sus ojos el ardor del viento. Faustino desayunó con el silbido metido en los tímpanos. Esta vez no se iba a conformar con un puñetazo, unas patadas en el vientre o unos golpes de cinturón. Al acabar el desayuno, cogió a su mujer del brazo y salió con ella, así agarrada, hasta la plaza del pueblo. Allí quiso gritar ante todos su vergüenza, pero ni él encontraba la voz ni los vecinos hubieran podido escucharle porque estaban tan llenos de viento como él. Su mujer lo miraba risueña, sin el menor gesto de preocupación o dolor por la garra que

sujetaba su brazo. Faustino la obligó a empujones a subir la escarpada cuesta hasta la montaña. Así la iba empujando, cada vez más fuerte, contra el viento y el viento la penetraba a ella y la llenaba de gozo porque ella sabía lo que iba a suceder en cuanto alcanzaran la cima. Allí llegaron y allí vieron desaparecer, en el horizonte que se abría al borde del precipicio, a la última ternera. Faustino siguió empujando a su mujer hasta ese mismo borde, mientras gritaba sin voz tú me has engañado, puta. Y la empujó con fuerza y su mujer se rió y se quedó suspendida en el aire, atravesada por el viento y desde allí saludó sonriente a su marido que, desconcertado, sintió cómo la tierra desaparecía bajo sus pies y cómo el estómago se le subía hasta el cuero cabelludo y contempló a su mujer que seguía ahí suspendida en lo alto y escuchó ya no el viento, sino su carcajada, que en realidad era lo mismo y volvió a mirar hacia abajo y vio reventados los cuerpos de las vacas que pronto amortiguarían su golpe.



## 37

Adela lleva mucho tiempo sin apenas levantarse de la cama. Ha perdido la cuenta de las horas, los días, las semanas, los meses. Los días no se diferencian entre sí, no importa si hace frío o calor, si nieva o si han salido las flores de los perales y almendros, si han llegado los calores que llenan el pueblo de moscas y avispas. La vida pasa frente a Adela y ella sólo siente dolor, un dolor profundo que está en todas las partes de su cuerpo y al mismo tiempo en ninguna, que la paraliza e imposibilita su movimiento. ¿Dónde te duele hoy, madre? Le pregunta Andrés cada mañana cuando le lleva el tazón con agua de achicoria caliente. Ella le mira con sus ojos hundidos que ya no reflejan ninguna luz, ve que ese niño que decían que no iba a sobrevivir se ha convertido en un hombre, enjuto y chiquitín, pero un hombre. Le lleva la comida a la cama todos los días, le lava el pelo y le prepara el baño las raras ocasiones en las que ella desea lavarse, cambia sus sábanas una vez a la semana. Andrés lava la ropa, la de su casa y la de Pedro, en el lavadero de piedra junto a las mujeres del pueblo. Le hacen mil preguntas sobre sus vidas, que si ya no va a la escuela que si qué tal Adela que si Pedro les cuida que si cuánto pasa por la casa que vaya qué bien vive que le tiene a él para lavarle la ropa que si ha matado algún cabrito. Andrés contesta sin discernir si hay buen o mal sentido en sus preguntas, se ríe con ellas sólo por escuchar el sonido de su propia risa, se deja ayudar cuando se le acumula la ropa y se le entumescen las manos con el agua fría. Andrés se siente bien entre esas mujeres que hablan delante de él como si fuera una más o como si no estuviese ahí o como si no importara lo que él piensa. Andrés no tiene tiempo para mucho más que cuidar a la madre, hacer las labores de casa, encargarse de las gallinas y si sobra algo de tiempo, del huerto de Pedro, que los alimenta a los tres. No es que quiera ir a la escuela donde él por más que se empeñe no aprende y donde ya no está Baldomero porque ha aprendido todo lo que tenía que aprender, lo que realmente le gustaría es pasar el día por el monte con las cabras y Pedro, pero los dos saben que no pueden dejar sola a Adela. Andrés se ha convertido en la madre y Adela en su hija débil. La vida se ha invertido y ahora es él quien sufre preocupado por el futuro de ella. Intuye, en realidad, que su madre no tiene futuro. Se esmera en cuidarla porque piensa que todo su amor pesa más que las dolencias. No sabe Andrés que hay heridas que no tienen cura, que no se ven en el cuerpo pero están ahí, abiertas, aunque el médico de Pueblo Grande las niegue. Si estuviera Juana viva, piensa Andrés, esa sí que la curaría, que era mucho más lista que este lechuguino.

Pedro les visita todos los días. Les lleva queso, leche, carne de res que Andrés no sabe de quién consigue, hasta naranjas les lleva, y también patatas y coles y judiones y garbanzos. Adela a veces no quiere verle y le dice a Andrés que no lo meta en la habitación, otras veces sí y Pedro se

sienta a los pies de la cama y hablan en susurros durante mucho tiempo. Andrés no pregunta a Pedro qué le cuenta, pero siempre sale de la habitación con los ojos hundidos, como si de la mano de Adela hubiera visitado lugares muy oscuros.

Una mañana fría de primavera, después de una noche en la que no para de llover y de azotar el viento, nada más abrir los ojos Pedro se asoma al ventanuco que da a la huerta. Una neblina suave se desvanece con la luz del amanecer. En medio del prado, el gran peral aparece luminoso, sus flores blancas resplandecientes y todavía mojadas reciben los primeros rayos del sol. Al pie del peral una silla de enea caída, y en su rama más gruesa, oscilando levemente, Adela. El pelo negro cubre su rostro, el camisón blanco pegado al cuerpo delgado sólo deja ver sus pies suspendidos en el aire, sus pequeños dedos estirados, como queriendo tocar el suelo. Pedro se lava minuciosamente, se afeita, se pone su mejor traje, se peina los rizos rebeldes. Coge la escalera y se dirige al peral. Coloca la escalera por detrás del cuerpo de Adela, a quien no mira, no toca, no dirige una palabra ni un reproche. Adela ha calculado bien la altura, no se ha complicado mucho: una cuerda gruesa y corta, un nudo simple. Pedro corta la cuerda, el cuerpo cae grácil contra el suelo. Unos centímetros menos y no hubiera conseguido matarse. Qué hacer con el cuerpo, con esa cara desencajada y esos ojos desquiciados. Pedro no tiene tiempo de decidir. Escucha los gritos de Andrés llamando a su madre. Ha debido salir a la calle al no encontrarla en la cama. Le escucha llamar a su puerta, todavía gritando. Ve a Andrés saltando el pequeño muro, corriendo a través de su terreno, tropezando con las raíces, su cara de espanto incluso antes de encontrarse con la de su madre. La desesperación, el llanto, Andresito que no entiende la muerte. Los vecinos han salido de sus casas al oír los gritos, han seguido la voz de Andrés y ahora están ahí, a unos metros de distancia santiguándose, susurrando la desgracia unos a otros. Ellos se encargarán de llamar al cura para que avise al alguacil de Pueblo Grande, los que dictaminen que se veía venir y expliquen entre ellos y a todos los que quieran oír, los porqués de que Adela eligiera el peral del vive-aparte para colgarse.

Pedro y Andrés preparan el cuerpo de Adela. Su único vestido sin manchas ni remiendos es negro y no quieren enviarla de luto a la otra vida. Sus zapatos están deformados y llenos de agujeros y tampoco quieren que vaya como una pordiosera. Eligen su mejor camisón blanco, la dejan descalza y adornan su pelo con una corona de narcisos. Nadie les acompañará velando su cuerpo, no habrá funeral en la iglesia ni un lugar para ella en el cementerio. Tendrá su propia tumba y su lápida siempre cuidada, con flores frescas cuando el campo las regale, al otro lado de la tapia. Sin nadie que la moleste y con dos espacios reservados, uno a su derecha, el otro a su izquierda.

## 38

Ariadna espera con el resto de las mujeres al panadero en la plaza.

—Qué buen aspecto tienes, muchacha, cada día estás más guapa y más joven, le dice Piluca.

Ariadna se ríe, sabe que se lo dice pensando que necesita halagos y piropos. Todo el pueblo se ha enterado de que Eloy la ha dejado, algunas mujeres la miran con pena, como si hubiera enviudado. A tu edad, le dijo Petra, es casi lo mismo. Ariadna se imagina a sí misma vestida de negro, con una mantilla sobre la cabeza, con zapatos planos y un rosario en la mano. Sonríe ante su propia ocurrencia, aunque no puede evitar sentir una ligera punzada al imaginar el resto de su vida sin más compañía que sus queridos ancianos y el perro que por fin acabe adoptando. Ven a Lolo acercarse al tablón de anuncios, en el que cuelgan las últimas resoluciones del ayuntamiento que incluye a todos los municipios de la sierra. Arranca el papel y se lo lleva.

—Y a este qué mosca le habrá picado ahora, dice Piluca.

—Es lo de la cruz —le contesta Petra—, que dice ahí que la van a quitar.

—Ya era hora, dice Ariadna.

—Espérate que todavía no la han quitado, a ver qué pasa, dice Piluca.

—A ver, yo lo que no sé es a quién se le ocurrió esta tontería, si aquí nadie se acordaba ya de todo eso, dice Petra.

—No está bien que eso siga ahí. Y algunos sí que se acuerdan, que dejan flores y la cuidan, responde Piluca.

—Calla, que ahí viene Cecilia, dice Petra.

Todas callan. Cuando llega Cecilia se saludan, comentan el buen tiempo y lo bonito que está el campo después de las lluvias. Poco después, escuchan el panadero tocando el claxon y lo ven entrar en la plaza, seguido por varios perros que lo acompañan con sus ladridos. Se arremolinan alrededor de él. Ariadna compra una barra que acabará compartiendo con los gatos y con el burro Marcelo, a quien se promete visitar esa misma tarde. Piluca compra dos hogazas. Cuando Ariadna se va a despedir, Piluca le tiende una de las hogazas.

—¿Te importa llevársela a Pedro? No está muy bien estos días. Igual le vendría bien una visita.

—No sé, Piluca, me da apuro ir a su casa.

—Está Andrés, no te preocupes. Iba a bajársela yo, pero anda, ve tú, así le entretienes un rato.

Ariadna baja la cuesta despacio hasta la casa de Pedro. Toca suavemente la puerta. No hay respuesta. Toca un poco más fuerte. Abre Andrés.

—Toma, Piluca me ha pedido que os baje la hogaza.

—Pasa, mujer, no te quedes en la puerta.

—No, si no hace falta...

—Que pases, habla un rato con Pedro.

Ariadna entra. Sus ojos se tienen que acostumbrar a la penumbra.

—Está oscuro porque le duelen los ojos, susurra Andrés.

El espacio consta de una cocina amplia en la que hay una mesa con bancos de madera y de una pequeña sala con un sofá y un sillón. Pedro está sentado a la mesa de la cocina. Parece no advertir la presencia de Ariadna.

—Buenos días, Pedro, ¿cómo está? Le traigo el pan. Me manda Piluca.

—Siéntate. ¿Quieres un café con leche?, pregunta Andrés.

—No, si ya me voy...

Pedro levanta la cabeza y sonríe.

—Qué lista esta Piluca.

Ariadna hace un gesto de no entender, mira a Andrés que sonríe pero sus ojos la evitan.

—Tengo algo para ti, le dice Pedro.

Se levanta con dificultad de la mesa.

—¿Dónde vas, hombre?, le dice Andrés mientras le agarra de un brazo.

—Llévame al cuarto.

Andrés deja que Pedro apoye todo su cuerpo en él. Es tan poca cosa que parece que en cualquier momento van a caer los dos al suelo. Ariadna observa cómo se dirigen lentamente al pasillo que lleva a lo que imagina es una pequeña habitación. Oye ruidos, los dos hombres que susurran, y pocos minutos después, reaparecen en el pasillo y retoman su lento caminar hasta la mesa de la cocina. Ariadna se levanta para ayudar a Pedro a sentarse. Ella queda de pie, frente a él. Él extiende su mano hacia ella.

—Esto es tuyo.

Es una vieja fotografía de un joven con uniforme militar. Ariadna la toma, mira extrañada a Pedro.

—¿Quién es?

Pedro no responde. Andrés ha dado varios pasos para alejarse del espacio de la cocina, permanece en la sombra del pasillo.

—¿Quién es, Pedro?

—¿A quién se parece?

—Yo qué sé.

—A ti. Eres tú.

Ariadna da la vuelta a la foto. En el reverso, una dedicatoria «A mi querida madre, de su hijo que la añora». Firmado: Federico; fecha: 27 de febrero de 1937.

—Andrés, ¿quién es este Federico?

Se acerca al pasillo para ver mejor a Andrés. Está apoyado contra la pared, llorando en silencio.

—No pasa nada, Andrés, no se preocupe. Ya me voy.

Sale de la casa sin despedirse. Se lleva la foto con ella.

—¿Por qué me has hecho ir donde Pedro?, Ariadna le espeta a Piluca según abre la puerta de su casa.

—Ay, muchacha, no te pongas así, pasa.

Ariadna da un par de pasos y se queda en el pequeño recibidor. Piluca la empuja suavemente para que suba el peldaño y pase al comedor.

—Siéntate, anda. Deja que te haga un café.

—Que no quiero café, qué perra con el café.

—Igual eres tú la que tiene que dar alguna explicación, muchacha.

—¿De qué?

—De quién eres.

—Mejor me haces ese café.

Mientras Piluca prepara la cafetera Ariadna cuenta lo que sabe: que su padre nació en este pueblo, pero no sabe a qué edad se fue, que antes de morir le contó cosas, pero que era todo muy confuso, que lo único que ha descubierto visitando el cementerio es que su abuela Teresa no murió durante la guerra, como contaba su padre, sino en 1948 y que su abuelo José tampoco murió en la guerra sino antes, en 1932, justo antes de nacer su padre, que también se llamaba José. Piluca no la interrumpe. Se sienta junto a ella mientras deja que hierva el agua de la cafetera.

—Y ahora Pedro me da esta foto. Un tal Federico. Y me dice que soy yo.

Piluca toma la foto, la contempla, se la devuelve a Ariadna.

—Nos tenías que haber contado de qué familia eras.

—Tampoco sabía qué contar.

—Por fin apareció José.

—Pero ¿quién es este de la foto?

—Tu tío, el hermano de tu padre.

—Nunca dijo que tuviera un hermano.

—Desapareció en la sierra, antes de que se marchara tu padre.

—Pero ¿cómo sabe Pedro que yo...?

—Siempre ha visto lo que los demás no podemos ver.

Sube el café, Piluca lo prepara en silencio.

—¿Dónde está Baldomero?

—Ha ido con Antonio a Pueblo Grande. No volverá hasta la tarde.

Ariadna entiende que Piluca la acaba de invitar a una larga conversación.

—Cuéntame, Piluca, todo lo que no sé.

## 39

Está oscuro y huele a humedad. Da igual tener los ojos abiertos o los ojos cerrados. Mejor tenerlos cerrados porque si los aprieto mucho veo chiribitas. Si los abro, no veo nada. No tengo miedo. Me gustaría ver porque quiero encontrar lo que estoy buscando. Extiendo los brazos. Recuerda: los brazos siempre extendidos para que el pozo no te engulla. ¿Están aquí? ¿Madre? ¿Padre? A ti no te busco, Federico, yo ya sé que tú sí estás aquí. Vete, que no me dejas ver. Siempre que entro aquí me haces lo mismo, Federico, esa es tu venganza. No me dejaste saber cuando estabas vivo y tampoco ahora que estás muerto. Absorbes tú toda la luz y no me dejas ver nada más. Y eso es injusto, Federico. Yo sé cómo acabaste aquí, tú no estás desaparecido. Sí, es verdad, para tu madre sí lo estás, pero ella también está muerta. No está aquí contigo, lo sé. Este es tu castigo. No volverás a ver a la Teresa, pero ¿ves a mis padres? ¿Estás con ellos aquí abajo? Tu silencio te mató, no yo. Yo sólo fui la mano de tu silencio porque tu silencio y yo estábamos unidos por lo que hicisteis a madre, a padre, lo que le hacías a Adela, que yo lo sabía, Federico, yo sí lo sabía. Vete, déjame verlos, déjame escucharlos y que me cuenten cómo acabaron, qué sufrimientos padecieron, si pensaron en mí antes de morir. O dime tú si es verdad todo eso que me contó Adela antes de morir o fueron cosas de su mente, que estaba entonces tan oscura como este pozo. Estoy cansando de tanto no saber.

## 40

Baldomero se casa y Andresito tiene celos de la Piluca, pero yo le digo que qué esperaba. Baldomero no es como él, no va a estar soltero toda la vida. Quiere hijos, una mujer que le acompañe. Andresito dice que para qué quiere una mujer, pero eso lo dice porque no ha catado ninguna. No seré yo quien se lo explique porque le tendría que hablar de Adela. No ha habido otra y no la va a haber, salvo las visitas que por necesidad hago a Pueblo Grande. Un día le dije vente conmigo, Andresito, que te invito yo, pero él erre que erre que no, que para qué, que esas cosas no le gustan, que qué asco. Al principio pensé que era porque no hacía tanto que había muerto Adela, cuando yo tenía su edad ya andaba entre las sábanas con ella. Pero él es diferente, no se acabó de desarrollar, ni entonces con quince años ni ahora que tiene diez más. Es tan chiquitín, tan poquita cosa, ni siquiera le ha salido pelo en el cuerpo. Tiene la piel tan suave como la tenía su madre. Pero no es débil, trabaja como una mula y no hay quien aguante las caminatas del monte como él. Es feo como un demonio, narizón y ojijunto y con esas orejas que si se las estirara para atrás se podría hacer un nudo con ellas. Pero los hay más feos en el pueblo y bien que han encontrado moza. Baldomero sin ir más lejos no es una belleza y ahí está con la Piluca, que bien maja es. A mí me alegra que se casen. La Piluca es una buena chica, la recuerdo desde que venía a uña por los montes desde Pueblo Vecino para ir a la escuela. No se me olvidará el día que me preguntó que por qué en el pueblo nadie me quería. Y qué le iba a contar yo. Bien lista que es la Piluca. Ella ya va barruntando cosas. Y ahora me ha invitado a la boda, que sé que es cosa suya, no de Baldomero, pero no iré, qué pinto yo ahí entre toda esa gente, sobre todo con la madre y las hermanas de él, que siempre me han tratado como un apestado. Andresito me dice que si no voy él no va, pero ya me voy a encargar yo de que no falte y que le lleve la cabritilla de regalo, de parte de los dos porque si no, a ver con qué se presenta Andresito a la boda. Anda enfurruñado y triste, por mucho que le digo que Baldomero no va a dejar de ser su amigo porque se case, él sigue con la cantinela de que no lo entiende, que si es por la casa y la ropa, bien podría él ocuparse de esas cosas, que para eso no necesita a la Piluca. A veces me pregunto qué pájaros tiene en la cabeza. Ya le he dicho que ni se le ocurra decir eso delante de nadie en el pueblo y menos cuando va al lavadero. En la próxima visita a Pueblo Grande me lo voy a llevar aunque sea a la fuerza, a ver si con una buena jodienda se le quitan esas tonterías de la cabeza.

## 41

Ariadna aprovecha el día de sol para hacer varias coladas. Ha ido acumulando ropa sucia en tres bolsas diferentes: una de colores mixtos, otra de ropa negra, otra de ropa blanca. El cesto de la ropa se lo llevó Eloy, un viejo cesto de enea que se deshacía por todas partes. Cuando se conocieron Eloy ya lo tenía, fue uno de los últimos regalos de mi madre, le dijo. Ariadna, que apenas conservaba nada de la suya, se enamoró un poco más de él por el apego a ese objeto tan prosaico. Pero hoy Ariadna no añora a Eloy y menos su cesto de enea. Simplemente está pensando que tendrá que salir del pueblo para hacer alguna compra, como un cubo de plástico, vistoso y lavable, para la ropa sucia. A Ariadna le intriga su propia tranquilidad, el sosiego con el que afronta la nueva situación. Sabe que llegará un día en el que se sentirá sola, que le empezarán a pesar las muertes de sus queridos ancianos, porque salvo Lolo y Antonio el alguacil, ella es la persona más joven del pueblo con una diferencia de por lo menos dos décadas. En Lolo no quiere ni pensar y Antonio posiblemente se irá porque perderá su trabajo si el pueblo se queda sin habitantes. Pero ese día aún no ha llegado y Ariadna está segura de que, pese a todo, quiere quedarse.

A la sensación de tranquilidad le acompaña otra de olvido, como si Eloy nunca hubiera estado ahí, con ella, como si se hubiera mudado al pueblo sola, como si en realidad Eloy fuera alguien perteneciente a otra vida, una vida lejana que no ha dejado poso en ella. Han pasado varias semanas desde que se fue, desde ese momento en que ella le dio la espalda y le negó el abrazo de despedida. Es como si con ese gesto hubiera pinchado una burbuja, roto un hechizo, como si por arte de magia Eloy le hubiera dejado de doler. Como si al decidir irse, se hubiera ido de su vida totalmente, también de su memoria. Eloy ha llamado varias veces, pero ella no ha querido coger el teléfono, y le ha dejado en whatsapp mensajes lastimeros. Tiene gracia, piensa Ariadna, que parezca que ha sido él el abandonado. Para evitar que Eloy crea que no comunica con él por despecho, le deja un mensaje de voz sereno diciéndole, simplemente, que no le apetece hablar con él, que no le necesita ni echa de menos y que espera que se haya reinsertado bien en la vida en la ciudad.

Ariadna tiende la última colada, la de ropa blanca. Ha puesto dos piedras en el pie del tendedero porque el viento sur sopla fuerte. Entre el sol y el viento la ropa apenas tarda una hora en secarse. También ha aprovechado para guardar la ropa de invierno y sacar la de verano y seleccionar las plantas que regalará a Baldomero y Andrés. Ha contado setenta plantas entre tomates, berenjenas, pimientos, calabacines, calabazas, judías y remolachas. Ha hecho una



pequeña selección para ella y ha puesto el resto para los ancianos en una bandeja de plástico.

Encima del escritorio tiene desplegadas las fotos de su padre y de su madre. Ha añadido la foto de Federico. Es cierto que Federico tiene los mismos ojos y la misma nariz que su padre y, por tanto, que ella. Todavía no logra entender por qué su padre asumió la historia de orfandad de Pedro como propia, por qué abandonó así a su madre, todavía en duelo por la desaparición del otro hijo, por qué en sus pesadillas se le aparecía ese otro niño que ahora Ariadna entiende que es Pedro. Piluca insistía en que Pedro nunca le había contado nada a ella, que no sabía más de lo que empezó a escuchar de otra gente del pueblo, rumores e historias llenas de silencios que Baldomero, Petra, Cecilia y los niños de aquella época oían susurrar a los adultos sobre esa extraña familia que conformaban Pedro, Andrés y Adela. Lo que Pedro hizo o dejó de hacer nadie lo sabe, le dijo Piluca. Salvo tal vez Andrés, pero se lo llevará a la tumba, a esa tumba que les espera a cada lado de Adela.

## 42

El cura lleva días y días perdido. Se ha perdido en la niebla, dicen en el pueblo, maldita niebla. Estaba ya muy viejo el cura y no andaba muy seguro de piernas ni de cabeza. Y por si fuera poco, llueve sin cesar y se han anegado todos los caminos. Por fin llegan los guardias para ayudar con la búsqueda. Andrés se pone en primera fila como voluntario. Los guardias lo miran como si fuera un topillo recién salido de la madriguera. Andrés insiste, yo conozco los montes mejor que nadie, bueno, igual mejor que Pedro no, pero mejor que todos estos. Y quién es ese Pedro, pregunta un guardia. Uno que no merece la pena, le responde una voz entre los hombres.

Andrés guía a los guardias por los senderos por donde paseaba siempre el cura y a partir de ahí los guardias recorren en círculos amplios las inmediaciones. Se meten, amarrados con cuerdas y con cascos de minero, en tres de las cuevas verticales del área. Por ahí a veces se cae gente, les dice Baldomero, o eso cuentan. Igual encuentran lo que no quieren, les dice Piluca que se ha unido al grupo de hombres y que después de años en el pueblo conoce bien los rumores y las leyendas de desaparecidos. Pero en las tres cuevas sólo hallan restos de pequeños animales, basuras de algún excursionista. Cada vez que Andrés vuelve de los paseos de reconocimiento, Pedro le está esperando para preguntarle dónde han ido, qué han encontrado, en qué agujero.

Han pasado cuarenta años, ¿qué van a encontrar ahí? Y si encuentran algo, cómo voy a saber si es madre, padre o Federico. Estarán todos sus huesos mezclados, si es que están. O igual no, igual estar ahí abajo no es como estar enterrado del todo y no se han descompuesto, como estará descompuesta Adela. Hoy los sigo a distancia, los del pueblo ya me han visto y cuchichean. Dirán que por qué vengo hoy y no otro día. Andresito sabe y por eso los guía donde yo quiero que los guíe. Lleva a la comitiva por la cuesta de la cañada hasta Cerro Alto, bajan al río, siguen su curso hasta el puente de piedra, lo cruzan y toman el sendero que sube a la Peña Afilada, descienden por la garganta, llegan a su destino. Andresito se lo señala. Los guardias se asoman al agujero, inspeccionan el terreno. Sacan sus cuerdas y abrazan con ellas la gran piedra que usé para esconderme aquel día y atan a uno de los guardias y comprueban que unos nudos corran y que otros estén seguros. Y le ponen un casco con luz en la cabeza y se mete con cuidado en el agujero y desaparece. Todos cuchichean, cuchichean y me miran, Andresito no habla con nadie, me mira con los ojos de Adela. Piluca se acerca y se pone a mi lado. Apenas me roza un brazo, pero sé que es una caricia. No sé cuánto tiempo pasa, un guardia está asomado al agujero y hace un gesto, los otros dos comienzan a tirar de la cuerda, que está más tensa y un rato después asoma el casco por el agujero. El guardia dice que imposible y habla de agua y de corriente subterránea y de la

crecida del río y que si el cura cayó ahí, el agua se lo habrá llevado. Pero yo nunca he oído agua ahí abajo. Todos me miran. No suena a nada, si tira una piedra usted, no suena el agua. Me siguen mirando. Esto sólo pasa cuando llueve mucho, cuando hay crecida en el río y se deshiela la montaña y quién es usted. Yo no soy nadie.

Dicen que en la capital escasean los curas, le cuenta Andrés a Pedro días después mientras acaban de ordeñar las cabras en la cuadra, y que somos tan pocos aquí que no merece la pena enviarnos uno, pero han prometido que vendrá el de Pueblo Grande para funerales, bautizos y bodas. ¿Y a ti qué te importa?, si no te vas a casar y de tu funeral no te vas a enterar. Pero del tuyo sí, que eres más viejo y te morirás antes. A mí no me hagas funeral y me entierras al lado izquierdo de tu madre.

## 43

Ariadna está parada frente a la puerta de la casa de Teresa. Acaricia el pomo de la puerta pero no acaba de girarlo. Ha hecho ese mismo gesto en varias ocasiones, sin saber que estaba acariciando el mismo pomo que su padre tocó infinidad de veces. Se separa y se acerca a la cuadra que, como siempre, tiene la puerta ligeramente abierta. Huele a humedad y a abandono. Está a punto de entrar cuando oye un carraspeo a su espalda. Se da la vuelta y ahí está Pedro, firme sobre sus muletas.

—Buenos días, Pedro. Pensaba que estaba usted enfermo.

Pedro no responde, se acerca un poco más a ella.

—¿Dónde está Andrés?

Le hace un gesto con la cabeza, apuntando a la casa. Ariadna se separa de la entrada de la cuadra y va a echar a andar, pero Pedro se acerca a ella y, con la muleta, le hace un gesto indicándole la puerta de la casa.

—Entra, es tuya.

Ariadna se acerca a la puerta, coge el pomo y lo gira. La puerta no se abre.

—Empuja fuerte.

Ariadna lo intenta.

—Está cerrada, no se abre.

—Empuja fuerte.

Lo vuelve a intentar, la puerta cede y se abre. Ariadna se asoma, se gira para invitar a Pedro a pasar, pero él ya se ha dado la vuelta, se aleja despacio de vuelta a su casa. Ariadna entra, abre una de las contraventanas para que entre la luz. El suelo está salpicado del escombros que ha caído de la parte del tejado que está hundida, el polvo le cierra la garganta y la ahoga, el olor a cerrado le provoca náusea. Vuelve a la puerta y la abre completamente, también un par de ventanas. Inspecciona la cocina, el fogón con la encimera de mármol, la loza de porcelana intacta, los vasos de cristal y de latón, una gran cazuela de hierro. Pasa su mano por una mesa de castaño a la que atraviesa una cicatriz que le recuerda a la de su padre, una cicatriz que con los años se confundía con las arrugas y que, cuando se ponía nervioso, frotaba con furia. La estructura de la casa es parecida a la de Pedro, con una sola planta y un pasillo corto que lleva a dos habitaciones. Abre la puerta de una y encuentra una vieja cama de matrimonio con una colcha que en su día debió ser blanca, las puntillas todavía intactas. La pata derecha delantera se ha roto, con lo que da la sensación de que toda la habitación se inclina hacia ese lado. Ariadna abre el armario. Hay un abrigo negro raído, un vestido de verano azul, un jersey gris, un traje de hombre. Están intactos. En el fondo del armario, una caja de cartón cubierta de polvo. Hay dos blusas que en algún

momento fueron blancas, una vieja mantilla negra. No las toca por miedo a que al hacerlo se desintegren. Abre los cajones de la cómoda. Estos sí están vacíos: ni un papel, ni una carta, ningún objeto que le hable. Sale de la habitación y entra en la otra, más pequeña, con una cama individual en la que parece difícil que quepa un hombre adulto. Abre el armario y encuentra otro traje de hombre, más elegante que el anterior, y unos zapatos apenas usados. Cierra el armario despacio pero aun así salta uno de los goznes, caen los tornillos. Se agacha a recogerlos y ve, debajo de la cama, un bulto verde. Tira de él y antes de abrirlo ya siente un olor que no reconoce pero que sacude su estómago con una fuerte arcada. Se levanta y sale corriendo de la casa. A respirar aire fresco. A respirar aire presente.

## 44

Hoy la niebla me entra en los ojos y como siempre que eso pasa me pregunto si la niebla es sólo mía o está ahí afuera, cubriendo todo el pueblo y cubriendo toda la sierra. La sierra engulle a los hombres los días de niebla, dicen en este pueblo, la sierra engulle a los hombres y a todo bicho que se atreve a caminarla. A todo bicho menos a mí. Yo puedo salir, subir la cañada hasta Cerro Alto, bajar al río, seguir su curso hasta el puente de piedra, cruzarlo, subir la Peña Afilada, bajar por la garganta, llegar. Puedo hacer todo eso sin que la niebla me engulla y sin que los animales me molesten. Puedo hacer todo eso, matar a un hombre y volver a casa tan tranquilo sin que nadie se entere. Hacerlo y que digan que a ese hombre se lo comió la sierra mientras buscaba a un niño perdido. Que el niño volvió, sano y salvo, pero que ese pobre hombre acabó perdido en la sierra y nunca regresó, tal vez comido por los lobos, como aquellos dos soldaditos de los que sólo encontraron la culata de los fusiles, tal vez como el cura años después que a saber dónde acabó. Pero el niño volvió, sano y salvo, abrazó a la madre de ese hombre, la madre que buscó en el niño ajeno consuelo. Ella creyó que se cambiaban las tornas, que ella en su momento había dado consuelo al niño y que ahora correspondía al niño dárselo a ella. Pero se equivocaba de cabo a rabo porque el niño nunca buscó nada y por ello nada encontró, y como el niño nada encontró, nada podía devolver a esa madre que se había quedado sin hijo.

Salgo a la calle. La niebla cubre el pueblo, así que no es la que está en mis ojos, sino la que está ahí afuera. Me acerco a la cuadra y ya oigo ladrar al Negrino y al Ron. Las cabras reposan tranquilas, algunas mordisquean el heno. Dejo salir a los perros, el Negrino se queda a mi lado pero Ron echa a correr cuesta arriba y, antes de llegar yo a la casa de Andresito, ya ha dado la vuelta al pueblo y nos pasa corriendo de nuevo cuesta arriba. Voy a la casa de Andresito para decirle que hoy no salimos con las cabras. Yo puedo recorrer la sierra con niebla, hasta con los ojos cerrados, pero Andresito no, por mucho que él diga que sí. Él, tan pequeñito y tan débil de cuerpo y de mente. Pobre Andresito sietemesino y bastardo. Nos hemos quedado solos él y yo. Si fuéramos mujeres nos dirían que nos hemos quedado a vestir santos. Él por feo y por raro, yo porque para qué. Demasiados secretos para compartir con una mujer, demasiadas herencias, ojo con él, que el mal se hereda, decía el cura. Andresito no ha cambiado nada desde que era niño y se sentaba en el banco de la ermita con Baldomero a escuchar los cuentos de miedo que les contaba. Todavía me los pide, cuando andamos por ahí con las cabras. Cuenta el de los lobos y tu abuelo Agustín, cuenta el de la cabra montesina que anda por montes y valles y se come a los niños a pares, cuenta el del viento que se venga de los hombres malos, cuenta el de las lindes y los pozos oscuros, el del indio cojo y el cura borracho. No le gusta que le cuente el de la mujer que

tiene un hermano al que matan como un perro boca abajo a la orilla del río y que nunca encuentra su cuerpo y que se queda con cara de espanto porque ve la muerte de su hermano en los ojos de un niño. Ese cuento a Andresito no le gusta nada, se le ponen los mismos ojos de espanto que tenía su madre, que seguro que no descansa en paz.

Andresito tiene el sueño pegado a la cara. Por las mañanas parece aún más niño, más poca cosa y eso que ya pasa los cuarenta inviernos. Se alegra de que hoy no vayamos a salir, me dice que entonces se vuelve a la cama a dormir. Le pido que me caliente leche y me haga unas sopas. Él refunfuña pero obedece. Siempre obedece. Su casa está limpia y recogida, más que la mía. Se lo digo y se alegra y me dice con cara de pillo que yo soy un poco gorrino. Es buen cocinero, buena ama de casa. A su madre le quedó suficiente sesera como para saber que su hijo no encontraría una mujer que lo cuidara y por eso le enseñó a preparar una buena comida con poca despensa, a limpiar los fogones con estropajo de lana, a encalar las paredes, a cuidar las maderas de los suelos. Es feo, Andresito, pero está siempre bien afeitado y se corta los pelos de las narices, se lava a conciencia y a diario, la ropa nunca le huele a humo ni a sudor ni tiene manchas ni lamparones como la mía. Las mujeres del pueblo le alaban siempre la limpieza. Si no hubieras tenido tanta prisa en salir, Andresito, qué buen partido hubieras sido, le dicen. Ninguna añade que si alguien en este pueblo hubiera tenido compasión por la pobre Adela, otro embarazo hubiera tenido. Comemos las sopas en silencio, también el Negrino come de la escudilla que Andresito le ha preparado. Ron seguirá por ahí afuera, dando vueltas al pueblo hasta agotarse. Lo encontraré después, aullando a la puerta de casa.

Dejo a Andresito, seguro que se vuelve a meter en la cama. Paro de nuevo en la cuadra. Las cabras siguen tranquilas, la Mocha viene a saludarme. Se está haciendo vieja, la Mocha. Qué poco te queda, Mocha, para que raje con mi cuchillo tu garganta y Andresito te convierta en guiso.

## 45

En el pueblo de las lindes invisibles que marcaban la separación entre ser y no ser hay lugares que recuerdan, lugares en los que si te detienes a escuchar atentamente, hay voces que te cuentan cosas. Pero tienes que querer escuchar. Por desgracia, sólo escuchan los que ya conocen las historias de los lugares. Los demás, los que han causado los hechos o los que saben sobre ellos pero no los nombran por miedo o por vergüenza niegan que existan esas voces. Pero ahí están, en los espacios más profundos, oscuros, más...

En el pueblo de las lindes invisibles hay una era y un galpón donde escucharás una voz que te dice me abandoné a esa fuerza que hurgaba mi cuerpo, a esos labios que babeaban sobre mi boca, a esas manos que me estrujaban los senos. Ni siquiera pude morderle, porque todas las fuerzas cayeron en la postración del... y... cómo seguía... seguía así: Cuando él se había ido dejándola tendida entre los tréboles, se levantó con la visión de aquel hombre, una visión que tenía fuerza de arrastre, una visión odiosa... el amo, el cura.

En el pueblo de las lindes invisibles, madre. En el pueblo de las lindes invisibles, Adela. Ellas también, como la india del libro. Pero no es el libro el que me cuenta lo que sufrieron. Son ellas, que siguen ahí, en esos lugares en los que sus cuerpos... ahí clavados. Habrán pasado ochenta años, pero ahí, en el galpón y en la era y al lado del pozo, todos los días vuelve a ocurrir.



## 46

Ariadna sale de casa con un cuenco, un cartón de leche y todo el pan viejo de la semana. Cada pocos días da de comer a la camada de gatos, un par de perros, al burro Marcelo y a un caballo que viven en las fincas a la salida del pueblo, más allá de la iglesia, del cementerio y de lo que en su día fue la escuela. En cuanto llega, los animales salen a recibirla: el burro y el caballo se acercan a la valla, estiran el cuello y el morro y toman con cuidado los dos mendrugos mojados en leche, rozando con sus gruesos labios las palmas de las manos de Ariadna. Los dos perros se cuelan por debajo del portón del terreno que guardan y se acercan moviendo el rabo aunque con precaución. Son perros maltratados, están esqueléticos y han compartido alguna enfermedad de la piel: uno, el pastor alemán, tiene grandes calvas en el lomo, la otra, una pointer blanca de manchas marrones, tiene las mismas calvas repartidas por el pecho y una herida mal curada en una pata que la hace cojear. Los gatos —seis o siete en cada ocasión— salen de una vieja cuadra o del mismo terreno que los perros, corriendo, saltando y maullando. Algunos son confiados, se rozan contra sus piernas, pidiendo comida o cariño. Ariadna coge en brazos a los que se dejan, les da besos en el hocico mojado y luego ellos la siguen, con sus pasitos rápidos, pegados a sus tobillos, maullando como si se les fuera la vida en ello, hasta que se cansan, se sientan en la carretera y, cuando Ariadna desaparece detrás de la curva, vuelven con el resto de la camada.

Hoy Marcelo y el caballo no estaban, tampoco una de las gatas, la más pequeña. ¿Sobrevivirá?, se pregunta cada vez que la coge en brazos y nota que ni crece ni engorda. Espera un rato, a ver si se asoma por algún lado, pero está comenzando a anochecer y el viento de la sierra baja frío. Retoma el camino a casa. Se para delante del sendero que lleva al cementerio detrás de la iglesia. Decide entrar un rato. Pasea entre las lápidas, leyendo los nombres como si fueran viejos familiares: Segundo, Evelio, Fulgencia, Antonia, Juana, Teófilo. Teresa. Hace días limpió la lápida con lejía y fue a Pueblo Grande a comprar un ramo de flores. Se asoma al otro lado del muro. Hay alguien visitando la tumba de Adela. La noche está cayendo deprisa, las sombras empiezan a volver los contornos borrosos. La figura se aleja renqueando en la oscuridad, dirigiéndose al sendero que ella ha recorrido hace un momento. Ariadna salta el muro por la parte más baja. Sobre la tumba de Adela distingue el refulgente amarillo de un ramo de narcisos frescos.

Al día siguiente, Ariadna sube a la plaza para esperar al panadero. Allí están, sentadas al sol, Petra y Piluca. Al otro lado de la plaza, en una esquina y a la sombra, está Lolo, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirando a las mujeres. Ariadna se acerca a ellas.

—Mira, a ti te quería ver —dice Piluca—. Que Pedro quiere que le visites.

—¿Cómo está?

—Muy ido, muchacha. Vete pronto.

—Ayer me pareció verlo en el cementerio.

—Imposible, está que ya apenas se puede mover y la cabeza...

Piluca y Petra suspiran hondo al mismo tiempo. Ariadna se da la vuelta y comprueba que Lolo sigue en la misma posición.

—¿Qué hace ese ahí?

—Esperar como los buitres, responde Piluca.

Ariadna toca suavemente la puerta. Le abre Andrés. Pedro está sentado en el sofá en medio de la sala, que hace también las veces de cocina y comedor. Sobre el fogón, un puchero con leche hirviendo que está a punto de salirse del cazo. Andrés lo aparta refunfuñando, Pedro sonrío y le hace un gesto a Ariadna para que se siente a su lado. Andrés se acerca y le dice al oído que no se asuste, que está diciendo cosas raras. Pedro mira a Ariadna fijamente. Ya no sonrío. Sin dejar de mirarla, comienza a hablar de forma inconexa sobre un pueblo de lindes invisibles, de los que se van y no vuelven, de una mujer en la hierba. A Ariadna le parece entender que está narrando una violación. Se levanta, Andrés la mira angustiada. Se vuelve a sentar al lado de Pedro, le mira esperando alguna palabra más y ve sus ojos asustados reflejados en los ojos verdes de Pedro. Pasa el rato, Pedro mueve los labios, pero las palabras inconexas se han convertido en sonidos. Andrés trastea en la cocina y después de un rato le lleva a Pedro una bandeja con un tazón de sopas de leche con pan. Pedro comienza a sorber las sopas.

—Ya nada, vete si quieres, le dice Andrés a Ariadna.

Ella se levanta y se va.

Pocos días después, Ariadna se acerca a casa de Pedro. De camino se cruza con Lolo, que le sonrío con la boca torcida. En el pequeño banco al lado de la puerta de Pedro están sentados, muy juntos, Andrés, Piluca y Baldomero.

—¿Cómo está?

—Se nos va a ir pronto, responde Piluca.

Andrés llora sin hacer ruido. Se seca las lágrimas constantemente con un pañuelo.

—¿Se lo van a llevar al hospital?

—¿Para qué? —responde Baldomero—. Mejor que descanse aquí tranquilo. Nos lo ha dicho muchas veces, ni hospital ni curas.

—¿Quieres pasar a verle?, pregunta Andrés.

—No. No quiero importunarle.

—Ha preguntado por ti varias veces, bonita, dice Piluca.

—¿Entro ahora?

Piluca se levanta con dificultad del banco, Baldomero le da un empujoncito en la espalda para ayudarla.

—Ya paso yo contigo, no te asustes, desvaría mucho pero está tranquilo, bendito, no tiene fuerzas para nada.

Ariadna asiente, entra en la casa siguiendo a Piluca.

—Le tenemos la chimenea a tope porque el pobre no se sacude el frío de los huesos. No hace más que decir que en el pozo hace frío. Él y sus pozos. Déjame asomarme a la habitación, a ver si está consciente.

Pasan un par de minutos. Se oye la voz de Piluca susurrar y un leve gemido constante. Ariadna mira a través del ventanuco de la cocina el viejo peral del huerto, sus ramas soberbias y gruesas. Vuelve Piluca a la cocina.

—Pasa, pasa, te quiere ver.

—¿Vienes conmigo, Piluca?

—No, no, anda, ve tú.

Ariadna recorre el corto pasillo, abre la puerta entornada, Pedro hace un amago de incorporarse, pero vuelve a quedar tumbado. Da un par de golpes al colchón con la mano derecha, como invitación para que Ariadna se acerque a la cama. Ella lo hace. Se sienta. Él tiende su mano, coge la de ella. Se miran. Los ojos de Pedro se abren. En ellos hay algo de espanto. Los de Ariadna se cierran. Pedro suelta la mano de Ariadna. Ella abre los ojos. El dedo índice de Pedro la señala, tiembla un momento en el aire, vuelve a caer la mano inerte sobre el colchón. Pasan unos segundos mirándose a los ojos. La boca de Pedro se mueve, pero nada sale de ella. Hasta que toma aliento y suavemente y sin temblor, pregunta a Ariadna:

—¿A quién vas a perdonar cuando nadie te ha pedido perdón?

## AGRADECIMIENTOS

A Aníbal Portela Díaz, mi padre, le agradezco haber compartido conmigo sus memorias de infancia en Navallos, un pequeño pueblo de la sierra de Meira en Lugo, donde él creció. La memoria de mi padre, pertinaz y minuciosa, ha enriquecido la construcción de Pueblo Chico, se ha filtrado en su escuela y sus eras, en su niebla y sus noches, en sus casas y sus calles. También lo ha hecho mi abuelo Antonio, a quien no conocí y que siempre asocié con las historias de lobos solitarios y cabras montesinas que corren por montes y valles y se comen a los niños a pares que me contaba mi padre de niña y que estos últimos meses hemos rememorado juntos. Gracias, aita.

A María Pilar Camino Landera, mi madre, le agradezco que haya crecido estos años conmigo, que me diera impulso cuando decidí pegar unos cuantos saltos mortales sin red y que haya celebrado, alegre, cada una de las volteretas. Menos mal que hemos caído de pie. Eskerrik asko, ama.

A Marta Sanz, amiga generosa a más no poder, pequeña mujer roja apasionada y combativa, le agradezco la mano tendida y el corazón abierto, la conversación constante en la literatura y en la vida.

A Joan Tarrida, editor de Galaxia Gutenberg, le agradezco la inteligencia, el entusiasmo, la generosidad, la confianza y el cariño con que me trata a mí y a mis textos. Gracias por el cobijo.

A Blanca Navarro, directora de la agencia de comunicación Disueño, le tengo mucho que agradecer en el plano profesional por cada campaña de cada libro que he publicado, pero sobre todo le agradezco su amistad: una fuente de bondad y de cariño que borbotea sin descanso.

Este libro lo he escrito casi íntegramente en el pequeño pueblo de la Sierra de Gredos en el que resido desde noviembre de 2019. Pueblo Chico y su paisaje, además de en la memoria de mi padre y mi imaginación, se inspira también en él. Todo lo demás (sus habitantes y sus peripecias) es pura ficción, aunque esta historia bien pudiera haber ocurrido en cualquier pequeño pueblo de nuestra España desmemoriada.